

Memorias de una "BOOMER" que viene de la "GALAXIA GUTENBERG"

NORMINANDA MONTOYA VILAR



*Memorias de una
“Boomer” que viene de la
“Galaxia Gutenberg”*

Norminanda Montoya Vilar

Primera edición: Diciembre 2022

Todos los derechos reservados.

© 2022 Norminanda Montoya Vilar.

Registro autoría: 765-1046772

Diseño de portada: Cicero Rodrigues

Edición: Francisco Santillán Campos

Diagramación: Orlanda Patricia Santillán Castillo

Coeditado por:

© 2022 Editorial de la Asociación Científica para la Evaluación y Medición del los Valores Humanos c/ de les Cases Sert nº 11, C.P. 08193, Bellaterra – Cerdanyola del Vallés (Barcelona).

administracion@a-eva.org

www.a-eva.org

© 2022 Editorial Centro de Estudios e Investigaciones para el Desarrollo Docente. CENID AC

Pompeya # 2705. Colonia Providencia C.P. 44670 Guadalajara, Jalisco. México Teléfono: 01 (33) 1061

8187 Registro Definitivo Reniecyt No.1700205 a cargo de Conacyt.

www.cenid.org

Reservados los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc., sin el permiso previo de los titulares de los derechos de propiedad intelectual y la editorial. Reservados todos los derechos de publicación en cualquier idioma.

ISBN (CENID): 978-607-8830-14-5 (formato impreso)

ISBN (CENID): 978-607-8830-15-2 (formato digital)

ISBN (AEVA): 978-84-09-47374-8

Depósito Legal (España): B 23785-2022

Impreso en Barcelona, España. / Printed in Barcelona, Spain.

Nota de la editorial AEVA: Libro editado en el marco del programa de promoción de actividades académicas para el estudio del desarrollo y la implantación de valores humanos, sociales y educativos en AEVA.



Si desea publicar un libro o artículo de investigación contáctenos.

www.a-eva.org

administracion@a-eva.org

Este libro está dedicado a Mar-Elia, Frida y Thony...
“para que no me olviden”.

Agradecimientos

Como dice el refrán español: “Es de bien nacidos ser agradecidos”. Por eso, tengo que dar las gracias a muchísima gente, conocida por los editores como “lectores/ras cero”, es decir, familiares, amigos y amigas, compañeras y compañeros del instituto y de la facultad, que pacientemente han leído el borrador de estas memorias y me han aportado valiosas opiniones, sugerencias, recuerdos y temas que podría ampliar. Además, me han ayudado con la corrección de estilo, la edición y finalmente la publicación. Por todo eso, gracias mil a Ángel Rodríguez, Mar-Elia Rodríguez, Antonia Sánchez, Marisol Soto, Txerra Cirbián, Elena Vallejo, Sara Alberro, Rosa Lasasa, Ester Lorences, Librado Montoya, Jesús Montoya, Marisol Ruiz, Mari Carmen Bravo y Cícero Rodrigues. Asimismo, agradecer a todas las buenas personas que me he encontrado en este viaje por la vida y que me han hecho el camino más interesante y rico. Gracias a todo el mundo.

Índice

DEDICATORIA: 3

AGRADECIMIENTOS: 4

ÍNDICE: 5

PRÓLOGO: 8

CAPÍTULO 1

-La niñez: 9

-Pozo-Alcón: el pueblo que se siente más “granaíno” que jienense: 10

- “El día que yo nací... grandes señales había”: 10

-Generación del *baby boom*: 11

- ¿Qué nombre poner a la niña?: 11

-El río Guadalentín: la arteria principal del Pozo: 13

-La familia numerosa: 13

-La casa del pueblo: 14

-La comida: 14

-El herradero: 15

-Trabajo en la construcción del pantano de La Bolera: 16

-De emigrante en Duisburgo (Alemania): 16

-El grupo escolar José Antonio: 17

-Un único libro de texto: 18

-Caza de brujas y depuración de maestros republicanos: 19

-Mis mejores amigas y amigos: 19

-La tía Eva: 21

-El cine del pueblo: “Fábrica de sueños”: 21

-Viaje de toda la familia a la vendimia, a Francia y finalmente a Barcelona: 22

CAPÍTULO 2

- Iniciando una nueva vida en Barcelona: 24
- Emigración del campo a la ciudad: 24
- El trabajo fijo: un sueldo cada mes...: 25
- De pueblerinos a ciudadanos: 26
- Mi primera escuela en Barcelona: las monjas mercedarias: 27
- Adolescencia en el Instituto Infanta Isabel: 28
- Amigas para siempre: 30
- Encuentro con las drogas y el amor en el Barrio Gótico: 30
- Cuidado con los hombres... “son todos iguales”: 31
- Activismo y militancia política: 32
- Compromiso político y clandestinidad: 33
- Nueva etapa en la Universidad de Barcelona: 33
- Los veranos en Benidorm: 34
- Malas noticias: 35

CAPÍTULO 3

- Nueva etapa política y universitaria: 37
- Al encuentro del amor y el periodismo en la UAB: 37
- A Bellaterra, por el bosque: 38
- Descubriendo la comunicación: 40
- Conceptos rompedores: *androcentrismo*: 41
- Profesores que dejan huella: 42
- El susto en la clase de Enric Marín: 43
- Ausencias y broncas: 44
- Lecturas e influencias: 45
- El periodo dorado del periodismo en prensa, radio y televisión: 47
- Buscándonos la vida en el periodismo local: 48
- Casados y separados por la profesión: 50

- ¿Y ahora qué hago?: 55

-A la tele de la mano de Julia: 53

CAPÍTULO 4

-La vida en pareja de una periodista: 55

-Final del contrato en el *Tres por cuatro* y convertida en mamá: 56

-Maternidad-paternidad... ¡Uf, qué complicado!: 57

-La llamada de Julia para ir a trabajar de nuevo: 57

-De periodista a profesora: 58

-Lo que me dio la universidad: 61

-La carrera universitaria: 61

-Espíritu viajero: 64

-De campistas por el oeste americano: 66

-Preparando la oposición para profesora titular: 69

-La adolescencia: un mal trago: 70

-Becas para ir a Brasil: cambio de país y de vida: 72

-Trabajo de campo en Corumbá y Pantanal: 74

-Pantanal, la mayor planicie inundable del planeta: 75

-Regreso a la UAB en plena crisis de las hipotecas: 77

-La vejez, pero... ¿qué es la vejez?: 78

BIBLIOGRAFÍA: 82

Prólogo

Pero... ¿qué significa eso de una “*boomer*” que viene de la “*galaxia Gutenberg*”?

Igual que la autora, yo también vine al mundo en el *boom* de nacimientos que se produjeron durante el desarrollismo franquista, recién pasada la posguerra, cuando la economía española empezaba a reflotarse. De niño bebía la leche en polvo, financiada por el régimen franquista, en el colegio de monjas teresianas (en las Teresas, como decíamos entonces).

En esa época adquirí mis primeros conocimientos leyendo las páginas impresas de la *Enciclopedia Álvarez* y luego deambulando entre los libros de las bibliotecas públicas. Allí leí los tebeos de *Hazañas bélicas*, *El guerrero del antifaz*, *El capitán Trueno* y *El Jabato*, cargados de todos aquellos personajes heroicos, estampados sobre papel *beige*-amarillento.

En otras palabras, si nací en medio de un *boom* demográfico, ¡yo también debo ser un *boomer*! Y como el primer tercio de mi vida (o más) lo he pasado orbitando entre conocimientos y ficciones que me llegaron gracias al invento revolucionario de un tal Johan Gutenberg, ¡está claro!: yo también soy otro viajero del tiempo que ha llegado a este extraño mundo de los datos, las pantallas y los algoritmos desde la lejana galaxia Gutenberg.

Los hijos de una misma generación hemos vivido experiencias muy cercanas. Así que las que se relatan en estas memorias son también nuestra historia y memoria. En cierto modo, todas nuestras biografías están entrelazadas con esta que nos cuenta la autora. Todos nosotros (los *boomers*, nuestros hermanos, nuestros amigos) hemos atravesado estas mismas épocas y hemos vivido historias paralelas y experiencias profundamente conectadas con las que Normi nos cuenta.

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg” no es solamente una autobiografía personal, sino también la crónica de un periodo histórico contemplada desde lo más profundo que tenemos: desde la experiencia vital y las emociones compartidas.

En una época en que los vocablos asociados a las generaciones (*boomers*, *millenials*, *generación Z*) son conceptos esclavos del marketing y del pensamiento mercantilizador, fabricados para el mejor agrupamiento de públicos, de nichos de mercado y de audiencias; al narrarnos su vida, con su historia personal, Normi rompe esa dinámica y nos arranca de la masa para devolvernos a la familia, a la misteriosa conexión de los amigos, al vitalismo del grupo, a la unión de la tribu.

Esta es una obra personal, sincera y honesta que al leerla fluye rápida como el agua de un arroyo.

Entre las páginas de este libro, los *boomers* no somos ya un segmento social al que persuadir para que votemos, para que seamos prosélitos, para que compremos. Al leerlo nos sentimos individuales, personales, plenos, vivos, en evolución constante y, sobre todo, intensamente cercanos a la autora, a nuestra generación y a nosotros mismos.

Ángel Rodríguez Bravo

Capítulo-1

LA NIÑEZ

Ante el folio en blanco, una se pregunta por dónde empezar esta autobiografía o relato vital, y por qué y para qué empezar a escribir casi de manera automática. No me considero ni soy una persona narcisista, ni famosa, ni he conseguido grandes cosas para cambiar el mundo y mejorarlo, aunque estoy en ello. Soy una persona normal, quizás como la mayoría. No esperen un gran relato, con mucho clímax o angustia, desesperación, pero sí dolor. La verdad es que me da un poco de vergüenza ponerme como el foco principal para observar y contar cuando en toda mi vida de escritora (he escrito tres libros y 50 artículos más o menos, podéis mirar en el Google Scholar para comprobarlo) el foco han sido los demás: contar la investigación que he hecho yo y con el grupo, citar a los autores, escribir documentación de los famosos para ser entrevistados, en demanda de la profesión que he ejercido de periodista, profesora e investigadora a lo largo de mi vida. Esto ya lo contaré después. En fin, tengo como un pudor de explicar mi vida y todo lo que me ha ocurrido a lo largo de 68 años. Pero, bueno, cada vida es única y aunque se parece a las demás, el camino recorrido ha sido distinto. De momento, sin grandes altibajos, puedo decir que no ha ido del todo mal y doy gracias por ello todos los días. Me levanto dando gracias y me acuesto pensando en que mañana será otro día. Y también escribo para no morir. Se escribe para dejar a quien lo quiera leer una serie de recuerdos, una experiencia vital, única. También se escribe para no dejar de existir, cuando me haya ido para siempre, aunque sea por medio de estas humildes páginas que vendrán a continuación. Para salvarme del olvido. Así que vamos a empezar, que me apetece mucho escribir libremente de lo que sea sin moldes ni cortapisas. ¡Uf, qué bien! Me está gustando. ¡Ah, se me olvidaba! Mis fuentes principales son recuerdos de mi memoria a largo plazo, así como recuerdos de mis hermanos (Librado y Jesús), amigos, amigas y compañeros del Instituto Elena Vallejo, Sara Albero, la universidad y otros aportados por Txerra Cirbian, Marisol Soto, Albert Chillón, mi pareja Ángel y mi hija Mar-Elia. Además, la documentación del contexto que me proporciona Wikipedia, la web de Pozo Alcón y otras, el buscador de Google y todas las referencias que he encontrado de esa época histórica que va desde 1954 hasta la fecha, que citaré debidamente, como se tiene que hacer, al final. Advierto a los lectores/ras que al escribir estas memorias sigo el principio de Pollyanna (tendencia a recordar elementos agradables con mayor precisión que los desagradables). Aunque soy consciente de que en mi vida hay hechos y realidades negativas, de momento no muchos, me centraré más en lo positivo que en las adversidades de la vida (me he enfrentado a situaciones difíciles, y no las he resuelto del todo mal). En fin, toda vida incluye luces y sombras, y voy a tratar de explicarlas en esta sincera autobiografía. Empezaré por las situaciones luminosas.

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

POZO-ALCÓN, EL PUEBLO QUE SE SIENTE MÁS “GRANAÍNO” QUE JIENENSE

Toda autobiografía empieza por el nacimiento. Vamos allá. Nací en una época muy calurosa, un 28 de julio, cuando en mi pueblo, Pozo-Alcón (Jaén), se alcanzan temperaturas de 30 grados. Era una época de festejos, pues se celebraban entonces las fiestas en honor a santa Ana, patrona de la localidad. Mi pueblo está al lado de la Sierra del Pozo, aunque administrativamente lo sitúan en el parque natural de la Sierra de Cazorla, Segura y las Villas. Es un pueblo que siempre se ha considerado más granaíno que jienense, pues está mejor comunicado con Baza (42 km) o con Granada (128 km) que con Jaén (155 km), pero que yo sepa nunca ha mostrado una actitud violenta u hostil con las instituciones para estar en una provincia o en otra por la cuestión de la anexión, aunque dice la Wikipedia que en el siglo XIX formó parte de la demarcación territorial de Granada, en el partido judicial de Baza (1823-1829). Cuando yo nací, vivían en el pueblo unas 8148 personas, pero poco a poco ha ido despoblándose, como todas los pequeños pueblos españoles, porque los poceños, y mi familia incluida, nos tuvimos que ir a las grandes ciudades (como Barcelona, L’Hospitalet, Badalona o Palafrugell) a ganarnos el pan, ya que no podíamos ganárnoslo allí. Pero no adelantemos acontecimientos: de momento sigamos en “el día que yo nací”. Voy a cumplir 68 años, creo que bien empleados, y a estas alturas de la vida gozo de buena salud y bienestar. Pero como toda historia empecemos contándola por el principio: el nacimiento.

“EL DÍA QUE YO NACÍ... GRANDES SEÑALES HABÍA”

Era el año de 1954, en pleno franquismo, en el final de la posguerra civil española. El franquismo ya había consolidado la victoria sobre la España roja y republicana, aunque había muchas heridas sin cicatrizar, por lo que la guerra civil y la dictadura eran temas de conversación. El tema afloraba cuando se juntaba toda la familia y se producían discusiones acaloradas entre mi padre, que era republicano y comunista, y mi tío, que era del bando nacional. En la calle no se podía hablar, pues reinaba una angustiosa falta de libertades y derechos. Hacía dos años que se había eliminado la cartilla de racionamiento, y había hambre, pero lo bueno es que un año antes el gobierno español se había hecho amigo de los americanos, con el acuerdo de colaboración con Estados Unidos (1953), lo que contribuyó a paliar la falta de recursos y a que los niños pudiéramos tomar en el patio de la escuela leche en polvo, queso, y a que se pudieran poner las bases americanas en Zaragoza. España se había abierto al mundo y se había aliado con el amigo americano, vencedor indiscutible de la Segunda Guerra Mundial. Esa apertura culminó con la entrada de España en la ONU, en 1955. Cuatro años después (1959) vendría el Plan Nacional de Estabilización, en que la economía española creció a un ritmo de 7 % anual y más de 5 millones de personas emigramos del campo a la ciudad. O sea, se estaban sentando las bases para que en nuestro país se respirara un ambiente más relajado y próspero, y entrara en lo que se llamó el *estado del bienestar*, que proporcionó a las familias la sensación de una cierta estabilidad y prosperidad. En este contexto, las parejas jóvenes se lanzaron en todo el mundo occidental a concebir y a tener hijos, a formar una familia “numerosa”. Eso es lo que hicieron mis padres.

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

Cuando yo nací era la tercera de la familia. Me encontré con dos hermanos mayores, que habían nacido unos cuantos años antes (solo se llevaban 18 meses). Detrás de mí vino otro hermano, por lo que la familia quedó configurada con cuatro hijos: tres varones y una mujer (yo). De esa familia numerosa, solo quedamos tres: mi hermano mayor, mi hermano pequeño y yo. Mi madre fue la primera que falleció, joven, a los 57 años; luego mi hermano Orencio, a los 43, y mi padre, el más longevo, a los 82. Como he dicho antes, mi hermano mayor (Librado) y mi hermano pequeño (Jesús) son la fuente directa principal para contar la historia de este capítulo primero.

Naturalmente, mi madre dio a luz a todos sus hijos en casa, ayudada por una partera. Y nos amamantó a todos. Cuenta mi hermano mayor, que tenía solo cuatro años cuando yo nací, que cuando fue a verme vio que había nacido con una mata de pelo negro abundante que, gracias a Dios, todavía conservo, aunque ya se ha vuelto canoso.

GENERACIÓN DEL “BABY BOOM”

Pertenezco a la generación que se ha dado en llamar *baby boomer*. En esa época se incrementó notablemente la población española —que había quedado muy mermada por la Guerra Civil— debido a que se había reducido la mortalidad al nacer. Esto provocó un crecimiento vegetativo continuo y duradero en el tiempo: el más importante de la historia moderna de España. Luego me he encontrado con todos mis coetáneos compitiendo por un puesto en la universidad, en el trabajo, en el IMSERSO, por la pensión de jubilación, porque somos muchos y casi todos bien preparados y educados para comerse el mundo, hijos de la contracultura de los años 60. Pero este engrosamiento de la población no fue solo de España, sino que esta explosión de natalidad, esta onda expansiva de la población, se produjo entre los años 1946 y 1964, tras la Segunda Guerra Mundial. Los *baby boomers* españoles crecimos con la radio y la televisión en blanco y negro. Nos educamos en la escuela franquista y conseguimos ir a la universidad y gozar de una cierta prosperidad, participamos en las luchas obreras y sindicales que promovía Comisiones Obreras, y en la lucha contra el régimen franquista, afiliándonos al partido Comunista, al PSUC. Fuimos los impulsores del cambio de régimen del tardofranquismo a la transición española. Pero no adelantemos acontecimientos porque de momento acabo de nacer, de venir al mundo, y hay que darle una identidad a la niña recién nacida.

¿QUÉ NOMBRE PONER A LA NIÑA?

Volvamos al nacimiento, porque iba a hablar de mí. ¡Esa manía que tenemos los periodistas de explicar el contexto!

El primer problema que se presentó en la familia era qué nombre poner a la recién nacida. Mi madre quería ponerme el nombre de su madre (Benita) o el de ella (Rosalina); en cambio, mi padre quería ponerme un nombre muy raro, que nadie había oído: ni siquiera estaba en el santoral. Hubo una discusión acalorada, me contaron mis padres años después, pero al final ganó la opción rara, pues fue mi padre el que fue al registro civil y a la parroquia. El cura

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

también se extrañó del nombre que había elegido. Le dijo al cura: “Quiero ponerle Norminanda”. Al parecer, era el nombre de una maestra que había conocido en el pueblo de joven y de la que se había enamorado. El cura contestó extrañado: “¿Normi... qué? No, hombre, no. Ese nombre no es católico, no está en el santoral. Póngale el nombre del día [en el santoral figuraba santa Catalina] y a continuación el nombre ese tan raro”. Así que al final me pusieron Catalina Norminanda, el cual siempre he tenido que repetir varias veces cuando me lo preguntan. Por suerte, cuando ahora lo escribo en Google solo aparece yo. Aunque cuando le pregunto al navegador sobre el origen de ese nombre no hallo una respuesta. Es extraño, pues dicen que Google lo sabe todo. Aun así, todo lo que allí aparece sobre mí es verdad, pues lo he subido yo en diferentes plataformas.

Mi infancia transcurrió feliz y tranquila en la casa familiar, la casa vieja, al lado de la panadería de mi tío Cirilo, donde vivimos unos pocos años. En esa primera casa de mi infancia, no había agua corriente, ni luz eléctrica, ni baño, ni ducha. Sí había un excusado o agujero por el que se despeñaban... ya saben. Mis primeros recuerdos de esa casa son la cocina, donde había una lumbre que mi madre tenía que encender por la mañana, porque en el invierno hacía un frío que pelaba, y las cámaras donde había unos atrojes o depósitos para guardar la cosecha de trigo, cebada, melones, peras de invierno, conservas hechas en la casa, etc., y donde iba a jugar con mis hermanos al escondite y también donde jugaba sola, con las hormigas y los bichitos que encontraba, las hojas de las flores que desmenuzaba del patio y los pequeños juguetes. Recuerdo especialmente uno que era como una carroza de marfil donde ponía a las hormigas y las paseaba por allí.

Crecí sana y fuerte. “Nunca se pone mala”, decía mi madre. Era una niña con mucha vitalidad y energía. Las enfermedades más perversas de aquella época eran la poliomielitis, la tosferina, el tétanos y la meningitis; pero me subí a la ola de la drástica reducción de las enfermedades infecciosas que se produjo desde los años 30 hasta mediados de los años 60 del siglo XX. Crecí bien alimentada y bien cuidada, a pesar de alguna diarrea pasajera por los atracones de frutas, mantecados y otras delicias que ponían en la mesa. Además, el agua siempre estaba presente. Si queríamos agua para beber, cocinar o lavarnos, íbamos con un cántaro a la Fuente Taza, fuente de toda la vida, en la placeta de la Verónica. Tiempo después, cuando nos mudamos a una segunda casa, ya con más comodidades, pero de nuevo sin agua corriente, aunque sí había luz eléctrica, iba con mi cántaro a la fuente de la Placeta del Santo, lo llenaba y con mucho esfuerzo lo cargaba hasta mi casa. A veces, llevaba dos: uno apoyado en la cadera y otro en la mano. Otras veces se me rompía el cántaro... y menudo disgusto. Las fuentes eran un lugar de encuentro de las gentes del pueblo. Estaban siempre llenas de poceños, charlando de sus cosas. También venían a beber agua los animales domésticos: caballos, burros, corderos o chotos, como los llaman allí, que saciaban su sed en esa agua transparente y fresquita, agua pura que te revivía. Dije que no había ducha en casa ni lavabo; solo un wáter que, a veces, estaba atascado y mi madre tenía que desatascarlo cada dos por tres. Aunque no había agua corriente, el agua nunca faltaba ni para beber, cocinar o lavarnos. Mi madre calentaba agua en el fogón de petróleo que había en la cocina, y el domingo todo el mundo tenía que pasar por el barreño para lavarse, con agua y jabón que había fabricado ella con las sobras del aceite, antes de ponerse el vestido de los domingos para ir a misa y pasear por el pueblo. En verano, el baño nos lo dábamos en el río Guadalentín, donde íbamos toda la familia, y estábamos allí todo el día, en la alameda. Era una tradición que hacíamos cada verano: íbamos en tropel, incluyendo, tíos, primos... Mi padre y mis tíos ponían el vino a refrescar en el agua del río, tomábamos un tentempié y a bañarnos toda la familia: las mujeres y las niñas juntas, con la “salla” y separadas

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

de los hombres, que se bañaban en calzoncillos. Comíamos lo que cocinaban mi madre y mis tías: choto frito o paella, y todo el tiempo recorriendo el río: río arriba, río abajo.

EL RÍO GUADALENTÍN: LA ARTERIA PRINCIPAL DEL POZO

El río Guadalentín, un afluente de la cuenca hidrográfica del río Guadalquivir, ha sido y es fundamental en mi vida y en la de los poceños y de los pueblos vecinos. Nace en la Sierra del Pozo y atraviesa el término municipal del pueblo de norte a sur. Por eso, la historia del Pozo se escribe con el agua del Guadalentín, que le dota de agua potable, riega las huertas y alimenta las tierras de los pueblos cercanos, como Cuevas del Campo, Zújar, el Fontanar, y fluye por multitud de arroyos, el más famoso el de Guazalamanco, acequias y canales y por las diversas fuentes que hay en todos esos pueblos. Los lugares de baño eran y son espectaculares.

Otro lugar muy frecuentado por toda la familia para el baño era Peralta, que estaba a 2.5 kilómetros del Pozo andando por la carretera. Allí fluía un agua limpia y transparente, fría como el hielo, y los niños nos dedicábamos a subir y a bajar por el río y a coger ranas. Nos refugiábamos del sol intenso debajo de los álamos o también en el bosque de las higueras, que en el verano ya empezaban a dar unos higos buenísimos. En verano también nos íbamos al Fontanar, que es una aldea o pedanía del Pozo preciosa. Está a 6 kilómetros del Pozo, y también fluye el agua por todos lados, porque está lleno de manantiales, árboles, pájaros, fuentes, huertos... Las eras donde se trillaba el trigo en verano, las casas cueva... fresquitas en verano y calientes en invierno. Allí, en el Fontanar tenían mis padres un buen olivar, que nos daba aceite para el consumo de todo el año. Pasábamos mis hermanos y yo algunos veranos al cuidado del tío José y la tía María. Recuerdo que allí nos mandaron un verano para aislarnos unos niños de otros porque había tosferina. Tosíamos mucho y el médico había recetado que nos separaran para recuperarnos. Recuerdo que hacía mucho calor y todo el pueblo se paraba a la hora de la siesta. Se corrían las cortinas para que no entrara aquel sol a raudales, pero los niños seguíamos jugando dentro de las casas, en el porche cubierto, mientras los mayores dormían plácidamente la siesta porque afuera había un sol de justicia. Por la noche, hacía un fresquito muy bueno y todos los vecinos salían a la calle a tomar el fresco y a hacer la tertulia. Mientras los niños jugábamos a la rayuela, al pillar-pilla, al escondite, a saltar a la cuerda...

LA FAMILIA NUMEROSA

Como he explicado más arriba, el núcleo familiar estaba formado por seis personas: nuestros padres y cuatro hermanos. Mi madre era un ama de casa tradicional. Ella sola tenía que cuidar de una familia numerosa y no tenía muchos recursos, aunque siempre le ayudaban sus hermanas: la tía Eva y la tía María. Nunca faltó la comida en la mesa, ni la ropa limpia, ni el cariño o el afecto, ni la educación y los valores que nos inculcaron de pequeños, como que los hermanos debíamos cuidarnos unos a otros. Yo cuidaba de mi hermano pequeño, el Jesús; lo acompañaba a la escuela y luego lo recogía para volver solos a casa. Y el mayor debía cuidar de nosotros tres: nada de peleas. Cuando sentía que alguna niña o niño abusón quería pegarme le decía: “Mira que se lo digo a mi hermano mayor”. Crecimos en el respeto a nuestros mayores,

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

la generosidad y solidaridad, y la ayuda entre nosotros. Así ha sido a lo largo de nuestras vidas en común. Cuando tenía alguna dificultad económica siempre pensaba en mi hermano mayor, que generosamente me prestaba dinero para libros o para comprar nuestra casa familiar, cuando decidí con Ángel que ya era hora de tener nuestra propia casa.

LA CASA DEL PUEBLO

La segunda casa en la que viví de pequeña en el Pozo era una señora casa. Mis padres se la habían comprado al veterinario del pueblo con el dinero de una finca familiar que vendieron. Había luz eléctrica empotrada, es decir, no se veían los cables y eso era el no va más. Pero lo mejor era que en esta segunda casa pasamos de la oscuridad a la luz. Había un interruptor de porcelana blanca en cada habitación que al girarlo, ¡oh, milagro!, se encendía la luz, y adiós a la oscuridad y al candil. Eso era lo que más me gustaba porque la oscuridad siempre me ha dado miedo. Además, en esa casa yo tenía mi propia habitación, aunque la soledad también me aterraba y nunca iba sola a dormir hasta que no venían mis padres, que dormían en la habitación de al lado. Abajo estaba la habitación de los niños, que a mí me daba envidia porque dormían todos juntos en ella, y se hacían compañía y jugaban. Era una casa enorme, de cuatro pisos, y el desván o las cámaras arriba de todo. Hasta tenía luces en la fachada, que mi madre encendía cuando pasaba la procesión por Semana Santa. La electrificación solo alcanzó para eso: para tener luz en la casa, pero no había ni nevera, ni radio, ni ninguno de los electrodomésticos que ya se estaban comercializando en aquella época.

Hubo un tiempo en que uno de los pisos (el de arriba) lo teníamos alquilado a la Chon y al Gerardo, trabajador en el pantano de la Bolera. Me acuerdo de que tenían un televisor y los niños subíamos a ver *Reina por un día* y *Escala en hi-fi*. En la planta baja estaba el comedor, la cocina y el patio, donde había una parra, una pila, una madre selva y cochineras donde cuidábamos un cerdo para la matanza, y conejos y gallinas para consumo propio.

LA COMIDA

Casi todo lo que comíamos se producía en casa. En verano, el tío Reyes, el padre de mi prima Gregoria, nos traía una fruta madura, buenísima, de la huerta: albaricoques, melocotones, melones, sandías, brevas, higos... Había tanta fruta en el verano que mi madre hacía conservas y teníamos para todo el invierno. También nos traía peras, pero verdes: les llamábamos *peras de invierno*, y recuerdo que las liábamos en papel de periódico y maduraban y las comíamos en el invierno. Criábamos un cerdo, que cuidábamos durante gran parte del año: lo engordábamos con pienso y las sobras de la comida de la familia y lo sacrificábamos en la matanza, que se hacía en invierno. Recuerdo que cuando se hacía la matanza era una fiesta. Nos levantábamos casi de noche para prepararlo todo. Mi padre cerraba el herradero y hacía fiesta. Nos reuníamos toda la familia: mis tíos, primos y primas... Mataban el cerdo en la calle y daba unos gritos que daba pena... más cuando los niños nos habíamos hecho amigos del cerdo, dándole de comer durante todo el año y cuidándolo. Pero así teníamos comida para todo el invierno. Hacíamos morcilla, chorizo, lomo en adobo, salchichón... que colgábamos en las cámaras para que se fuera secando y madurando. Pero la estrella de la matanza era el jamón. Mi madre lo

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

salaba, le ponía un cubo de sal por encima y lo guardaba en las cámaras. Y de vez en cuando lo controlábamos. Le metía como un gancho para ver si estaba secándose bien y si ya estaba para comérselo. “Estaba buenísimo”, decían, pero a mí no me gustaba mucho porque me acordaba del cerdo y me daba pena. Lo mismo me pasaba con los conejos. Los criábamos también en la cuadra. Mi hermano Jesús y yo les dábamos de comer y jugábamos con ellos, como si fueran nuestras mascotas. Por eso, cuando mi madre lo sacrificaba me daba mucha pena. Por ese motivo, nunca me ha gustado la carne de conejo. Lo que sí me gustaba mucho era la pipirrana, que mi madre hacía para el verano. Y los cocidos y potajes en invierno. Y por la noche huevos fritos, que ponían nuestras gallinas y que estaban superbuenos, mojados con el pan de la panadería del tío Cirilo. El pan que sobraba iba para hacer picatostes para el desayuno o migas de pan que estaban buenísimas, y las comíamos con uvas o naranjas. Todo acompañado del aceite de oliva que producíamos en casa. Como he dicho, teníamos un olivar que mi madre había heredado de sus padres (estaba en el Fontanar). Recogíamos las aceitunas antes de Navidad. Recuerdo que hacía un frío que pelaba. Ponían unos grandes faldones en el suelo, movían las olivas, caían al faldón, se recogían y luego acabábamos de recoger las que se dispersaban y las llevábamos a la almazara del tío Virgilio, primo hermano de mi madre, para transformarlo en un aceite de oliva, verde intenso, espeso... buenísimo. Con un aroma que inundaba las cámaras. Lo conservábamos en unos grandes bidones en las cámaras y nos daba para cocinar todo el año. También hacíamos conservas de aceitunas: las majábamos, las poníamos en agua con sosa, luego con laurel, tomillo agua y sal. Así que poco teníamos que ir a la tienda del pueblo porque nos autoabastecíamos y el dinero, poco, venía de la ocupación de mi padre: el herradero.

EL HERRADERO

En la misma casa nueva, mi padre tenía el herradero, su trabajo, que consistía en herrar los pies de los caballos, mulos y burras y ponerles herraduras nuevas. Este oficio tuvo gran importancia en toda Europa desde la Edad Media hasta la tercera Revolución Industrial por la gran cantidad de ganado equino que había dedicado al trabajo en el campo, el transporte, etc. Había tenido otro herradero en la parte alta del pueblo, donde recuerdo haberle llevado el desayuno y ver la fila de burros, caballos y yeguas que tenía en la cola para herrar, y el olor a estiércol que había. Eso cuando el negocio de la herradura iba viento en popa y daba para darle de comer a toda la familia. En el pueblo solo había dos herradores: mi tío Prudencio y mi padre, que se hacían la competencia. Al principio, había mucho trabajo para los dos herradores, pero tras la motorización todo el trabajo de herrador decayó. Por eso, cuando se trasladó el herradero a la nueva casa, el negocio ya empezó a declinar por la incipiente motorización que ya se estaba produciendo en la sociedad española y mundial, que acabó con el caballo como medio de transporte y para trabajar, siendo sustituido por el coche, el tractor, etc. Muchas veces, tenía que llamar a mi padre que se quedaba en la cama hasta que venía algún cliente con su mulo para herrar y entonces se levantaba, y mi madre protestaba ante esa situación. Casi todo lo que comíamos se producía en casa, pero alguna vez teníamos que ir a la tienda a comprar fiado porque no había dinero para pagar. Entonces, mi padre empezó a pensar que tenía que buscar trabajo en el pueblo y dejar el herradero. Le echaba la culpa a los coches que ya empezaban a circular por las grandes ciudades, pero no en mi pueblo, que todavía no había ni uno. Todavía recuerdo el primer coche que vi en mi vida: era de un familiar que se había ido a trabajar a

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

Barcelona y volvió al pueblo con ese cochazo, y todos los niños del pueblo corríamos tras de él cuando lo vimos aparecer. Por aquel entonces, tener coche era un claro signo de haber progresado en la vida y un signo de la prosperidad que se había adquirido trabajando en las grandes ciudades.

TRABAJO EN LA CONSTRUCCIÓN DEL PANTANO DE LA BOLERA

Ante la situación de decadencia de la profesión de herrador, surgió la oportunidad de encontrar trabajo en la construcción del embalse de La Bolera, situado en la Sierra del Pozo, que se empezó a construir en los años 60 y se acabó en 1978 para mejorar el cultivo, el riego y el abastecimiento de los pueblos de Pozo-Alcón, Las Cuevas e Hinojares. El embalse de La Bolera fue el reflejo de la política de grandes obras hidráulicas auspiciada durante el franquismo de los años 60, en que se llegaron a construir hasta 18 embalses solo en la provincia de Jaén, pasando las tierras de secano a regadío, lo que mejoró la actividad agrícola de la zona y el abastecimiento de agua a las poblaciones vecinas. Esta gran obra que proporcionó muchos puestos de trabajo en el Pozo empezó a construirse justo en los años en que a mi padre le empezó a flojear el trabajo de la herrería y tenía que buscar los recursos en otro sitio. Solicitó un trabajo en las obras del pantano, pero le fue denegado porque era “rojo” y comunista. En ese periodo los trabajos se los daban a los vencedores del bando nacional en la Guerra Civil española. También le denegaron ser el representante en el pueblo de la empresa de los Abonos y Fertilizantes, del llamado Nitrato de Chile. Esta marca apareció en los años 50-60 en la mayoría de los pueblos de España. La publicidad de Nitrato de Chile estaba pegada en una pared a la entrada del pueblo en forma de panel de azulejos con el perfil grande y negro de un jinete dibujado sobre fondo amarillo, que creo que fue la primera campaña de publicidad que se hizo en la calle. Recuerdo que había un gran almacén a la entrada del pueblo: *Nitratos de Chile*, con el cartel en la puerta. Pero también se le denegó ese trabajo porque antes se había discutido con el juez del pueblo. Fue a la cárcel por agresión a la autoridad y aunque salió rápido ya quedó marcado para toda la vida. Se sintió represaliado y excluido, por lo que optó por irse de emigrante a Alemania. En cambio, mi tío Prudencio consiguió un trabajo como secretario del ayuntamiento de Pozo Alcón, nada menos. No era rojo, sino del bando nacional: los vencedores de la Guerra Civil.

DE EMIGRANTE EN DUISBURGO (ALEMANIA)

Según datos del Instituto Nacional de Emigración en esa época, además de mi padre, salieron de España como emigrantes hacia Europa (1960-1973) un millón de personas. Muchos no llevaban contrato de trabajo y algunos solo por un periodo de un año con la condición de volver. Otros eran víctimas de engaños por las mafias o iban por el contacto con otro familiar que ya estaba allí. Mi padre se fue a Alemania con mi primo Pepe, concretamente a la población de Duisburgo, una ciudad del área metropolitana del Rin-Ruhr, en Renania del Norte Westfalia, dedicada al carbón y al acero. En esa época, inicio de la expansión económica en Europa y América, los países en desarrollo abrieron sus puertas para aprovecharse de la mano de obra barata, dócil y sin derechos procedente del sur de Europa. Luego, cuando ya no la necesitaban, de vuelta al país de nuevo. Así, los emigrantes españoles, italianos y turcos contribuyeron al

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

llamado *Milagro alemán* tras la segunda Guerra Mundial. Contaba mi padre que empezó a trabajar en la manufactura en una fábrica donde se hacía maquinaria, poco después de llegar a la República Federal de Alemania. Allí ganaba un sueldazo, creo que unos 900 marcos al mes (unas 18000 pesetas, nada menos). Era un simple peón, sin especialización ni cualificación. Pero las condiciones de trabajo eran pésimas: vivía cerca de la fábrica donde trabajaba y se sentía explotado y maltratado. Solo duró ocho meses en Alemania y volvió al pueblo diciendo: “A mí no me mandan esos fachas”. Para mí, su vuelta fue la mayor alegría de mi infancia porque yo le tenía a mi padre mucho cariño. Me tomaba la lección cuando volvía de la escuela, iba con él a Cuevas del Campo, en la bicicleta para ir a ver a mi abuela, le llevaba el desayuno al herradero, me llevaba a la tertulia que hacía en la panadería del tío Cirilo, después de trabajar. Mi misión era ir a buscar el diario *Madrid* a Correos y traerlo a la tertulia; era traerlo y se ponían a comentar las noticias, la mayoría de las veces indignados por lo que leían de las fechorías de la dictadura franquista, porque era un diario de ideología franquista, aunque a partir de 1962 se volvió más aperturista e independiente. Yo creo que ahí nació mi interés por el periodismo, aunque todavía no sabía bien en qué consistía esa profesión.

Aquellos ocho meses de ausencia de mi padre fueron muy tristes. Cuando volvió nos contaba anécdotas divertidas relacionadas con el alemán, que para él era ininteligible. Mi padre no sabía el idioma. Contaba que se relacionaba con gestos cuando iba a comprar. Suerte que estaba con otros emigrantes y con mi primo Pepe, de lo contrario se hubiera vuelto a la semana siguiente. Decía que había tantos emigrantes españoles en esa ciudad que los carteles para los tranvías estaban en español. Ahorró dinero y sirvió para que mi familia viviera una temporada tranquila en el pueblo. Mientras tanto, mi vida se desarrollaba jugando en la calle y en la socialización de la escuela, a la que empecé a ir muy tarde, a los seis años, ya que la enseñanza primaria iba desde los 6 a los 14 años. Pero me fui antes de acabarla (a los 13) a Barcelona, y allí cambió todo.

EL GRUPO ESCOLAR JOSÉ ANTONIO

Todavía recuerdo la ilusión que tenía al empezar la escuela. Me daba envidia de mis hermanos mayores que ya hacía tiempo que iban allá. “¿Y yo qué?”, le decía a mi madre. Pero llegó el día esperado. Mi madre me compró un *baby* blanco, una maletilla de madera, con un dibujo pastoril en la parte delantera, una libreta y un lápiz, y una pizarra con sus tizas blancas. Fui al grupo escolar del pueblo llamado José Antonio, (en honor al fundador de la Falange), donde estaban separados los niños y las niñas en patios y clases diferentes. Todas las mañanas, antes de empezar las clases, nos hacían cantar el *Cara al sol, con la camisa nueva...* y el brazo en alto fascista, apoyado en el hombro de la compañera (en aquella época no sabía que era el saludo fascista). Fui a la clase de doña Tiscar, una maestra gorda y pegona que cuando te equivocabas o no respondías lo que ella esperaba te llevabas una *quantá*, o te hacía juntar los dedos y te daba con fuerza con la palmeta, o te ponía con los brazos en cruz y dos libros (uno en cada mano) y te mantenía allí un buen rato. La violencia estaba muy presente en el quehacer pedagógico de aquella época y era un instrumento didáctico indispensable para mantener el orden establecido tras la Guerra Civil. Llevábamos un diario de clase, que cada día tenía que escribir una de las alumnas. Escribíamos con una pluma y tinta, pero a la que se te caía una gota de tinta en el papel, quantazo que te daba.

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

Mis compañeras y yo fuimos adoctrinadas en la ideología franquista, en los valores religiosos y patrios propuestos por la Iglesia y la Falange, es decir, autoridad, jerarquía, orden y disciplina. Teníamos un único libro (*Enciclopedia Álvarez*), con valores totalmente contrarios a los de la escuela de la República, que propugnaba una educación igualitaria entre hombres y mujeres, un hombre y una mujer nuevos, respetuosos, participativos y solidarios, principios basados en la institución libre de enseñanza de Giner de los Ríos, una enseñanza laica en que primaba el respeto al niño y al maestro. En esta se defendía la democracia y la cultura, y se propugnaba la libertad en todos los sentidos: de cátedra, de expresión, de religión y amor al trabajo. Con estos principios querían acabar con el analfabetismo y el atraso de la sociedad española de aquella época. Mi padre y mi madre habían vivido y aprendido en la escuela republicana y habían asimilado esos valores. Al menos, eso era lo que me explicaban en casa. En cambio, los que primaban en la escuela franquista no tenían nada que ver con los de la escuela republicana.

UN ÚNICO LIBRO DE TEXTO

La *Enciclopedia Álvarez*, del autor Antonio Álvarez (editada desde 1951 hasta 1973, y que iba por grados), pasó la censura política y eclesiástica de aquella España de posguerra y se convirtió en el único libro de texto de las escuelas franquistas. La historia que nos contaban en esa enciclopedia fue alterada para vehicular valores patrióticos y políticos, y se introdujeron conceptos como *ser español*, la justificación del golpe de estado franquista contra la República, el llamado “glorioso alzamiento nacional”, que se mostraba como una gesta heroica. Se buscaba que los niños y las niñas nos identificáramos con los valores de la patria y la raza, y con el Imperio español, ya desmontado hacía tiempo. Los valores buenos eran los que difundía la Iglesia católica, los malos los que enseñaban los rojos, masones y liberales. La *España eterna* de Franco se basaba en los valores de la *unidad* y la *tradición*.

En la escuela franquista, las niñas debíamos ser educadas para la vida del hogar y la artesanía. A los niños, que eran instruidos en la superioridad sobre las mujeres, se les proponía la formación superior o el trabajo en la industria, el comercio y la agricultura. La escuela franquista te formaba en valores fascistas y patrióticos, religiosos, racistas y del nacionalismo radical español. Por suerte, cuando llegaba a casa y les explicaba a mi madre y a mi padre lo que decían de los héroes franquistas de la guerra (el Caudillo, Ramiro Ledesma, el general Sanjurjo, las historias de la cruzada franquista y el glorioso alzamiento nacional), todo era rápidamente rebatido por mis progenitores y puesto en duda ese heroísmo de los vencedores en la Guerra Civil, que todavía estaba muy presente. Mis padres habían sufrido en sus carnes los horrores de la guerra. Mi padre fue al frente con solo 18 años. Era de la *Quinta del Biberón*, y aunque estuvo en la retaguardia, defendiendo a la República, presencié cosas horribles. Mi madre, que era republicana y comunista, nos contó que su hermano Cirilo, que estaba al frente del partido comunista en el Pozo, era rojo y luchó para defender la República. Pero cuando acabó la Guerra Civil y ganaron los nacionales, lo metieron en la cárcel, en Jaén, y cada noche esperaba que le “dieran el paseillo”, o sea, que lo ejecutaran. Aunque durante la revolución de 1936 salvó no pocas vidas de poceños que eran amenazados por la FAI-CNT, al final lo indultaron y regresó al pueblo donde fundó una panadería, la única del pueblo, donde vendía un pan buenísimo, tortas y rosquillas no solo en el Pozo, sino que también los distribuía en los pueblos vecinos, y cada mañana íbamos a buscar el pan calentito para el desayuno, que había estado haciendo él y todos sus hijos durante la noche. Desayunábamos sopas de pan con leche de cabra recién

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

ordeñada por el cabrero que venía por la mañana con sus cabras, de casa en casa por todo el pueblo, y servía la leche a domicilio.

CAZA DE BRUJAS Y DEPURACIÓN DE MAESTROS REPUBLICANOS

Según Wikipedia, no solo fueron depurados los políticos y activistas rojos, pues también fueron represaliados maestros, bibliotecarios y universitarios de la II República por el daño que habían hecho a España, de ahí que fueran culpados de laicismo, extremismo y “envenenadores del alma popular”. Por eso, tras la Guerra Civil se sancionó a un 30 % de los maestros de la Escuela Nacional. La depuración alcanzó a docentes y también fueron sancionados alumnos. Fueron quemados libros de texto y bibliotecas escolares, aunque los que más sufrieron fueron los docentes pertenecientes a la II República española.

A pesar del ambiente hostil que se respiraba, aprendí pronto a leer y a escribir. Recuerdo que cuando llegaba a casa me ponía a leer la *Enciclopedia Álvarez* y a hacer los deberes que me mandaba la maestra. Mi padre me ayudaba a aprender, tomándome la lección, y con mucha paciencia me corregía o me animaba a seguir. Lo que más me gustaba era el dibujo, los dictados y las redacciones. Y lo que menos... las mates. Recuerdo que la única vez que fui elogiada por la maestra fue el día que leí una redacción sobre mi familia. Aquel día pensé: “Quiero dedicarme a escribir”... y aquí estoy. Pasaba desapercibida, o eso pensaba, porque siempre le daban el premio de la mejor alumna de la clase a otra nena. A mí nunca me tocó que me pusieran la cinta.

MIS MEJORES AMIGAS Y AMIGOS

Mis mejores amigas de la escuela eran Amparito, la hija del alcalde. Ella me invitaba al salón de su casa a ver la tele los domingos porque por aquella época en el pueblo solo tenían los potentados (habría dos o tres). Recuerdo que también había un televisor en el casino del pueblo (allí la vi por primera vez). Esto coincidió con la muerte del papa Juan XXIII, en el año 1963. El entierro fue televisado y todo el pueblo fue a verlo. Otra de mis mejores amigas era Elenita, hija de un funcionario importante del ayuntamiento de Pozo-Alcón, a la que le tenía envidia, pues siempre hablaba de que cuando tuviera que hacer el bachillerato se iría afuera a cursarlo (allí en el pueblo solo podías hacer la enseñanza primaria). De todas formas, eso de que las mujeres estudiáramos no estaba bien visto en aquella época. El destino de la mujer era casarse, cuidar de la casa, tener hijos, ser madre, formar una familia y ya está. Lo que más se podía hacer era asistir a la formación que daban a las mujeres en la sección femenina, cuyos valores eran servir al hombre para ser madre y esposa sumisa, relegada al espacio privado y alejada de la vida política del país. La mujer debía ser el pilar fundamental de la familia, alejada de la vida pública. Su lugar estaba en el hogar. Mi padre siempre decía que las mujeres también tenían que estudiar, que la educación era necesaria y tenía que ser igual para todos. Pero mi madre siempre argumentaba: “Para lavar pañales y limpiar mocos de los niños no hacía falta estudiar ni hacer una carrera”. Al final, se impuso la opinión de mi padre (esta aventura la contaré más

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

adelante), lo que sirvió para que yo estudiara Periodismo en la UAB y conociera a Ángel, mi compañero de vida.

Otra de mis mejores amigas era mi prima Gregoria, que aunque era mayor que yo y no íbamos a la misma clase, después de la escuela nos juntábamos en la era... ¡y a jugar! También jugábamos mucho en las cámaras, en su casa, porque tenía muchos juguetes. A mí me gustaba una muñeca de cartón, con sus ropas, que le poníamos y quitábamos. También jugábamos a saltar a la cuerda y al escondite. Se fue a vivir a Alicante, más o menos en la misma época en que nuestra familia se trasladó a Barcelona, pero nos hicimos muy amigas y conservamos la amistad hasta su muerte.

Otra de mis primas, la Benita, también fue una de mis mejores amigas. Aunque era mayor que yo, me gustaba mucho su compañía: me enseñaba y me dejaba su ropa, y sus pulseras, etc. A veces me quedaba a dormir en su casa. Por la tarde rezábamos el rosario y también escuchábamos la radio en su casa: me gustaba mucho el programa de los discos dedicados, donde escuché cantar por primera vez la canción *Soy una chica... una chica*. Yeyé, que cantaba Conchita Velasco, y quise ser también *una chica yeyé* como ella cuando fuera mayor. También escuchábamos radionovelas por la tarde, después del rezar el rosario. Merendábamos y poníamos la radio porque empezaba la novela, escuchábamos La Ser y Radio Nacional. Recuerdo que nos tragamos enteritas *Ama Rosa* con Juana Ginzo, en la Ser, y *Matilde*, *Perico* y *Periquín* y también me gustaba escuchar *Los cuarenta principales*, con los números uno del panorama musical de los años 60, donde escuché embelesada al Dúo Dinámico, a Los Sirex, Los Mustang, Bruno Lomas y el *rock and roll*, con Elvis Presley a la cabeza, ritmo que me gustó para siempre y que intenté aprender a bailar años más tarde, con poco éxito.

También tenía amigos. Mi mejor amigo era mi primo Antonio Vargas (de mi edad, quien me ayudó a montar la *escuela de verano* antes de venirme para Barcelona; a veces decía que lo quería tener de novio) y mi primo Cirilo (con él jugaba en la panadería de su padre, en el almacén donde guardaban la harina para hacer pan). Nos juntábamos varios primos y primas y mis hermanos Orencio y Jesús, nos subíamos a los sacos, jugábamos al escondite y allí, en esos sacos blanditos y con olor a pan, nos pasábamos las horas muertas. A veces nos quedábamos allí hasta las tantas de la noche. Un día nos dieron por perdidos. Nos buscaron por todo el pueblo y pensaban que nos había pasado algo. Había sucedido que jugando “se nos había ido el santo al cielo” y nos dieron las 12 de la noche en el almacén de harinas de la panadería.

En aquella época, a mis diez años de vida, mis objetivos iban cambiando en función de las influencias directas de mi entorno, aunque mi ilusión temporal era ser modista o profesora de corte y confección. Ese oficio me gustó desde el primer momento en que fui con mi madre a la modista para hacerme un vestido. De heho, trabajé algún verano ayudando a coser falsos y a pegar botones en el taller de costura. Quise ser también aventurera, porque leía los tebeos de mis hermanos, como *El capitán Trueno*, donde aparecían Goliat y Crispín, y Sigrid (novia de Trueno y reina de la isla de Thule), que se dedicaban a recorrer el mundo en busca de aventuras. Eran defensores de la justicia y liberadores de los oprimidos, una historieta con la que me identificaba. También me gustaba hacer de maestra y lo hice un verano con los niños de mi calle. Los junté durante el verano, antes de dejar el pueblo y venirnos para Barcelona. Conseguí reunir unos 9 o 10 niños, les daba clases en las cámaras, donde organicé una pequeña escuela y donde repasábamos las lecciones del curso y cantábamos las canciones aprendidas en el Grupo Escolar José Antonio. Con ellos celebré mi 13 cumpleaños y el último en el pueblo. Me gustó hacer de maestra por un verano. Años más tarde, se convirtió en la última profesión con la que me he jubilado: profesora universitaria. Poco podía imaginar en aquel verano de 1967, en

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

que cumplía 13 años, lo que la vida me deparaba y las ocupaciones que tendría en mi vida adulta, como correctora de estilo, redactora de prensa local, periodista, coordinadora de programas de TVE, que ni de lejos habría imaginado entonces.

LA TÍA EVA

La tía Eva era hermana de mi madre y no tenía descendencia. Ella nos cuidaba a todos como si fuéramos sus hijos, por lo que se llevó un buen disgusto cuando toda la familia nos fuimos a Barcelona. Me pasaba horas y horas en su casa. Incluso dormía en un dormitorio contiguo a su habitación y por la noche, en el verano, escuchaba los diálogos del cine de verano que estaban cerca y se colaban en mi habitación. Eran mi tía y mi tío muy “miseros”, al contrario que mis padres, que no iban nunca a la iglesia. Mi madre me ponía el vestido de los domingos y la ocupación de ese día era ir a misa con mi tía Eva y con mi tío Prudencio. Luego íbamos al casino a tomar una cerveza y patatas chips. Incluso me llevaban al cine.

En mi pueblo, como he dicho, había cine de verano y cine de invierno. Para anunciar el inicio de la película sonaba poco antes en todo el pueblo una música romántica, como llamando a la oración. Y se llenaba. La gente se traía unas papelinas llenas de pipas, garbanzos, cañamones. Recuerdo que la gente reaccionaba ante las escenas de miedo o de suspense con exclamaciones: ¡uy!, ¡oh! Por aquel tiempo, en los años 60, triunfaban directores como Juan Antonio Bardem (nunca pasa nada, 1963) Luis García Berlanga (Plácido, 1961) o el Verdugo (1963). También empezó a triunfar el “landismo”, películas protagonizadas por Alfredo Landa y el *Spaghetti Western*, películas rodadas en el desierto de Tabernas, en Almería y las películas de romanos (los péplum). Pero la actriz más famosa de aquella época era Sara Montiel.

EL CINE DEL PUEBLO: “FÁBRICA DE SUEÑOS”

Mi hermano Librado, el mayor, era uno de los acomodadores en el cine del pueblo. Ahí se aficionó al cine. Una vez hizo una travesura enorme para ver una película. Se enteró de que estrenaban en el cine del Pozo una película de la Sara Montiel donde se mostraba su escote. El caso es que se escapó de Cuevas del Campo (estaba en casa de los abuelos paternos para estudiar en la escuela del maestro Antonio Sarabia) para ir al Pozo corriendo, porque ponían *El último cuplé* (1957) con Sara Montiel como protagonista. Librado me contó que se dio una “panzá de correr”, desde Cuevas del Campo al Pozo (unos 10 kilómetros corriendo) y cuando llegó fue a pedirle un duro a mi padre para ir al cine, pero no se lo dio. De hecho, lo castigó por escaparse, con lo cual el intento por ver la película de la Sarita fue un fracaso y una frustración enorme. En esa época el cine era una de las pocas actividades de ocio en aquellos pueblos dejados de la mano de Dios. Por eso, aunque con censura previa, el cine era la única “fábrica de sueños” en aquella España franquista de silencios y represión. La película que él quería ver —*El último cuplé* (1957)— estaba dirigida por Juan de Orduña y protagonizada por Sara Montiel, quien ya había trabajado en Hollywood y era considerada el rostro más bello del cine español. Sarita Montiel, una de las actrices y cantantes españolas mejor pagadas del mundo, aceptó trabajar en esta película de bajo presupuesto por su compromiso con Juan de Orduña, que la

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

dio a conocer en España con títulos como *Locura de amor* (1948). Pero *El último cuplé* fue un inmenso éxito de taquilla por las canciones y la voz susurrante, grave y erótica de Sara Montiel. Sus interpretaciones de *Fumando espero*, *El relicario*, *Nena* y *Ven y ven* serían recordadas durante generaciones. La película logró distribución internacional y marcó un hito en el cine español por su recaudación. Desafiaba el ideal femenino y la censura franquista, y abría el camino al destape y a la modernidad que se vería después en el cine de la democracia. Sin embargo, mi hermano se quedó sin ver la película y castigado. Además, mi familia ya estaba preparando nuestro viaje a la vendimia (en Francia). Todos tendríamos que decir adiós a los amigos, a la familia y al Pozo, al que ya no volveríamos nunca más porque a la vuelta de la vendimia nos quedamos a vivir en Barcelona para siempre. Un viaje sin retorno, ya que mi padre no volvió nunca más al pueblo, del que se sintió expulsado “por las circunstancias”, como él decía cuando le preguntaban. En cambio, mi hermano Librado se convirtió en un “poceño” de pro, un nostálgico del Pozo, al que volvería una y otra vez cada verano.

VIAJE DE TODA LA FAMILIA A LA VENDIMIA (FRANCIA) Y FINALMENTE A BARCELONA

En estas, mi padre ya estaba preparando el viaje de la familia a la vendimia a Francia, para ganar algún dinero, ya que su negocio no daba para comer y sus intentos de conseguir trabajo en el Pozo fueron infructuosos. Así que contactó a un amigo que tenía en Beziers, un exiliado de la Guerra Civil española, dueño de una viña en el sur de Francia. Allí que nos fuimos a recoger uva todos menos Jesús, el hermano pequeño, a quien dejamos con todo el dolor de nuestro corazón con la tía Eva y el tío Prudencio. Era la primera vez que los más pequeños salíamos del Pozo. Fuimos a coger un tren de madera a la estación de Baza y llegamos a Chinchilla, una estación de paso donde hacía un frío que pelaba. Allí estuvimos varias horas esperando otro tren (El Sevillano) que nos llevaría a Barcelona y luego a Port-Bou, frontera con Francia. En Port-Bou nos cambiaron de tren porque las vías eran más estrechas. En este último llegamos a Beziers. Fue un viaje larguísimo que duró varios días. Recuerdo que en El Sevillano, cuando se hizo de día, ya íbamos por Tarragona y mi madre me despertó para asomarnos a la ventanilla donde vi el mar por primera vez: inmenso, azul, infinito. En Barcelona, llegamos a la estación de Francia para esperar otro tren que nos llevaría a Port-Bou para pasar la frontera y llegar a la estación de Beziers, en el departamento de Hérault del sur de Francia, donde nos esperaba el patrón con su Citroën dos caballos, de color gris, para ir a la finca donde toda la familia estaría un mes cosechando uva.

El viaje desde el Pozo hasta Beziers duró dos días. Llegamos cansados y muertos de sueño. Nos alojaron en una casa enorme para nosotros solos, donde dormíamos, descansábamos y preparábamos la comida para llevarla a la viña. Era una casa rodeada de viñas, con luz, agua y camas decentes. En el trayecto pensaba: “Dios mío, a ver en qué cuchitril nos van a meter a toda la familia”. Por aquel entonces pensaba que éramos una familia acomodada “venida a menos”, por lo que ir a Francia a hacer la vendimia era una humillación, aunque nos sacaría de apuros económicos para luego volver al pueblo, a nuestra casa. Pero no fue así. Al día siguiente toda la familia nos fuimos a coger la uva, menos yo, que jugaba y correteaba por las viñas, llevaba agua cuando me lo pedían y servía la comida, que ya traíamos preparada desde casa. Cuando acabábamos la jornada, los que más se lamentaban eran mi padre y mi madre, que se

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

quejaban de dolores en la espalda y en las rodillas por estar agachados durante todo el día cortando racimos de uva.

Ir a Francia a hacer la vendimia era muy habitual por aquel entonces: era una tradición. Cuando se acercaba el mes de agosto, muchas familias empezaban a hacer las maletas para irse a Francia (aún hoy, cada año, unos 15000 trabajadores emigran temporalmente a Francia, ya que en España no encuentran trabajo, como le pasó a mi padre) y volvían a casa con unos ingresos que servían para mantener a la familia durante una temporada, aunque algunos se quedaron largos periodos. Eso quería mi padre. Pero mi madre dijo que allí no conocían a nadie, mientras que en Barcelona ya vivían mis tías Ceferina y Sabina, hermanas de mi padre, por lo que estaríamos cerca de la familia. Así que cuando acabamos la vendimia volvimos a Barcelona y nos quedamos a vivir para siempre, lejos del Pozo, al que nunca más volveríamos. Bueno, mi madre sí volvió para vender la casa, la tierra y a buscar al Jesús, nuestro hermano pequeño, al que echábamos mucho de menos y al que no vimos durante una larga temporada.

Capítulo-2

INICIANDO UNA NUEVA VIDA EN BARCELONA

Cuando volvimos de la vendimia y nos quedamos a vivir en Barcelona, esta ciudad era uno de los principales polos de atracción de inmigrantes y polígono principal de desarrollo industrial, propiciado por el paso de la autarquía franquista a la etapa del desarrollismo y la apertura al mundo de la España franquista, a la libertad de mercado y al comercio exterior. Era una etapa de expansión económica que se extendería hasta el año 1974. La economía española crecía a un promedio de 7 % anual. Las fábricas iban que se las pelaban y en las ciudades del cinturón industrial de Barcelona había un taller en cada esquina. Además, coincidió con el ciclo del mayor crecimiento económico de Europa tras la Segunda Guerra Mundial.

Nuestra familia se trasladó a Barcelona en el año 1967. Cuando volvimos de la vendimia en Beziers (Francia) a Barcelona nos alojamos temporalmente en el piso de la tía Ceferina, en la Maresma, un barrio periférico de Barcelona en el área metropolitana lleno de bloques de pisos que parecían colmenas, fábricas pestosas y barrios poblados de inmigrantes como el nuestro. El campo se estaba despoblando y las ciudades como Barcelona crecieron exponencialmente para dar lugar a la sociedad industrializada y al desarrollo del capitalismo en España. En aquella época dicen las estadísticas que se produjeron las mayores olas migratorias de españoles hacia el extranjero (un millón y medio de personas) y unos dos millones hacia diferentes capitales de España, como Barcelona, Madrid o Bilbao, lugares donde la renta per cápita era más alta que en el campo. Concretamente en Barcelona, donde fuimos a vivir, se llenó de emigrantes andaluces, expulsados de las provincias de Jaén, Granada, Córdoba y Almería. Atraídos por la ciudad, fuimos a vivir a la periferia, a pueblos como Badalona, Sabadell, L'Hospitalet, Santa Coloma, Cornellá, etc. Los inmigrantes —o *Els altres catalans*, como nos llamó Paco Candel (1964)— nos convertimos en parte fundamental en la vida de Barcelona, pues nos integramos en las luchas populares por una mejor calidad de vida y también fuimos activistas contra el franquismo. De ese modo se creó una nueva clase obrera catalano-andaluza.

EMIGRACIÓN DEL CAMPO A LA CIUDAD

De la familia de mi madre, el tío Gregorio con cinco de sus hijos ya habían emigrado de Campo Cámara (Granada) a Barcelona, y se establecieron en Hospitalet, en el barrio de Pubilla Cases. De la familia de mi padre, sus hermanas Sabina y Ceferina también habían emigrado de las Cuevas del Campo (Granada) a Barcelona antes que nosotros. Cuando llegamos al piso de la Maresma, ellos eran cuatro de familia más la tía Sabina y su marido, y nosotros cinco. Era un auténtico “piso-patera” que, además, albergaba el aula de un maestro del barrio, con unos cuantos niños.

Vivimos allí con ellos poco tiempo. El piso estaba superpoblado, así que pronto mi madre se trasladó al Pozo para vender la tierra y la casa familiar que le quedaban y para traer a mi

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

hermano pequeño, el Jesús, que se había quedado allí con la tía Eva. Mis padres alquilaron un piso por dos años en el mismo barrio, en una gran avenida, que también se llamaba calle de La Maresma. El piso con vistas daba a una fábrica enorme de color gris, donde había un gran letrero con letras azules que ponía lo siguiente: CM (carburos metálicos). Cuando fuimos a vivir a este piso, la cosa cambió porque yo tenía mi propia habitación, separada de la de mis hermanos, y mis padres también tenían la suya. Era un piso de reducidas dimensiones que no tenía punto de comparación con la casa que habíamos dejado en el pueblo. Aun así, teníamos nuestro pequeño y propio espacio para vivir.

Yo estaba muy aburrida. Mi padre y mis hermanos pronto encontraron trabajo y yo me quedaba sola con mi madre, todo el día, y no sabía qué hacer. Había un quiosco debajo de mi casa y yo me dedicaba a leer novelas de Corín Tellado, que iba cambiando cuando las terminaba por otras del mismo estilo. Me asomaba al balcón y allí tenía de nuevo delante la pestosa fábrica de CM. Enonces me preguntaba qué hacíamos nosotros allí. Echaba de menos salir a la calle como en el Pozo, donde conocía a todo el mundo, y saludar y hablar con la gente. En cambio, en La Maresma no conocía a nadie. Bueno, a mi prima Gracia, mayor que yo, que también trabajaba en los juzgados de Barcelona, y a mi primo Lucas, que era de la misma edad que yo, pero ya iba al colegio. Como la preocupación principal de mi familia al llegar a Barcelona era encontrar trabajo, también se convirtió en la mía. Cada mañana me arreglaba y muy dispuesta me recorría la calle Pedro IV, que estaba llena de fábricas y talleres, buscando dónde poder ganar un sueldo para contribuir a la economía familiar. Así encontré trabajo en el barrio, en una charcutería. Me pagaban 300 pesetas al mes, una fortuna para mí, que no tenía nada. Sin embargo, me duró poco porque el jefe se propasó conmigo. Se lo conté a mi madre y me hizo dejarlo poco después.

EL TRABAJO FIJO, UN SUELDO CADA MES...

Mi madre y mi padre estaban convencidos de que al trasladarnos del Pozo a Barcelona nuestras posibilidades de prosperar y mejorar serían inmensamente mayores que en el pueblo: tendríamos un futuro mejor. Y así fue. En aquella época Barcelona era un polo de atracción de inmigrantes por la importante actividad industrial que tenía y por la cantidad de puestos de trabajo que generaba. Por eso, mi hermano Librado pronto encontró trabajo en la empresa Faema, dedicada a la venta de máquinas profesionales de café y *cappuccino*. Cuenta mi hermano Librado que allí se dedicaba a sacar fotocopias y luego albaranes para el control del almacén. Y llevaba un periódico de la empresa. Ganaba unas 800 pesetas al mes, que entregaba religiosamente a mi madre. Mi hermano Orencio entró a trabajar en una imprenta, aunque la familia nunca supo cuánto ganaba: no entregaba el sobre. Mi padre encontró trabajo de transportista de máquinas de escribir e impresoras en la empresa Gispert. Allí se mantuvo hasta que se jubiló. Como todavía no tenían una especialización, se iniciaron trabajando en la escala laboral más baja. Pero poco a poco todos cambiaron a trabajos mejores: mi hermano Orencio como dependiente en los almacenes Rodríguez, de la calle Pelayo. Mi hermano Librado, que cambió de trabajo varias veces, llegó a ser gerente en una empresa llamada Ibercarretillas, gestionar unos 5000 millones de pesetas al año y mandar sobre 150 trabajadores. Jesús, el hermano pequeño, también empezó a trabajar pronto en una ferretería, y a estudiar por la tarde en el instituto y luego en una academia en el centro de Barcelona. Era un joven muy

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

activo, además de militar en el PSUC, donde era “secretario de organización” en el barrio de la Verneda. Además, hacía atletismo en Montjuic y competía en la liga catalana.

Por lo tanto, la novedad principal despues del traslado de todos a Barcelona es que tres miembros de la familia traían un sueldo a casa cada mes. En otras palabras, el poder adquisitivo aumentó exponencialmente, ya que gozábamos de pleno empleo. Aunque al principio eran labores de poca monta, como todos trabajábamos —menos los más pequeños (mi hermano Jesús y yo)— se elevaron los ingresos familiares y el bienestar. Entramos en una etapa de relativa prosperidad y eso se notó en que pronto formábamos parte de la sociedad de consumo: teníamos nevera, televisor, lavadora, tocadiscos... ¡y un coche! Un Seat 1430 de segunda mano que le costó a mi hermano Librado 114 000 pesetas. Hasta llegamos a comprar un apartamento en Benidorm, adonde íbamos toda la familia metidos en el Seat 1430, cuando les daban las vacaciones en el mes de agosto a mis hermanos y a mi padre.

Accedimos, pues, a la sociedad de consumo, que se inauguraba entonces gracias a la disponibilidad de dinero en efectivo, del que habíamos carecido hasta la fecha, y a la producción masiva de todo tipo de bienes y servicios, que se pusieron a nuestro alcance por aquellos tiempos debido al desarrollo industrial y productivo de la sociedad capitalista, a la que llegamos trasladándonos del Pozo a Barcelona.

Habíamos pasado de considerarnos “señoritos” con tierras, pero sin un duro, a ser obreros con un sueldo fijo cada semana. Así nos convertimos en ciudadanos y consumidores. De ser propietarios de tierras en el Pozo y el Fontanar y de tener una casa de cuatro pisos con patio y una parra, pasamos a ser dueños de un piso de 80 metros cuadrados en el extrarradio barcelonés, pero aun así estábamos de suerte, porque en ese tiempo los inmigrantes venidos de Andalucía vivían hacinados en infraviviendas, realquilados o en chabolas y barracas. Algunos inmigrantes optaron por hacerse ellos mismos su vivienda fuera de la legalidad urbanística. Había barracas aquí y allá. Recuerdo las de la Perona, situadas entre el puente del Trabajo y el puente de Espronceda. Y las barracas del Campo de la Bota, en la playa del distrito de Sant Martí, que ya han desaparecido para dar lugar al *Front Maritim del Poble Nou*, donde ahora hay unos bloques de pisos carísimos para ricachones que quieren vivir de cara al mar, de ahí que se llame *Diagonal Mar*.

DE PUEBLERINOS A CIUDADANOS

En el barrio de la Maresma vivimos de alquiler unos dos años, pues mis padres compraron una vivienda en un gran polígono que se estaba construyendo cerca de la Sagrera, en el distrito de Sant Martí de Provençals, zona de la Verneda, situada al norte del distrito. El dinero para comprar el piso procedía de la venta de la tierra que mi madre había heredado en el Fontanar y de la casa del pueblo. Ese dinero lo invirtieron en un piso que acababan de construir en lo que entonces llamábamos los “Bloques de la Gallina Blanca”.

Me acuerdo de la primera vez que fuimos a ese piso. Estaba en la calle Menorca. Bueno, calle, calle. Cuando fuimos a limpiarlo para ir a vivir lo antes posible, tuvimos que pasar por un camino de tierra entre los huertos y las marismas, pues la Verneda era una zona a las afueras de Barcelona donde había tierras de cultivo y algunas masías. Y no había ni calles, ni iluminación, ni pavimentación, ni escuelas, ni nada. Pero poco a poco se fue configurando un polígono

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

habitado básicamente por inmigrantes. Ya existían en el barrio algunos bloques de pisos, como el polígono La Paz, hoy la Pau, inaugurado por Franco en 1966 para conmemorar los 25 años de paz. Allí se levantaron barrios enteros de protección oficial, como el de la Mina (Sant Adrià del Besós) cercano al nuestro, que era un barrio de gitanos desalojados de las barracas de Montjuich o el Somorrostro.

También creció sobremanera la construcción de viviendas de iniciativa privada. Aquí y allá se levantaban bloques de pisos de 15 plantas. Mi padre los llamaba “colmenas”, sin equipamientos y servicios básicos, como era el barrio donde fuimos a vivir finalmente. Estos polígonos de viviendas para la clase obrera se construyeron en la zona del Levante (de la plaza de las Glorias hasta el Besós) para los pueblerinos venidos de Andalucía, Murcia o Extremadura. Eran monstruos urbanísticos para colocar a muchas personas, pero con pésimas condiciones. Tampoco había hospitales, ambulatorios o escuelas. Aunque por la presión vecinal poco a poco se fue configurando el barrio, con la rambla Prim, la avenida Guipúzcoa, el Instituto “Infanta Isabel” y Juan de Austria, el entorno de la Palmera, el metro, etc. Hoy es un barrio bien equipado, con grandes avenidas, arbolado, colegios, dos institutos, ambulatorios, etc.

MI PRIMERA ESCUELA EN BARCELONA: LAS MONJAS MERCEDARIAS

Todos se iban a trabajar temprano y regresaban tarde. Se llevaban un bocadillo y comían por ahí. En casa nos quedábamos mi madre y yo. Como me aburría sobremanera y veía que las niñas de mi edad iban a la escuela, le dije a mi madre que quería ir al colegio, pues tenía catorce años y aunque había tenido una experiencia laboral corta en la charcutería, yo quería seguir estudiando y estar con niñas de mi edad.

En el barrio todavía, como he dicho, no había servicios de ningún tipo, pues se estaba creando el polígono, pero mi madre encontró un colegio de monjas en otro barrio (en el Besós). Así, y casi por caridad, entré en el Colegio de las Mercedarias Misioneras Cruzadas de la Iglesia, en Sant Adrià del Besós, un colegio de monjas para niñas que estaba lejos. Para ir tenía que cruzar las obras de la autopista Barcelona-Mataró, que se estaban realizando en ese momento. Sería el año 1968 o 1969. Ahí retomé los estudios de educación primaria que había dejado a la mitad en el Grupo Escolar del Pozo. Era una educación muy marcada por la religión católica: rezábamos el rosario, íbamos a misa, leíamos la Biblia, pero también estudiábamos lengua, matemáticas, música, etc. Recuerdo que siempre me pillaban hablando con las compañeras y como castigo tenía que copiar cien veces: “No hablaré en clase..., no hablaré en clase..., no hablaré en clase”. Y nos teníamos que ir a examinar a otro centro educativo de Barcelona. Yo siempre lo aprobaba todo con nota alta. Aunque cuando iba a buscar las notas, le decía a mi hermano Jesús que me acompañara porque siempre tenía miedo de suspender alguna.

ADOLESCENCIA EN EL INSTITUTO “INFANTA ISABEL”

Después de aprobar la Educación Primaria, el siguiente colegio al que me llevaron fue el Instituto “Infanta Isabel” para niñas, creado para los hijos de los inmigrantes establecidos en el barrio, en 1962, junto al “Juan de Austria”, que estaba dedicado a niños. Ese instituto —dirigido en ese momento por la pedagoga Angeleta Ferrer, hija de Rosa Sensat, pedagoga catalana que transformó la educación de las niñas con su pedagogía feminista y progresista— fue fundamental en mi educación, pues me marcó el camino del estudio y la formación posterior universitaria: primero en la Universidad de Barcelona, donde estudié Relaciones Públicas y luego en la Universidad Autónoma de Barcelona, donde me licencié en Periodismo y me doctoré en Ciencias de la Comunicación.

Muchas de mis compañeras de clase también fueron a estudiar a la Universidad de Barcelona, como la Rosa Lasaosa, licenciada en Historia del Arte y Bellas Artes, luego convertida en artista plástica en Estados Unidos. Esther Lorences, licenciada en Historia, que se dedica a la traducción y vive también en Estados Unidos. Núria Báguena, licenciada en Humanidades, profesora (UOC) y asesora de patrimonio culinario. Ana Rodríguez Fischer, licenciada en filología española, profesora en la Universidad de Barcelona y novelista. Del “Infanta Isabel” también recuerdo a Elena Vallejo, que era vecina mía e íbamos juntas al instituto. Elena se licenció en Historia en la UB y también estudió Educación Social. Se dedicó durante 25 años a educar a discapacitados psíquicos y conseguir su independencia económica. Y cómo no recordar a mi compañera de pupitre, la Sara Albero, una gran estudiante que compaginaba las clases en el infanta con la educación en artes en la Llotja de Barcelona, y que se ha dedicado a producción de musicales y gestión de eventos. Todas hemos sido y somos “mujeres de provecho”, como se decía antes.

La directora Angeleta Ferrer i Sensat marcaba la pauta de la educación que teníamos que recibir, más orientada a la observación de la naturaleza y menos a la memorización de conceptos, como en el colegio de monjas. Angeleta Ferrer defendía las ideas pedagógicas de su madre, la pedagoga Rosa Sensat, que propugnaba los valores del respeto a los niños y niñas, y a sus intereses, una vida cercana a la naturaleza, la educación al aire libre y a la luz. La educación basada en el juego y en el trabajo, el aprecio por la belleza y educar de forma divertida y dinámica, una forma muy diferente a la que existía en España en aquella época. Recuerdo que salíamos al Montseny a recoger minerales, a observar el paisaje y la naturaleza. Con aquellas salidas desarrollamos una sensibilidad especial para conocer y sentir la vida al aire libre, la belleza y el arte. Las materias más atractivas para mí eran la biología, las ciencias naturales, pero también la historia del arte y la filosofía. La clase de arte era con diapositivas y explicaciones *in situ* de diferentes artistas, cuyas obras íbamos a observar en los museos de Barcelona bajo la dirección de la profesora. El viaje de fin de curso a Italia fue “el no va más”, pues todo lo que habíamos estudiado en clase —el Renacimiento, por ejemplo— lo pudimos observar en los museos de Roma, Pisa y Florencia explicados por nuestra profesora de arte y por el profesor de latín, el Romero, que también nos acompañó en aquel viaje.

Así que el campo y el laboratorio fueron los lugares de actuación educativa en el “Infanta Isabel”, donde nos inculcaban los valores humanos y empoderaban a las niñas, que veníamos del colegio de monjas donde se impartía una educación retrógrada y conservadora. La relación docencia-discencia era muy cordial, no como en el grupo escolar del Pozo o con las monjas, que era mucho más represiva.

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

Recuerdo muy bien cuando entré en el Infanta Isabel. Lo que más me gustaba era el laboratorio de ciencias naturales. Allí había microscopios que utilizábamos en las clases y una colección de piedras y minerales que me animó a hacer mi propia colección, que aún hoy sigo recopilando en las playas y lugares que visito. En la clase de ciencias naturales diseccionábamos una rana o un mejillón para estudiar con el microscopio cómo era por dentro. También había en el laboratorio de ciencias naturales plantas enormes, dibujos y apuntes del natural que decoraban las paredes. Asimismo, teníamos clases de griego y latín. Allí descubrimos el origen de la cultura occidental. En las clases de latín conocimos la organización de Roma, la romanización y de dónde venía nuestro idioma: el castellano. Aún recuerdo las clases de latín del profesor Romero, que también vino al viaje de fin de curso y nos explicó en vivo y en directo, en Roma y Florencia, los orígenes de nuestra civilización.

Todas adorábamos al profesor Manuel Romero. Aparte de dar clases de latín, nos hizo de director de una obra de teatro que ensayábamos cada tarde en el salón de actos del instituto: nada menos que *Bodas de sangre* de García Lorca, un autor asesinado durante la Guerra Civil, casi prohibido por el franquismo y referente de la literatura del siglo XX. El argumento de la obra era una trágica historia de amor y la relación casi imposible entre dos familias rivales. El tema principal del drama son los celos, la vida, la muerte y el amor que puede con todo. Recuerdo que Rosa Lasaosa hacía de Angustias, Ana Rodríguez, de Adela. Mi papel era el de la criada, la Poncia, que representaba el mantenimiento del *estatus quo*, la sabiduría elemental que ordena la naturaleza de los hombres. En esta obra de Lorca, la mujer es vista como un objeto, sometida al hombre, pura, “con la pata quebrá y en casa”. Fue la única vez que me subí a un escenario y aunque tenía un papel secundario, adquirí notoriedad, y me gustó tanto que cuando acabó la obra lloré porque pensé que nunca más iba a experimentar eso.

También aprendí mucho en las clases de literatura. La profesora nos explicaba las corrientes literarias y nos hacía leer las obras con sus diferentes autores, empezando por los griegos (la *Ilíada* de Homero), la Edad Media (la *Divina comedia* de Dante), el Renacimiento (Shakespeare, Maquiavelo y Garcilaso de la Vega), el barroco (Quevedo, Góngora), el neoclasicismo (Rousseau, Moliere), el romanticismo (Víctor Hugo, Poe, Becquer), el realismo (Tolstoy, Dostoievski), el modernismo (Rubén Darío), el vanguardismo (García Márquez), el surrealismo y sobre todo la literatura española contemporánea, y géneros como la poesía y la prosa. En esas clases me enamoré de las obras de Lorca, Antonio Machado, Pío Baroja, Galdós, Gustavo Adolfo Bécquer. Y es que la clase de literatura no era solo memorística, sino de descubrimiento de autores que quedaron en mi memoria para siempre. Aún los releo y me siguen fascinando. Me aficioné sobremanera a la lectura y devoraba los libros junto con mi hermano Librado, que o bien los compraba o los íbamos a buscar a la biblioteca del barrio. También descubrimos la Biblioteca del Carmen, hoy llamada Sant Pau, en Barcelona. Era una sala monumental de estilo gótico con una cantidad enorme de estanterías llenas de libros que teníamos que buscar primero en fichas. Abríamos el fichero de madera que ocupaba toda la pared, buscábamos el autor en las fichas que estaban escritas a mano y luego pedíamos los libros a la bibliotecaria, que te los traía a la mesa, a tu sitio, iluminado con una lamparita. Allí me pasaba las tardes enteras leyendo, consultando libros, reflexionando sobre ellos y disfrutando de la lectura. La biblioteca era silenciosa y olía a papel, a moho, a vainilla. A veces había un olor ácido, como a vinagre... y a pasto seco... a almendras amargas... y a caramelo.

Allí íbamos a estudiar porque en nuestra casa no había ni mesa ni un lugar para el estudio. Me pasaba la tarde aprendiendo y preparando los trabajos de literatura sobre los autores y sus

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

obras que nos encargaban en el instituto. En esta etapa de mi vida me convertí en una “individua”..., bueno, en una consumidora impertérrita de la letra impresa. Yo era una habitante de la “galaxia Gutenberg”, inscrita en la sociedad de la información: una habitante de la aldea global macluhaniana, consumidora voraz de libros, aunque también he transitado por la galaxia visual. He mirado revistas, he visto mucha tele y he dedicado muchas horas al cine. Así que también estoy impregnada por la cultura audiovisual y he volado por el espacio comunicativo hasta aterrizar bruscamente en la galaxia Internet.

AMIGAS PARA SIEMPRE

En el “Infanta Isabel” descubrí también el valor de la amistad. Conocí a Rosa Lasaosa, compañera de clase, con la que preparaba en su casa los exámenes de latín, griego, literatura, y con la que hice mi primer viaje. Solas fuimos en tren a la Costa Brava. También descubrí el mundo de la música, el canto. Ella tocaba la guitarra muy bien y yo cantaba canciones de amor y desamor de María Dolores Pradera y tangos de Carlos Gardel.

Salíamos juntas la Rosa Lasaosa, la Pilar Hinarejos (que vivía en mi escalera) y yo. Íbamos al cine Verneda, donde había sesión doble, y también a los guateques que se organizaban en el barrio, en algún local de alguna amiga. La música era con tocadiscos. Por aquel entonces oíamos las canciones de Janette, Mari Trini, Julio Iglesias, Roberto Carlos, Camilo Sexto, Nino Bravo, Rafael. Y también baladas románticas en inglés de Phill Collins, Elton John, Georges Michael, los Beatles. Cuando algún chico te sacaba a bailar, sentías como si tuvieras mariposas en la barriga. Bailábamos “agarrao” y nos relacionábamos con chicos del barrio. Cuando salíamos de la Verneda nos íbamos al barrio Gótico, a una tasca llamada “El Portalón”. Allí descubrimos la amistad y el amor, las borracheras, las noches interminables que se prolongaban más allá de las 12. La vida bohemia, las drogas. El único conocido allí era mi primo Lucas, de mi edad, aficionado a fumar porros, tomar alcohol hasta emborracharse y todo tipo de drogas que había por ahí. Recuerdo las noches en las calles amarillentas del barrio Gótico y la fuente de Sant Felipe Neri, donde metía la cabeza para despejarme y poder volver a casa sobria. Las broncas de mi madre al volver a casa tan tarde... y un poco chispada... eran monumentales. Me acuerdo de que me metía en la cama y la cabeza me daba vueltas y más vueltas hasta que me dormía. No me gustaba esa sensación de perder el control. Y a mí me salvó el miedo. Miedo a las relaciones íntimas con chicos que acabábamos de conocer, miedo a “tirarme a la piscina”, miedo a los efectos del alcohol... Porque las drogas eran en aquel tiempo un estímulo y un modo de inhibirse y divertirse. No sabíamos que creaban adicción y que podían causar muchos males: ángel y demonio.

ENCUENTRO CON LAS DROGAS Y EL AMOR EN EL BARRIO GÓTICO

Mis padres tuvieron el mismo problema con mis hermanos Librado y Orencio. También salían por la noche los fines de semana. Iban a “ligar extranjeras” a las discotecas de la Costa Brava y volvían de madrugada, cargados de alcohol de garrafa de mala calidad. Ahí empezó el problema del alcoholismo de mi hermano Orencio, que enfermó del hígado: una cirrosis a causa del excesivo consumo de alcohol. Murió muy joven.

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

En el instituto también fue cuando empecé a fumar, porque estaba de moda, y era como decir “soy una mujer liberada y moderna”. Fue también porque quería imitar a mis hermanos, que fumaban como carreteros, y a mi padre, que fumaba tabaco liado *Ideales*, y tenía los dedos amarillos de tanto humo. Mi padre también bebía lo suyo: un litro de vino cada día... por lo menos. Yo no iba a quedarme atrás. Quería ser una mujer liberada de prejuicios y plantarle cara al estereotipo de mujer sumisa y obediente. Lo mío con el tabaco duró bastante y llegué a fumar hasta dos paquetes diarios de cigarrillos; eso sí, con filtro, pero era uno detrás de otro. Entonces no sabíamos que el tabaco podía causar cáncer de pulmón. Fumar era muy relajante y delante de los demás quedabas como una mujer moderna, adulta, liberada.

Dejábamos atrás la niñez en esas noches del Gótico. Y nos enfrentábamos a la adolescencia con arrojo y dispuestas a comernos el mundo. Nos apuntamos a la vida bohemia, buscábamos nuestra propia identidad, rebelarnos contra las convenciones sociales y los valores que imperaban entonces. Queríamos ser *hippies*. El lema era *Haz el amor y no la guerra*, movimiento de moda en aquella época. Practicar el amor libre, aunque daba miedo; experimentar con las drogas y el alcohol, saltarse las normas establecidas... aunque de una manera bastante inconsciente. Hacer la revolución, porque ello debía comenzar por una misma, y cambiar lo que no nos gustaba. Se estaban cociendo los valores de la libertad sexual, la emancipación juvenil, el compromiso político... la militancia antifranquista.

CUIDADO CON LOS HOMBRES: “SON TODOS IGUALES”

Teníamos un concepto extraño de los hombres, como si de depredadores se trataran. Como si fueran nuestros enemigos. Habíamos sido educadas en clases separadas de los niños y en reprimir las ganas de relacionarnos con ellos porque te podías convertir en “una perdida” si ibas con hombres. Nos decían que tuviéramos cuidado, que solo querían aprovecharse de nosotras. Pero en el barrio Gótico descubrimos que eran cariñosos, que solo querían pasarlo bien con nosotras, ser amigos nuestros, darnos un beso... y quizás algo más..., pero sin ningún tipo de compromiso. Se practicaba el amor libre, sin ataduras. A mí esa actitud me mosqueaba. Allí nos enamorábamos y nos desenamorábamos en cuestión de semanas. Mi prima Dulce se enamoró perdidamente de un “porreta”, muy dulce, cariñoso y simpático. Quedó embarazada y sus padres no se enteraron de “la barriga” hasta que se puso de parto y tuvo el niño. En aquellas andanzas del Gótico pasaron muchas cosas, y nosotras nos fuimos haciendo mujeres liberadas, empoderadas y decididas a cambiar las costumbres que nos habían inculcado nuestros padres y nuestras maestras. Decidir si queríamos una relación o no. En el Gótico no tuve ningún gran amorío. Sí recuerdo la primera vez que me enamoré y tuve una primera relación amorosa, muy inocente... mi primer novio, el Paco. Le conocí en la fábrica Frigo, donde trabajé un verano. Me enamoré perdidamente de él, de sus ojos azules, de su pelo rubio..., de su dulzura, de su moto con la que me llevaba a dar un paseo. Incluso hablamos de casarnos y tener hijos. Pero aquella relación duró sólo un verano.

Nos educaban para ser esposas, madres y amas de casa. Nos decían que si bailábamos “agarrao”, no dejaras que se te pegara mucho el chico. Y nada de besos o relaciones íntimas. Eso solo cuando el cura te daba las bendiciones y te convertías en esposa y madre. De hecho, en casa, las que limpiábamos, cocinábamos, lavábamos la ropa y cuidábamos de la casa éramos

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

mi madre y yo. A mí me parecía un abuso. Yo no me podía ir de paseo o con mis amigas si no había hecho las camas de mis hermanos y la mía, y había ordenado todo. Y ellos no tenían ninguna obligación en cuidar de la casa, ni de nada. Yo protestaba y mi madre decía que era mi obligación, pero no la de mis hermanos, que eran hombres y trabajaban fuera. Por eso, éramos nosotras las que teníamos que hacerlo todo. Cuando protestaba por el trato desigual, mi madre me decía que fuera aprendiendo para cuando me casara, pues tendría que cuidar de la casa, de los hijos, del marido. De hecho, a mi padre nunca lo vi cocinar, ni quitar el plato de la mesa, ni ir a comprar. Ni tampoco a mis hermanos. Todo nos lo cargábamos mi madre y yo.

ACTIVISMO Y MILITANCIA POLÍTICA

Aunque por aquellos tiempos no sabía nada de la contracultura ni del Mayo del 68, que me pilló con 14 añitos, supe después que luchaban contra la guerra de Vietnam y se inspiraban en la Revolución Cultural China, que iban en contra de la cultura burguesa. Tampoco sabía nada del activismo izquierdista, que empezaba a fraguarse en la universidad y en las fábricas.

Se respiraba en el ambiente esa necesidad de cambio, de oponerse a una educación machista y represora, de luchar por cambiar las cosas que no nos gustaban: se vivía una atmosfera reivindicativa y esperanzada. El franquismo también estaba en crisis. En las calles, en las universidades y en las fábricas había enfrentamientos con la policía. Había huelgas promovidas por el Sindicato Comisiones Obreras, creado en 1966. Recuerdo una huelga en la que participaron profesoras y profesores del instituto. Creo que era en protesta por la ley de la selectividad. Se suspendieron las clases, las alumnas nos sentamos en las escaleras como señal de protesta y vinieron “los grises”, que se les llamaban así por el uniforme de color gris que llevaban. Estaban muy cerca del instituto, en la avenida Guipúzcoa, hoy llamado Complejo Policial La Verneda. La directora no les dejó pasar y les dijo: “Al instituto no entraréis”. Y no entraron. No hubo ni enfrentamientos ni tuvieron que usar la porra para dispersarnos.

Donde sí pasé miedo fue en la fábrica Frigo donde, como he dicho, trabajé un verano y conocí a mi primer amor. Estábamos, según los obreros sindicalistas de Comisiones Obreras, bastante “puteados” y nos convencieron de que debíamos hacer huelga para reivindicar nuestros derechos. La huelga se hizo, pero sin movernos del puesto de trabajo. Una huelga pacífica “de brazos caídos”. Lo malo es que el ambiente se podía cortar, porque llegaron los guardias a dispersarnos con las porras y todo. Pero nadie se movió del sitio. Sentíamos su aliento en el cogote, pero aguantamos. Al final se fueron y no fuimos golpeados ni nada. Eran huelgas que el régimen franquista no autorizaba, ¡por supuesto! Las asambleas se organizaban a veces en la iglesia del barrio o en el cine Verneda. Allí fue donde se celebró el primer mitin clandestino del barrio y donde intervinieron Gregorio López Raimundo, presidente del PSUC, Céspedes (viejo militante comunista, recién salido de la cárcel) y Antonio Gutiérrez (secretario general del PSUC).

Las huelgas se hacían “porque se tenían que hacer”, lo mismo que las manifestaciones que se organizaban para protestar contra el régimen franquista. Teníamos una conexión con la policía y sabíamos lo que iban a hacer. Venían con las sirenas y todos corríamos como si fuéramos una parvada y en la huida perdíamos los zapatos, el bolso, el gorro, las carpetas de clase, los libros. A veces, había detenidos que iban directos al cuartel de policía de la vía Layetana, donde quedaban presos durante un tiempo y sometidos a torturas. Ese ambiente de agitación,

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

reivindicativo, de denunciar injusticias y abusos y de luchar contra el franquismo dio lugar a que varios adolescentes del instituto —entre ellos Ester Lorences y mi hermano Jesús, captados por un tal Fermín (nombre que usaba en la clandestinidad)— se afiliaran al Partido Socialista Unificado de Catalunya (PSUC), entonces ilegal, pero muy activo en contra del franquismo y de las injusticias que se veían en aquella época de final del régimen. Yo adquirí un cierto compromiso con el movimiento Bandera Roja, que estaba más a la izquierda del PSUC, y cuya ideología se decantaba por el comunismo de corte maoísta. Luchábamos por un régimen socialista y una república democrática de tipo federal.

COMPROMISO POLÍTICO Y CLANDESTINIDAD

Por aquellos tiempos de finales del franquismo, uno sentía que “todo estaba por hacer y todo era posible”. Así que nos integramos como militantes comunistas mi hermano Jesús en el PSUC y yo en Bandera Roja. Ambos movimientos políticos se nutrían de jóvenes revolucionarios de la clase obrera y viejos luchadores comunistas, que habían pasado a la clandestinidad tras la Guerra Civil y se habían mantenido en silencio durante la etapa franquista más dura. Al final del franquismo volvieron a ser activos y militantes para derribar al régimen. Era una lucha obrero-estudiantil organizada de manera clandestina para derribar al régimen franquista mediante una intensa movilización de masas en la que debía producirse una insurrección de las clases trabajadoras, porque también estábamos en contra de la cultura burguesa de los ricos y a favor de la emancipación juvenil y de la libertad sexual. Éramos muy protestones. Participábamos en las asambleas del barrio. A partir de las 12 de la noche, y después de venir de trabajar y de estudiar, mi hermano Jesús se dedicaba a pegar carteles en contra del régimen. Siempre iban dos: uno pegaba carteles y otro vigilaba por si venía la policía. También repartíamos octavillas para llamar a las movilizaciones y manifestaciones, que se hacían a menudo en las fábricas o en las calles del centro de Barcelona. Y es que se daban las condiciones sociales, políticas y económicas para organizarse, salir a la calle y protestar, aunque era peligroso y aunque fuéramos perseguidos y dispersados por la policía. Cuando se convocaba una “mani”, allí estábamos nosotros corriendo delante de la policía. Éramos unos jóvenes idealistas, metidos en política y ansiosos de hacer algo para cambiar el régimen. La educación feminista y liberal del Instituto junto con la oposición de nuestros padres al régimen franquista hizo que surgiera una necesidad de comprometerse en la lucha política y clandestina. Esa necesidad fue vehiculada hacia el activismo, la movilización, las manifestaciones, las asambleas y alimentada por las lecturas que nos recomendaban los viejos comunistas: libros clandestinos, censurados, prohibidos de Marx, Troski, Lenin, Mao. Esos libros nos fascinaron y nos llevaron a luchar para cambiarlo todo. Así surgió una nueva etapa de la historia de España llamada *transición*, la cual se inició el 20 de noviembre 1975, tras la muerte del dictador.

NUEVA ETAPA EN LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA

Con el final del bachillerato superior en el “Infanta Isabel”, tenía que elegir entre ir a la universidad o ponerme a trabajar. Yo tenía muy claro que quería seguir estudiando, específicamente periodismo, para cambiar el mundo y hacer la revolución. Quería ser

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

corresponsal de guerra, así que opté por la carrera de Periodismo en la Universidad Autónoma de Barcelona (UAB), donde se impartía desde 1971. Esa fue una de las primeras facultades públicas del Estado español, junto con la Complutense de Madrid. Me apunté en la UAB, en el Departamento de Periodismo, para hacer el examen de entrada, porque entonces todavía no había examen de selectividad. Las preguntas eran sobre actualidad, noticias, historia... no sé. El caso es que suspendí ese examen y me quedé sin saber qué hacer. Entonces a mi padre —que como he dicho iba transportando máquinas de escribir de la empresa Gispert por toda Barcelona y conocía bien algunos centros universitarios— se le ocurrió que si no entraba en periodismo, podría cursar relaciones públicas en la Escuela Superior de Relaciones Públicas, adscrita a la Universidad de Barcelona (UB), primer centro universitario especializado en esta materia creado en Europa en 1969. Allí fuimos mi padre y yo a inscribirme. Hablé con el entonces director de la escuela, Antoni Noguero. Él me dijo que me apuntara y que pidiera una beca porque la carrera era cara (había que pagar una cuota al mes y la matrícula). Así lo hice: me inscribí en la Escuela de Relaciones Públicas. Luego, cuando acabé el instituto, me fui a Alicante (como cada verano) con mi prima Gregoria, a pasar unos meses de vacaciones, y después a Benidorm.

LOS VERANOS EN BENIDORM

Mi prima Gregoria, mi primo Pepe y su madre también emigraron del Pozo a Alicante, pero no perdimos el contacto porque cuando se acababan las clases del colegio o el instituto nos íbamos a veranear a su casa en el barrio de San Gabriel, en Alicante. Tenían una casita de planta baja junto a la playa y allí nos reuníamos de nuevo toda la familia del Pozo: mi tía Eva, mi tío Prudencio y nosotros, los de Barcelona. Pero con el desarrollismo y la prosperidad que nos trajo la emigración y el pleno empleo de toda la familia, y con la venta de las tierras del Pozo, tanto mi tía Eva como mis padres compraron sendos apartamentos en Benidorm, aconsejados por mi primo Pepe, quien allí hacía de electricista y fontanero. Ese lugar empezaba a ser la meca del turismo madrileño, vasco, sueco, alemán.

Benidorm pasó de ser un pueblito de pescadores dedicados a la pesca del atún a una metrópoli con grandes avenidas llenas de hoteles y apartamentos para alojar a los miles de turistas que llegábamos de todas partes. Mis padres y mis tíos compraron dos apartamentos situados cerca de la playa de Levante y allí nos juntábamos toda la familia de nuevo. Cambiamos los baños en el río Guadalentín por la playa alargada de arena fina y aguas transparentes, llena de gente de toda Europa (ingleses, holandeses, franceses, suecos, belgas, alemanes) dispuesta a mojarse el culo en un mar Mediterráneo azul y limpio, y en una ciudad llena de rascacielos, de ahí que fuera conocida como el Manhattan mediterráneo. Una auténtica ciudad de vacaciones, de sol y playa a precios asequibles. Más turismo en menos superficie. Hoy es la ciudad del mundo con más densidad por metro cuadrado de rascacielos, después de Nueva York. Además, cuenta con plena ocupación durante todo el año, con casi dos millones de visitantes, diez millones de pernoctaciones, que pasan de 70000 habitantes hasta 400000 habitantes en la temporada alta. En verano, se da el turismo de jóvenes y familias, y en invierno de mayores y jubilados. Playas donde las suecas podían lucir el bikini, autorizadas por el alcalde, playas llenas de gente, de sombrillas, de terrazas donde los turistas bebían sangría hasta emborracharse, y donde se comía una paella a la luz de la luna. También había discotecas (donde mis hermanos ligaban con extranjeras), salas de juego, bingos, pubs. Mi prima Gregoria y yo íbamos a escuchar música en

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

directo todas las tardes después de pasarnos la mañana tostándonos al sol en la playa de Levante abarrotada de gente o en la de Poniente. Las canciones versionadas por cantantes aficionados y más tarareadas eran *El porompompero* y *Que viva España* de Manolo Escobar. Cuando cantaban esta última, todos los turistas del local se ponían de pie y la tarareábamos. También estaban de moda *Un beso y una flor* y *Libre* de Nino Bravo, *Te estoy amando locamente* de Las Grecas, *Volando voy* de Camarón y *Dime que me quieres* de Tequila. Luego, paseábamos por el Rincón de Loix y nos asomábamos al Balcón del Mediterráneo repleto de gente para ver de nuevo el mar inmensamente azul. Deambulábamos por las calles de Benidorm, por el casco antiguo y por el centro comercial lleno de tiendas de chancletas, gafas y tubos de buceo, bañadores, sombrillas, cremas solares y *souvenirs* horteras. Comíamos en los restaurantes para turistas, como El “Aitona”, donde nos reuníamos con toda la familia tras el baño para degustar una enorme y buenísima paella a la valenciana. Sin embargo, tras el final del último verano de toda la familia en Benidorm, donde siempre lo pasábamos en grande, vendrían las malas noticias, que lo cambiarían todo de un plumazo.

MALAS NOTICIAS

Allí en la playa de Benidorm fue donde mi madre me dijo que tenía un bulto en el pecho y que iríamos al médico al volver a Barcelona. Dijo que no le dolía y por eso no había ido a que se lo miraran. En septiembre la acompañé a la consulta de un ginecólogo en la Alianza. Me senté tranquilamente en la sala de espera. Al rato me llamó el médico que acababa de examinarla y me arrojó un jarro de agua fría. Así, de sopetón, me dijo: “Tu madre tiene un cáncer de mama terminal. Y le quedan seis meses de vida. La operaremos para quitárselo, pero está muy avanzado”. Yo me quedé sin habla. No sabía qué decir, especialmente cuando me volví a reunir con mi madre para ir a casa. Contuve las lágrimas como pude, la dejé en casa y me fui a la calle a gritar y a llorar desesperadamente y a preguntarme por qué le había tocado a ella. Solo tenía 54 años. Ella no sabía nada. El médico solo le dijo que le tenía que quitar el bulto, que tenía que operarla, pero que se pondría bien. Era la época en que los médicos optaban por no decir nada de la gravedad de la enfermedad al paciente, y eran los acompañantes los que recibían el golpe. A mi padre y a mis hermanos les comuniqué por teléfono... llorando... la mala noticia. Mi madre no sabía nada. Así llevamos en secreto la gravedad de la enfermedad, proceso que se prolongó durante un año y medio. Fue operada urgentemente a mediados de septiembre, al volver de las vacaciones en Benidorm. También coincidió la operación con el comienzo de la carrera de Relaciones Públicas, el 17 de septiembre. Según el médico, la operación había ido muy bien, aunque no solo le quitaron el bulto, sino que le extirparon el pecho. Pero mi madre estaba viva. Yo estaba muy confusa, muy triste y colapsada. No era consciente de que comenzaba una nueva etapa en mi vida, que me enfrentaba a la enfermedad y quizás a la muerte de mi madre. Con esa tristeza y desolación empecé en la Universidad. Dejaba atrás el instituto, las amigas, el barrio y también a mi madre, que moriría un año y medio después de la operación, tras la metástasis. Fue un año y medio de idas y venidas al hospital para recibir tratamiento con quimioterapia, que sirvió para debilitarla y causarle dolor y sufrimiento.

Después de la operación parecía que todo volvía a su cauce. Mi madre se recuperó pronto y estuvo bien durante unos meses, pero hacia el verano del año siguiente, la noche de San Juan, empezó de nuevo la enfermedad a extenderse, primero por los pulmones y luego por todo el

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

cuerpo. Yo la veía cada día peor. Se iba consumiendo delante de todos, sin poder hacer nada para salvarla. Se quedó muy delgada, perdió el pelo, el apetito, las fuerzas. Yo seguía yendo a clase y cuando iba llegando a casa me preguntaba: “¿Estará viva? ¿Cómo la encontraré?”. Fue un año y medio de mucho sufrimiento, vivido en silencio por toda la familia. No se pudo eliminar un cáncer que vino para llevársela para siempre. Yo me decía para mis adentros una frase del poema de César Vallejo: “Tanto amor y no poder contra la muerte”. Y no pudimos ni los médicos, ni mi padre, ni mis hermanos, ni yo. Hasta perdí la fe en Dios. Durante la enfermedad iba a misa todos los domingos y le pedía a Dios que la curara. Pero una noche del mes de febrero de 1976, en que estaba en casa cuidándola cuando ya estaba muy débil y enferma, entré en su habitación y la encontré inmóvil con los ojos abiertos. La llamé: “¡Mamá, mamá!”. Y ya no me respondió.

Me dije una y otra vez: “¿Por qué a ella?, ¿por qué, por qué?”. Pero entonces no sabía que el cáncer de mama metastásico era y es una enfermedad mortal, y que la probabilidad de recuperación y de supervivencia es muy baja. Esta es la enfermedad más frecuente entre las mujeres, por delante del cáncer colorrectal, de útero, de pulmón y de ovarios. Ahora es el tipo de cáncer más diagnosticado en todo el mundo. Desde la enfermedad de mi madre, las técnicas de detección se han ido perfeccionando y se han conocido los factores de riesgo, como la edad, el sedentarismo, el consumo de alcohol y el tabaco, etc. Quizás el cáncer que sufrió mi madre pudo ser debido al cambio hormonal sufrido durante la menopausia, que suele presentarse a partir de los 45 años y hasta los 65. En fin, buscaba explicaciones, me culpaba por haberle dado tantos disgustos con mis salidas. Leí mucho sobre la enfermedad y sobre las “células egoístas” (como las llama Julia Otero). Mi madre a menudo me decía: “Hija, qué malos recuerdos te voy a dejar”. Sin embargo, a partir de esa lucha que perdimos tan terrible con el cáncer, empecé a observarme y a hacerme mamografías cada año, y a quitar cualquier bulto o quiste sospechoso que detectara. ¡Crucemos los dedos!

La muerte de mi madre me hizo madurar de pronto y descubrir que todos somos mortales y que cada uno tiene su hora. Aun así, no aceptaba que la muerte le hubiera venido a mi madre tan pronto y tan joven. Me sentía muy desgraciada, huérfana sin su compañía y sin sus consejos. Además, supuso el desapego y la dispersión de toda la familia. Mi madre era como pegamento. Como dicen ahora, era una persona “vitamina”, que unía a todos a su alrededor. Poco a poco nos fuimos sintiendo solos, huérfanos en el piso de la calle Menorca, mi padre, mi hermano Jesús y yo. Todos sumidos en una tristeza infinita, aunque mis hermanos mayores pronto rehicieron sus vidas. Librado se casó con Laura, mi hermano Orencio se fue a vivir con Merche. Mi hermano Jesús se “desencantó” de la política activa en el PSUC, y pasó de la militancia comunista a ser un “pijo”, vestido con pantalones campana, chaqueta ajustada de terciopelo y pelo largo, y a codearse con jóvenes de la parte alta de Barcelona. Empezó a frecuentar la discoteca de la calle Tuset, donde conoció a Ana, que luego se convertiría en su esposa. Yo me puse a trabajar de nuevo en Ibercarretillas, trabajo que había dejado para cuidar de mi madre enferma y para olvidarme de la tristeza y el enorme vacío que dejó en todos nosotros. También me metí de lleno en los estudios de relaciones públicas, cosa que me hacía olvidar el duelo, y logré acabar la carrera sin suspender ninguna asignatura. Bueno..., suspendí Estadística, pero luego la recuperé. Y seguía pensando en ir a la Autónoma a estudiar lo que siempre había deseado: periodismo. El destino me llevó allí de nuevo porque tenía que encontrarme con Ángel, el hombre de mi vida. Y así fue, me admitieron sin más exámenes porque ya venía con un título de técnico en RR. PP., que había cursado durante tres años. Además, me convalidaron algunas asignaturas.

Capítulo-3

NUEVA ETAPA POLÍTICA Y UNIVERSITARIA

Empecé periodismo en el otoño del año 1977, curso 77-78 en la Universidad Autónoma de Barcelona, que coincidió con la llegada de la democracia a España y con las primeras elecciones democráticas, el 15 de junio de 1977. Las primeras elecciones libres que se celebraban en España desde 1936, tras la Segunda República, y después de la muerte de Franco. Mi hermano Jesús y yo participamos con mucha ilusión en la campaña del PSUC, en Catalunya, pegando carteles por todo el barrio, actividad frenética que le supuso a mi hermano que se le reventara una fístula que tenía en la espalda y que tuviera que guardar cama durante varios días. Asistimos esperanzados a los discursos de la izquierda, que organizó mítines masivos por toda la península, pues fueron legalizados el Partido Comunista (con Santiago Carrillo al frente, que volvió del exilio, y que había liderado la lucha antifranquista) y el Partido Socialista Obrero Español (con Felipe González). Además, otros líderes de la izquierda como Tierno Galván tomaron parte en estas elecciones.

Las elecciones fueron convocadas por un nuevo líder de la derecha, Adolfo Suárez, que resultaría ganador de las primeras elecciones democráticas, y que acabaría con el franquismo y propiciaría la reforma política que dio lugar a la democracia en España. Me llevé una gran desilusión a medida que iban dando los resultados electorales por la tele. Ganó Adolfo Suárez, con la Unión de Centro Democrático, que era una coalición electoral de pequeños partidos centristas o liberales. También se erigió como líder de la oposición el joven abogado Felipe González, que obtuvo la segunda posición, con casi 120 escaños. Los míos se quedaron bastante atrás, ya que el PCE solo obtuvo 20 diputados, y en Catalunya el PSUC obtuvo 8 diputados, entre ellos Jordi Solé Tura, que luego sería uno de los ponentes de la Constitución de 1978. El Partido Socialista de Tierno Galván solo llegó a obtener 6 escaños. Los votantes optaron por unos partidos moderados centristas y por una izquierda moderada, y el bipartidismo ha ido sucediéndose elección tras elección. Más o menos así ha seguido siendo durante toda la etapa democrática que se inauguró con estas elecciones y que dura ya 45 años. Estas cortes fueron las que luego aprobaron la Constitución de 1978, la cual ha sido muy importante en mi vida.

AL ENCUENTRO DEL AMOR Y EL PERIODISMO EN LA UAB

Conocí a Ángel en el otoño de 1977, al empezar el primer curso de periodismo, y en Navidad ya nos habíamos enamorado. Lo recuerdo sentado a mi lado en las últimas filas de una clase abarrotada de alumnos y alumnas. Yo no sé exactamente cuándo nos vimos por primera vez, pero me dice que aunque se sentaba en las primeras filas para escuchar mejor a los profesores, y yo en las últimas, se fijó en mí por mi pelo rizado negro como la noche y mis pantorrillas torneadas, y que se mudó al final de la clase. A mí me llamaron la atención sus intensos ojos azules, su pelo rubio rizado, su entusiasmo, su calidez, su tamaño. Era un tipazo de 1.90, y yo una pequeñaja de 1.54. Recuerdo cuando íbamos al bar a tomar algo. Cuando algún profesor faltaba a las clases, iba cantando la canción “Vamos mujer... partamos a la ciudad. Todo será

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

distinto ya lo verás...”. Me pidió unos apuntes y así empezamos a relacionarnos en clase y en el bar. Y en la Navidad de 1977 partimos juntos a San Sebastián y nos declaramos enamorados el uno del otro. Resulta que junto con otros compañeros de clase (el José Antonio Sierra, el Tomás Pozuelo) habíamos quedado en ir a San Sebastián para celebrar la Navidad, primera sin mi madre y mis hermanos. Como he dicho, con la muerte de mi madre la familia se dispersó y me uní al supuesto viaje en tren y en grupo hasta el País Vasco. Pero resulta que cuando llegue a la estación de Francia, solo estábamos Ángel y yo para emprender el viaje. ¿Qué había pasado con los otros compañeros? No lo sé. Pero a ambos nos pareció bien hacerlo solos.

Llegamos a San Sebastián y montamos la tienda de campaña en el Camping Monte Igueldo. Dormimos juntos, hicimos el amor y ya no nos separaríamos hasta ahora. En total llevamos viviendo juntos 45 años: desde esa bendita noche en que nos susurramos bajito: “Te amo..., te amo..., te amo...”.

En el tren de vuelta a Barcelona iba pensando qué pasaría ahora, porque yo quería estar con él todo el tiempo y ahora nos teníamos que separar al final del viaje. Pero no nos separamos, y en tercero de la carrera me fui a vivir con él al piso de estudiantes que tenía en Cerdanyola. Desde primero de la carrera, ya empezamos a hacer todos los trabajos de curso juntos.

El primer trabajo que hicimos juntos fue en la asignatura *Instituciones políticas y derecho constitucional*, que impartía el profesor Manuel Gerpe sobre el análisis de la propuesta de constitución de 1978, que se estaba discutiendo en las cortes, y que sería sometida a referéndum. Fue un trabajo minucioso y analítico sobre las normas, deberes y derechos que regirían la vida y la sociedad española durante los próximos años. Y lo hicimos a conciencia, analizando punto por punto cada artículo y cada propuesta. Nos reuníamos en el piso de estudiantes donde Ángel vivía en Cerdanyola, con el Pitu y el Xavier en la calle Sant Ramón, cerca de la universidad. Y trabajábamos duro, pero nos entendíamos bien, aunque a veces discutíamos bastante sobre los contenidos, las interpretaciones. Finalmente, el trabajo lo presentamos firmado por ambos, y el Gerpe nos premió a final de curso con la máxima nota: una matrícula de honor. La Constitución española de 1978 ha marcado nuestras vidas, porque la hemos seguido estudiando y analizando posteriormente en nuestra labor como investigadores en comunicación y ciencias sociales. En ella nos hemos basado para hacer el inventario de valores de la herramienta llamada ProtocoloEVA, esencial para medir derechos humanos, sociales y educativos de cualquier comunicación.

A BELLATERRA, POR EL BOSQUE

En primero de la carrera, iba a clases de periodismo en la UAB por la tarde, y por la mañana encontré un trabajo de secretaria en la Asociación Catalana de Ayuda a la Cardiología (ACARD), que estaba en la avenida Gran Vía de les Corts Catalanes, donde me aburría sobremanera. No había gran cosa por hacer. Yo era la única trabajadora y parecía una tapadera para evadir impuestos. Tenía muy poca actividad. Cuando no sabía qué hacer, leía los folletos que había en ACARD para prevenir el infarto de miocardio, instrucciones que me sabía muy bien, pues una noche al volver de la facultad, cuando llegué a casa, en Barcelona, mi padre estaba en la cama con un dolor muy fuerte en el pecho, con síntomas de infarto de miocardio. Le dije que nos fuéramos al Hospital del Valle Hebrón inmediatamente. Fue ingresado de urgencia y le dio un

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

infarto agudo allí mismo, pero fue salvado por el médico y las enfermeras. Entonces dejó de fumar y beber, y vivió hasta los 82 años.

Me iba a trabajar a ACARD temprano. Comía sola en el restaurante vegetariano de la calle Canuda y luego cogía los ferrocarriles catalanes para ir a la UAB. Bajaba en la estación de Bellaterra y tenía que atravesar el bosque por un camino que luego le pusieron *Camí de Ho Chi Minh*, en honor al líder vietnamita durante la guerra de Vietnam. No había otro camino. Otros alumnos venían en coche a la facultad. Recuerdo que al acabar las clases por la noche preguntaban: “¿Alguien baja a Barcelona, que llevo coche?”. En el trayecto de ida y vuelta se formaban los grupos de alumnos y alumnas. El coche también era un *forjador de amistades*.

Las clases las impartían en la Facultad de Derecho porque la carrera Periodismo todavía no tenía una facultad propia en la UAB. Era una clase muy nutrida: seríamos unos 40, 50 estudiantes, todos muy maduros y comprometidos, y algunos militantes activos de los partidos de izquierdas, que intervenían mucho en las clases y discutían con los profesores. Se permitía fumar en clase, por lo que el aire a veces era irrespirable.

Muchos trabajábamos por la mañana donde podíamos; por eso, elegimos el turno de tarde para estudiar. Los más afortunados ya trabajaban como periodistas o aprendices de periodistas, algunos sin cobrar, en diarios como el *Tele-Express*, *El Noticiero Universal*, *El Correo Catalán*, *La Vanguardia*. Eran trabajillos, pues se dedicaban a hacer breves y noticias del tiempo, necrológicas, a llevar los cafés a los redactores. Los que todavía éramos aspirantes para trabajar en un diario los mirábamos con envidia y les llamábamos *practicones*, porque ellos decían que la profesión se adquiría trabajando, y no en la facultad.

Algunos de esos alumnos y alumnas han sido y son grandes profesionales de reconocido prestigio en el periodismo y en la docencia, como Txerra Cirbian, que quería ser fotógrafo de prensa y ha sido redactor del *Periódico de Catalunya*, y ha escrito varios libros sobre cine. Marisol Soto, redactora de TVE, ha participado en programas como *El escarabajo verde*, *Documentos TV* y *Radio 4*. Paco Lobatón, director y presentador de *¿Quién sabe dónde?*, programa de éxito de TVE durante varios años, en el que se buscaba a personas desaparecidas. Cristina Gallach, que ha desempeñado varios cargos como directora de comunicación del ministro socialista Javier Solana y posteriormente fue nombrada subsecretaria de la Oficina del Alto Comisionado para la agenda 2030, y exsecretaria de estado de Asuntos Exteriores para Iberoamérica y el Caribe del Gobierno de España. Ha cambiado de cargo varias veces, y ahora me parece que es comisionada especial para la alianza por la Nueva Economía de la Lengua del Gobierno de España, nombrada por la ministra de Economía, Nadia Calviño. Viçenc Sanclemente, corresponsal de TVE en México, Cuba, Washington y Pekín, y autor de varios libros, exdirector de Radio 4. José Antonio Almunia Portolés (el Almunia, como le llamábamos en clase), periodista del ámbito local de Huesca y publicista. Presidente ejecutivo del consejo en Comunicación Pirineos, S. L. Sergio Capelo desarrolló su carrera en la Radio Fórmula. Jordi Pastor Petit, autor de libros de entretenimiento. Ester Crespo, directora de Comunicación y Marketing en la UAB. Enric Calpena —uno de los primeros presentadores de la Televisió de Catalunya— en la clase, cuando intervenía en las asambleas de curso, siempre empezaba diciendo “Vull dir que...”. Ha trabajado para Catalunya Radio, *El País* y Generalitat de Catalunya. También es profesor y divulgador de historia. Chelo García Cortés, popular y polémica periodista de la prensa del corazón en radio, revistas y televisiones. Actualmente participa en el programa *Sálvame* de Telecinco. Es una de las periodistas más reputadas de la prensa rosa.

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

Además, como no recordar a otras compañeras y compañeros cuyos nombres y currículos no figuran en internet, como Pilar Peña, Asun, Maite, José Antonio Sierra, Tomás Pozuelo y tantos otros con los que nos relacionamos durante la carrera y con los que hicimos asambleas, exámenes, trabajos de cursos y excursiones. Ellos todavía están muy vivos en nuestros recuerdos de aquellos años de facultad.

Otros se quedaron en la facultad y de alumnos pasaron a ser profesores porque les invitaron a dar clases y se incorporaron al cuerpo docente, como Lola Montero, Montse Quesada, Albert Chillón, María Gutiérrez y Ángel Rodríguez, que además siguieron estudiando, se doctoraron en Ciencias de la Comunicación y son autores y autoras de cientos de artículos de investigación y libros sobre comunicación, periodismo, lenguaje audiovisual y sonoro, comunicación y educación. Sus publicaciones científicas pueden consultarse en Google Scholar, ResearchGate, Diposit Digital de Documents de la UAB, etc.

DESCUBRIENDO LA COMUNICACIÓN

La mayoría de las clases eran interesantes y muy entretenidas. De hecho, algunas veces se armaban unas discusiones muy acaloradas. La carrera era todavía muy incipiente. Cuando llegamos a periodismo, la facultad tenía solo 7 años de recorrido y se estaba construyendo a sí misma. Ahora ya está celebrando su 50 aniversario y está plenamente consolidada.

Cuando nosotros éramos alumnos/nas tuvimos algunos profesores muy buenos; otros venían con una nota en el bolsillo que habían escrito en el bar unos minutos antes y solo nos contaban anécdotas y experiencias propias. Había uno (el Ametller) que decía que el periodismo, el oficio de escribir, no se podía enseñar porque se nacía con ese don. Algunos, como Ángel y yo, nos quedábamos pasmados porque habíamos ido allí para que nos enseñaran a escribir: queríamos cambiar al mundo con la pluma y el periodismo. Por eso, nos preguntábamos qué hacíamos allí. Te creaban un poco de frustración porque no cubrían las enormes expectativas con las que algunos empezamos. Pero no todos eran tan negativos. Sobre todo, los ligados a la profesión, que venían de las redacciones de los diarios, la radio o la tele.

Especialmente recuerdo a los que hablaban de comunicación, como el José Manuel Pérez Tornero, que nos abrió los ojos sobre el tema en su asignatura *Teorías de la comunicación*. Yo creo que el Tornero (como le llamábamos los de la clase) se estrenaba con nosotros y era un entusiasta del enfoque crítico de la comunicación, basado en la economía política, la semiótica. Analizaba críticamente los discursos sociales, defendía el periodismo de calidad, la promoción de la ciudadanía activa, el fortalecimiento de la esfera pública de la comunicación. También era muy crítico con el discurso consumista, con la publicidad, y abogaba por la educación mediática, la alfabetización y la sociedad de la información y el conocimiento. Todos le escuchábamos embobados porque nos abrió los ojos sobre la comunicación de masas y el periodismo. Un día nos preguntó en clase: “¿Qué es noticia? Que un perro muerda a un hombre o que un hombre muerda a un perro”. Menuda preguntita. La que se armó. Yo esperaba con ilusión el día de su clase y cuando se acabó en junio me dio mucha pena. Pero Ángel y yo entablamos una buena relación con él y acabamos pasándole a máquina parte de su tesis en el piso de Cerdanyola. Y hasta nos buscó trabajo en la Editorial Plaza & Janés como correctores de estilo de la Enciclopedia P-45.

CONCEPTOS ROMPEDORES: “ANDROCENTRISMO”

También recuerdo las clases vivas, movidas y discutidas de la profesora Amparo Moreno, que nos daba Historia de la Comunicación, pero con una orientación muy feminista. Un día llegó a clase y dijo que la comunicación y la cultura eran androcéntricas, pues en ellas solo se podían reconocer los hombres. “¿Andro... qué?”, resonó por toda la clase. Eso ocasionó un revuelo enorme entre los más machistas, que por aquel tiempo había muchos y muy radicales. Y se armó una discusión de tres pares de narices entre el sector feminista y el más conservador y machista. La profesora Amparo Moreno, autora de varios libros sobre el tema —entre ellos *Ejercicio de lectura no androcéntrica* (1978)—, abogaba por que los medios de comunicación dejaran las hechuras androcéntricas asfixiantes y tejieran otras lógicas, en las que hombres y mujeres de diferentes edades, procedencias y condiciones sociales pudiéramos construir una convivencia más justa, plural, en red y de forma cooperativa. Su crítica al pensamiento androcéntrico ha conducido a desarrollar propuestas de innovación docente y de periodismo de forma cooperativa y en red.

A mí me pareció estupendo su planteamiento, pues venía del instituto de enseñanza media “Infanta Isabel” y de una educación que abogaba por el empoderamiento de la mujer. Pero no todos los de la clase estaban por la labor y hubo peleas y discusiones enfrentadas, aunque no llegó la sangre al río.

También recuerdo que Ángel y yo le hicimos un trabajo a la profesora Amparo Moreno, que hoy adquiere un cariz profético, sobre la revolución tecnológica que acababa de empezar con un aparato que en los años siguientes lo cambiaría todo: el ordenador. Una máquina que —vaticinamos en el trabajo de curso— acabaría con el papel, cosa que ha ocurrido 45 años después, pues todo ahora pasa por las pantallas. Estamos sumidos en la revolución digital. Nuestra generación (los *boomers*) hemos pasado de la pizarra y la tiza a la máquina de escribir mecánica, a la máquina de escribir eléctrica, al ordenador, al móvil, a la inteligencia artificial y a la realidad virtual. Todo en un tiempo récord. También hemos sido testigos de la aparición de la electricidad en nuestras vidas, del teléfono, de la radio, de la tele. Y hemos pasado en cuestión de 50 años del tintero y el bolígrafo al uso masivo de las pantallas. Todo a lo largo de nuestra vida. Pero nos hemos ido adaptando y subiéndonos al carro de esa revolución digital que recién comenzaba en los 80, con el ordenador personal de IBM y con Microsoft y su sistema operativo MS-DOS, que fue fácil de usar y accesible para todos. Esto sirvió para generalizar el uso de los ordenadores en el trabajo y en la vida cotidiana. Y ni qué decir del móvil, que está dominando y transformando nuestras vidas.

Vale acotar, sin embargo, que no todos se sienten incluidos en esa revolución digital, pues como venimos de una civilización y cultura analógica (la “galaxia Gutenberg”), la brecha digital cada vez se hace más grande y la interacción con las máquinas, con el ordenador, con el móvil, con las pantallas, con los aplicativos, con la firma digital... con, con, con..., ¡con nadie, en definitiva! Esa interacción con los robots y con las máquinas, que son profundamente estúpidas, nos hacen sentir como si fuéramos discapacitados funcionales, cuando la realidad es que no se tiene en cuenta la diversidad funcional que cada uno de nosotros tenemos en medio de esa revolución digital en que las máquinas, las pantallas y los robots manejan nuestro mundo. Los habitantes de la “galaxia Gutenberg” echamos de menos la presencialidad, el vernos cara a cara con nuestro interlocutor, escuchar su voz, sus gestos, la oralidad, el sonido de la voz, que nos da

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

tanta información sobre nuestro interlocutor. Echamos de menos las cabinas telefónicas que había en todos los espacios públicos, el sonido de las máquinas de escribir, los libros que tanta compañía nos hacían, transportándonos a las diversas experiencias de vida propuestas por el autor. Es verdad que la galaxia Internet nos ha puesto como emisores y receptores y ahora todos somos comunicadores, podemos comunicarnos fácilmente con amigos y familiares a través de miles de redes digitales que forman parte de esa galaxia en cualquier parte del mundo, y que recibimos miles de mensajes al día y emitimos otros tantos; pero, paradójicamente, nos sentimos más solos que nunca, más vigilados. Controlados dentro de esa galaxia infinita que es Internet.

PROFESORES QUE DEJAN HUELLA

Siguiendo con la influencia que los profesores y profesoras ejercieron sobre nosotros, me gustaría hablar de uno que fue determinante porque dejó una huella profunda en todos nosotros. Fue el uruguayo Héctor Borrat, el mejor apátrida, exiliado en España debido a la dictadura de Bordaberry, donde fue encarcelado y torturado. Fue un verdadero maestro para los que nos queríamos dedicar al periodismo. Nos hablaba de las fuentes, de la contrastación, del periódico como actor político en interacción con otros actores del sistema social en que se insertaba. Decía que el periódico ponía en acción su capacidad para afectar el comportamiento de ciertos actores en un sentido favorable a sus propios intereses. Héctor Borrat decía que el periodismo influye sobre el gobierno, pero también sobre los partidos políticos, los grupos de interés, los movimientos sociales, los componentes de su audiencia (Borrat, 1989). Nos enseñó los entresijos y tejemanejes del periodismo. Por supuesto, era de los que pensaban que el periodista no nacía, ¡se hacía... allí, en la facultad!, ejerciendo la profesión con honestidad. Decía que un periódico independiente era un actor político de primer orden, necesario en todo sistema democrático. Por eso, debía someterse permanentemente a un análisis crítico y riguroso, pues ocupa el poder e influye en la sociedad. Entre las funciones del periodismo, decía que servía para interpretar y conectar, diseminar la información, proyectar al futuro, implantar la agenda pública, estimular para la acción y un término que ahora está muy de moda: *desinformar*. ¡Qué gran profesor! Recuerdo que a Ángel y a mí nos invitó un día a cenar en su casa y en la distancia corta todavía era más interesante su discurso, que caló en todos nosotros y nos dejó una profunda huella. Pero no solo aprendimos de periodismo en prensa, también fueron muy reveladoras las clases de radio, que impartía Armand Balsebre en su asignatura *Radio II. Medio de expresión*, que nos descubrió el poder de la voz, la creatividad radiofónica y la posibilidad del sonido para crear historias increíbles. Uno de los programas que hicimos Ángel y yo fue sobre la Guerra de las Malvinas, o conflicto del Atlántico Sur que se declaró entre Argentina e Inglaterra en 1982 por la soberanía de las islas Malvinas, Georgias del Sur y Sándwich del Sur. Así narramos, solo con voz y sonidos, el sentimiento de esos jóvenes soldados que fueron lanzados a una guerra desconocida y cruel. Hubo miles de muertos y suicidios en ambos bandos. Desde esas clases, Ángel y yo empezamos a interesarnos por la voz como objeto de estudio, por la locución, por la transmisión de emociones a través de la voz y el sonido.

Del profesor Emili Padro aprendimos cómo se tenía que colocar uno delante del micro y cómo escribir noticias para la radio. Recomendaba redactar con frases cortas, sencillas y directas. También nos descubrió el mundo de las radios libres, que por aquella época empezaron a emitir

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

primero ilegalmente y luego de forma legal por toda la geografía catalana. Algunas se convirtieron en emisoras municipales.

De Rodés, profesor de Política Internacional, recuerdo lo duro que era, pero nos enseñó por dónde iba la política internacional, qué era la ONU, la Unesco, la OMS, la OTAN y otras instituciones internacionales creadas para preservar la paz y ordenar el comercio internacional, la salud global, la vida en Occidente, etc., y para qué servía la diplomacia, qué era la Guerra Fría, quién mandaba en el mundo, el enfrentamiento norteamericano y ruso, los misiles, etc. Aun así, lo peor de este profesor eran sus exámenes orales. Nos citaba en su despacho a una hora determinada y nos hacía unas cuantas preguntas sobre política y relaciones internacionales, y tenías que responder rápido, sin dudar. Yo llevaba todo el temario al dedillo porque quería ser periodista en la sección de internacional o corresponsal de guerra. Tenía miedo de quedarme bloqueada por la situación tan embarazosa porque era el único profe que hacía exámenes orales. Pero respondí bien a las preguntas y me aprobó. Él era de los que suspendían y machacaban a los alumnos y alumnas.

Otro profesor que recuerdo es Martí Perarnau, de Redacción Periodística. Nos enseñaba a redactar para escribir en un periódico. Era gracioso porque cuando explicaba algo en clase siempre incluía la muletilla *o sea* en su discurso. Llegamos a contar el *o sea* en una clase hasta 154 veces.

EL SUSTO EN LA CLASE DE ENRIC MARÍN

Cómo no recordar las clases que nos daba Enric Marín, quien por aquel entonces empezaba de profesor y era muy naif. Era un *penene*, un profe que luchaba por su reconocimiento y estabilidad laboral. A veces nos llevaba al césped de la facultad a todos los alumnos y alumnas y allí nos daba la clase. Una de las más dramáticas sucedió cuando el profe de Cine, el Roma Gubern, irrumpió con desesperación el día 23 de febrero de 1981, a las 19 horas, para anunciarnos que en el Congreso de los Diputados habían entrado unos guardias civiles y habían dado un golpe de estado. Nos quedamos todos colapsados. El Marín suspendió la clase y nos fuimos todos muy preocupados. Ángel y yo al llegar al piso, a Cerdanyola, lo primero que hicimos fue romper toda la propaganda política del PCE, del PSUC y de Bandera Roja, que teníamos guardada, y seguir las noticias por la radio. Mi hermano Jesús, cuando se enteró, también se fue a nuestro piso de la Verneda, pues allí teníamos mucha propaganda comunista y la hizo desaparecer. Nosotros, en Cerdanyola, cuando vimos aparecer al rey Juan Carlos I en televisión parando el golpe nos fuimos a dormir y respiramos tranquilos porque pensábamos que íbamos a retroceder de nuevo a la etapa franquista, de la que hacía poco que habíamos salido y parecía que la transición democrática iniciada en 1977 ya podía seguir su curso. Y así fue. Pero el contexto de crisis económica, los problemas de la organización territorial del estado de las autonomías, los atentados de ETA, la resistencia de los sectores más ultras, como el ejército, siguieron causando periodos de inestabilidad y malestar social en *nuestra España*. *Mi querida España... esta España mía... esta España nuestra*, durante mucho tiempo.

AUSENCIAS Y BRONCAS

Muchas veces cuando íbamos a clase, llegábamos cansados de trabajar y del viaje en coche o en tren que teníamos que hacer para llegar allí, y resulta que no estaba el profe, y nadie nos avisaba. Así pasó con las clases de Marcial Murciano, que estuvo sin venir parte del curso. Al parecer estaba en París, disfrutando de una beca. Y cuando por fin llegó, nos quería poner un examen y nos echó la bronca porque no habíamos leído a no se qué autor. Aquello colmó el vaso. Nos revelamos y pedimos un aprobado general. Al final tuvimos que hacer el examen, pero tampoco fue muy duro con las notas. Durante el tiempo que duró la carrera, las ausencias de profes y alumnos eran notables. A veces, estábamos en clase unos cuantos, siempre los mismos. Las clases vacías de alumnos daban un poco de pena.

Al profe que también le montamos un pollo fue al de literatura, el Huerta. Era de esos profesores de *orden y mando*. Preparaba mucho las clases, eso sí. Pero un día el alumno Txerra Cirbian le dijo que bajara el nivel de la clase, que no se le entendía. El profe respondió: “Yo explico así”, y siguió con su clase. Entonces Txerra se levantó y se fue. Y detrás de él otros compañeros y compañeras. Quedaron dos alumnos en clase. Allí mismo, en el pasillo, hicimos una asamblea. Intervino el decano o el profe de estudiantes. Hablaron con Huerta, que se mantuvo en sus trece, y dijo que teníamos que estudiar más. También hubo conflicto con las lecturas recomendadas. Nos dijo que leyéramos el *Ulises* de James Joyce, pero algunos de la clase querían leer a García Márquez, y cada dos por tres había conflicto entre este profe con los alumnos que se lo discutían todo. Al final nos examinó una comisión y Huerta se fue de sabático un año por ahí.

Otra de las “guerras” era por el tema de la lengua: el uso del catalán en clase. Había muchos alumnos que venían de fuera y no sabían catalán ni lo entendían. Pero algún profesor, como Espinet, que impartía Historia Universal, decía que él hacía las clases en catalán y que si no entendían, preguntarían. Aquello provocó también algunos conflictos y discusiones.

Otro profesor prácticón era Sergi Schaaf, que venía de Televisión Española. Era muy buen profesional, pero enseñaba poco, aunque Txerra recuerda que era muy bueno en la parte técnica. Nos daba televisión y tenía una frase muy buena. Nos aprobaba a todos y se excusaba diciendo: “Ya los suspenderá la vida”. También nos dio clases Ana Balletbó, que era periodista y política del PSC, y cuando el golpe de estado en el Congreso. Fue de las primeras en salir del hemicycle porque estaba embarazada. Nos impartía clases de Historia de la Radio. Un día estaba explicando un tema y citó las siglas EAJ. Alguien preguntó cuál era el significado y con mucho cinismo dijo: “¡Uy, lo mismo me preguntaron el curso pasado y no sé qué significan!”. Y se quedó tan fresca.

Pero también había profesores excelentes que nos han marcado para toda la vida, como el de Historia Contemporánea, el Benaul, que nos habló alto y claro de los desastres de las dos guerras mundiales, la guerra civil Española, la Revolución rusa. Y la profe de Economía, la Lourdes Viladomiu, que nos abrió los ojos sobre el capitalismo, los trabajadores, los asalariados, los grandes monopolios económicos. Y Raimond Bonald, de Sociología, disciplina que explicaba los grupos sociales, la lucha de clases, las organizaciones e instituciones sociales.

LECTURAS E INFLUENCIAS

Recuerdo bien las lecturas que más nos influyeron en nuestra formación periodística y comunicológica. El primero fue un librito que leímos con mucho interés de Hans Magnus Enzensberger: *Elementos para una teoría de los medios de comunicación* (1974), donde construye una teoría marxista de los medios de comunicación de masas, “la industria elaboradora de la conciencia”, en la que abogaba por el poder movilizador de los medios y en la posibilidad de que el oyente también emitiera y hablara y se creara un nuevo orden comunicativo liberador de las conciencias, en que los medios de comunicación estuvieran en manos de las masas y hubiera un *feedback* generalizado, un nuevo orden. Esta idea hoy la vemos plasmada de manera muy negativa en las redes sociales, donde no solo eres receptor, sino también emisor. Y qué flujos comunicativos “liberadores” se distribuyen hoy a nivel mundial tanto en el papel de emisor como de receptor: el discurso del odio, el insulto, el miedo, las mentiras. Además, las canciones que se distribuyen en Spotify y en la red que están llenas de dolor, odio, tristeza, llanto.

Eran los años en que se decía que los medios de comunicación de masas nos controlaban y manipulaban, y que los medios de producción decisivos, como los medios de comunicación de masas, se encontraban en manos del “enemigo”. Hoy el “enemigo” lo sabe de todo de nosotros y encima se lo damos gratis. Por eso, se ha creado una nueva industria (la minería de datos) que explota nuestros datos personales. Estamos todos librando la batalla por la visibilidad e inmersos en la cultura de la autopromoción y en la presentación *online* del yo. Vivimos aislados y encerrados en nuestros grupitos o “cajas de resonancia”, donde no hay discusión y donde nos dan la razón en todo. Porque toda nuestra vida social es pública y está gestionada por las grandes plataformas de gestión y extracción de datos personales, como Facebook, Google, TikTok, Instragram, YouTube, Spotify, Amazon. El consumo audiovisual ya no se hace a través de la televisión, sino de grandes plataformas como Netflix, Disney, HBO, AppleTV. Estamos inmersos en lo que Scolari (2022) llama el *capitalismo de plataformas* o el *capitalismo de la vigilancia*, cuyo negocio se basa en la extracción y uso de datos. Nuestros niños y jóvenes están expuestos a muchos peligros por el uso indiscriminado de Internet, como el acoso cibernético, la privacidad, las agresiones, la adicción a Internet, el aislamiento social, etc. Pero también hay que señalar desde el punto de vista más optimista que esta alta conectividad que propicia internet podría dar lugar a una sociedad más comunicada, más cohesionada, más cooperativa y a un aumento de los valores colectivos y cooperativos para solucionar los problemas comunes de la humanidad. Aunque, de momento, esta sociedad hiperconectada y más feliz no ha llegado.

Estamos inmersos en el conflicto entre *Apocalípticos e integrados*, título de una obra de Umberto Eco (1964), que estudiamos en la facultad y que nos influyó mucho. En ella nos explicaron los mitos de los medios de comunicación de masas y las dos posturas opuestas ante la cultura de masas: la apocalíptica y la integrada.

Esta división también se reflejaba en las posturas de los alumnos y alumnas. Unos eran partidarios de la corriente de los integrados (pocos, para decir la verdad) y hacían una interpretación benévola sobre los resultados que podían provocar los *mass media*, como tener acceso a la cultura, participar en la vida pública, acceso al conocimiento sobre la realidad. La otra parte de la clase se situaba a la izquierda y defendía que la cultura de masas y sus medios

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

de difusión destruían las conciencias. Por eso, se mostraban críticos con los mitos y discursos masivos que solo entretienen y narcotizan a las masas, pero no las movilizan en contra del capitalismo burgués. Las discusiones en clase cuando se planteaban eran muy entretenidas y estaban muy polarizadas. Llegábamos a conclusiones como que los medios masivos y la cultura de masas solo produce beneficios económicos para el que la produce, y que todo está pensado en función del mercado y del lucro. Hoy esa corriente mercantilista se ha impuesto, pues todo se compra y se vende... hasta el infinito y más allá. Por eso, seguimos teniendo desafíos importantes ante el uso de las diferentes tecnologías de la comunicación.

Tom Wolf, uno de los padres del “nuevo periodismo”, también fue un autor de cabecera de muchos de los que queríamos hacer un periodismo más literario, más personal, más intimista, más realista. Su novela *La hoguera de las vanidades* (1987) era una obra de ficción, narrada con estilo realista y periodístico. Nos gustaba que el autor reflejara de una manera descarnada y realista el entorno social de sus personajes, sus ideas y conductas, y explorara sin tapujos los temas de sexo, raza, dinero e ideología, la cultura pop, el narcisismo. Cuando hablábamos en clase de esa novela nos gustaba la crítica que hacía de la sociedad estadounidense y de la ideología liberal de aquella época, pues la mayoría éramos comunistas y estábamos en contra de la burguesía liberal. La novela fue devorada por muchos de los alumnos de la clase y tomada como referencia a la hora de ponerse a escribir.

Otro de los autores que nos fascinaron del *nuevo periodismo* estadounidense fue Truman Capote, que tuvo mucho éxito con la novela-documento *A sangre fría* (1966), uno de sus trabajos más célebres, que acuñó el término *non-fiction-novel*. Esta novela, basada en un caso real, le llevó cinco años de investigación y cuenta el asesinato de la familia Clutter, llevada al cine en 1967 por Richard Brooks. Capote nos dio las claves para hacer periodismo de investigación de verdad y narrarlo como si de una novela se tratara, con su planteamiento, nudo y desenlace: su clímax. Hoy también influye mucho en el cine, pues muchas historias cuando empiezan dicen que están basadas en hechos reales.

El profesor Héctor Borrat nos recomendó la lectura de Gaye Tuchman. Su obra principal —*La producción de la noticia. Estudio sobre la construcción de la realidad* (1978)— analiza los medios y el género, la transmisión de estereotipos, el concepto de objetividad de los periodistas. Tuchman parte del hecho de que la mayor parte de la información que circula en una sociedad procede de los medios de comunicación y analiza qué efectos podría tener en la producción de significados sociales. Por eso, en la clase de Borrat se discutía si los periodistas eran objetivos y qué era la objetividad en el periodismo, así como la responsabilidad del periodista en la transmisión de la información. Según él, se debía dejar de lado la subjetividad, cosa que en aquel momento nos parecía casi imposible, pues todos tomábamos partido, ya que se estaba construyendo la democracia en España y todas las noticias estaban muy polarizadas y llenas de opiniones subjetivas. Hoy la mayoría de las noticias responden a intereses políticos, comerciales o propagandísticos o están patrocinadas por marcas o empresas: son pura propaganda vacía y los periodistas son sus vehículos de transmisión.

Vázquez Montalbán —periodista, novelista, poeta, ensayista, antólogo, prologuista, humorista, crítico, gastrónomo, *culé* y escritor prolífico— fue también uno de los autores que tuvimos el placer de leer y discutir en clase. Su obra principal *Informe sobre la información* (1963) nos encantó porque coincidía con la sensibilidad apocalíptica y crítica sobre el periodismo y los medios que se respiraba por aquel entonces en la facultad. Vázquez Montalbán en su libro denunciaba la táctica utilizada por los grupos de presión y grandes oligarquías mundiales para mantener el control de las agencias y medios de información, tanto impresos como

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

audiovisuales. Si levantara la cabeza y viera el monopolio tecnológico y comunicativo que domina hoy el mundo y que nos tiene a todos fichados (Google, Amazon, Facebook, Apple y Microsoft) se volvería desesperado a la tumba.

Otro autor que tuvimos que leer y discutir en clase fue el apocalíptico y agorero Marshall McLuhan, al que ahora le tenemos que dar la razón, ya que en su libro *La galaxia Gutenberg. La creación del hombre tipográfico* (1962) predijo la desaparición del libro y, por extensión, de la escritura como fundamentos de la cultura debido a los medios de comunicación de masas. En efecto, en su obra vaticinó que el libro, la escritura y los intelectuales serían sustituidos por los *influencers* de lo banal, las pantallas, el móvil y la comunicación digital que hoy lo ocupa todo. Yo y toda mi generación creemos que nos hemos quedado en esa “galaxia Gutenberg”. A menudo me sitúo en ella, me proclamo su habitante y veo que mi mundo analógico se desvanece como “lágrimas en la lluvia”. Mi generación ha tenido que emigrar en un tiempo récord de lo analógico a lo digital, y no sin dificultades. Pero a menudo, cuando miro la biblioteca de mi casa y repaso los títulos en los lomos, pienso que estos libros me sobrevivirán. Además, tenemos pruebas científicas, como dice Umberto Eco (2012), de que un libro puede durar seis siglos. En cambio, en nuestra mesa de trabajo tenemos discos viejos que nuestros ordenadores son incapaces de leer y cintas de vídeo de VHS y de otros formatos que ya no se pueden reproducir. En pocas palabras, esa cultura audiovisual y almacenada en un ordenador es más efímera que un libro. Como asegura Umberto Eco, los libros siguen siendo los mejores compañeros para un naufragio o para el día después.

Otra de las disciplinas que estaba muy de moda en la facultad en aquella época era la semiótica o estudio de los signos. Su máximo representante era Roland Barthes y su libro *Elementos de semiología* (1971) era de lectura obligada porque todo análisis del signo tenía que pasar por el estudio semiótico. Así examinamos la representación de Jesús en el arte y en el cine en un trabajo que tuvimos que hacer Ángel y yo para el profesor Lorenzo Vilches. En esa ocasión analizamos las imágenes, los gestos, los sonidos en la obra *Jesucristo superstar* como un sistema de significación. Fue muy estimulante y aprendimos a diseccionar cualquier obra audiovisual con las herramientas de análisis que nos proporcionó la semiótica.

En fin, el de la facultad fue un periodo muy constructivo y lleno de aprendizajes y significados que enriqueció nuestro acervo cultural, social, político y nos dio un punto de vista crítico y analítico que nos ha servido hasta ahora, así como una formación muy completa para el ejercicio del periodismo y para el estudio e investigación de la comunicación en todos sus aspectos. Aun hoy, de hecho, me siento muy agradecida por ello, pues a pesar de los vacíos y vacilaciones que había en nuestra formación, creo que salimos de la facultad muy bien preparados para ejercer el periodismo crítico y analítico que se practicaba en ese momento en los medios españoles.

EL PERIODO DORADO DEL PERIODISMO EN PRENSA, RADIO Y TELEVISIÓN

Nuestra generación de periodistas recién licenciados irrumpió en la época dorada del periodismo en papel, pero también fue una época de expansión para la radio y la televisión. Un año antes de empezar la carrera se fundó *El País*, diario de información general que apareció el

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

4 de mayo de 1976, cuando España iniciaba la transición de la dictadura a la democracia. Sin embargo, en 2010 fue vendido a un conglomerado estadounidense y la cosa cambió hacia un periodismo más comercial y acomodaticio. Se declara de izquierdas, pero fue un diario que siempre nos acompañó en este camino hacia la democracia y fue el primero en ponerse al lado del orden establecido, cuando Tejero irrumpió en el Congreso de los Diputados con los tanques del ejército ocupando las calles de Valencia. De hecho, antes de que Televisión Española pudiera sacar el mensaje del rey parando el golpe, *El País* fue el primer diario que salió a la calle con una edición especial titulada *El País con la Constitución*. Todos queríamos trabajar allí.

También fue un diario importante para nuestra generación *El Periódico*, que fue fundado en el año 1978. En esa época estábamos en nuestro primer año de carrera y algunos profesores trabajaban en él, como Erviti, profe de compaginación, que nos enseñaba a compaginar un diario calculando bloques de texto y dibujándolos con un tipómetro, y nos contaba cómo se hacía casi a mano la confección diaria de este importante medio de comunicación.

La radio tampoco se quedaba atrás, pues estaba muy presente en la vida democrática que emergía de la España franquista. La Ser, Radio Barcelona, Radio Miramar y Radio Nacional nos acompañaron y nos acompañarán siempre. Además, surgieron nuevas emisoras para solicitar trabajo, como Catalunya Ràdio, que se fundó en 1983, justo un año después de acabar la carrera. Cuando nos enteramos Ángel y yo, con nuestro título bajo el brazo, fuimos a pedir trabajo en la redacción o donde fuera. Hicimos la prueba: yo con mi catalán con acento andaluz y Ángel con su catalán de Vilanova, por lo que consideraron que no teníamos muy buena dicción para difundir *arreu del mon*, la lengua y la cultura catalana. Las primeras palabras de inauguración de la cadena fueron pronunciadas en un catalán impecable por *Miqui Moto*, Miquel Calçada, seguidas por una canción de Lluís Llach. Así que como no coincidimos con el credo catalán, quedamos fuera, pero no perdí el ánimo ni las ganas de volver a intentar colocarme como fuera en algún medio de comunicación y poner en práctica todo lo que había aprendido en la facultad. Además, por paradojas de la vida, unos años más tarde cuando Ángel ejercía de profesor de locución, fue a dar cursos de técnicas de expresión oral a los locutores de Catalunya Ràdio.

BUSCÁNDONOS LA VIDA EN EL PERIODISMO LOCAL

Nada más acabar la carrera, a Ángel lo llamaron para dar clases en la facultad. Al principio me acompañaba, me hacía las fotos y me ayudaba con las entrevistas que gestionaba para diversos medios. Yo tenía unas ganas locas de ejercer el periodismo, fuera como fuera y donde fuera. Así que nos enteramos de que habían fundado un diario en Sabadell, de ámbito local y comarcal, llamado *La Veu de la ciutat* (1981), dirigido por August Purcenau. Para allá nos fuimos Ángel y yo a pedir trabajo... ¡y nos lo dieron! Fuimos nombrados corresponsales de *La Veu de la ciutat* en el Vallés Occidental. Teníamos que cubrir las noticias de Cerdanyola, Ripollet, Montcada, etc. Pero Ángel y yo nos centramos más en Cerdanyola porque allí vivimos durante la carrera e hicimos algunos contactos con el jefe de prensa del ayuntamiento, el Cortada, y con algunos políticos. Así que cámara en mano, libreta y boli fuimos a buscar noticias del pueblo y nos centramos en denunciar la situación de contaminación del Riu Sec. Cuando bajamos a ver cómo estaba y a hacer fotos, nos asustamos porque la basura, el mal olor y las ratas rodeaban el agua del río, que bajaba lleno de porquerías y de restos de fibras de amianto que lanzaba la fábrica de la Uralita a lo largo del cauce. Hoy es un río recuperado, de agua clara y con patos nadando

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

en el cauce: un lugar de paseo para la gente de Cerdanyola. *La Veu de la Ciutat* nos dio una doble página para la publicación del reportaje, que salió firmado como Montoya-Rodríguez.

Denunciamos también en las páginas centrales de *La Veu de la Ciutat* que en 1982 “el tren de la muerte” atravesaría el Vallés (Rubí, Sant Cugat, Cerdanyola, Santa Perpétua y Mollet) por el nuevo ramal Papiol-Mollet transportando los residuos nucleares de Vandellós. Entre 70 y 90 toneladas de residuos radiactivos, que eran tratados en Francia para ser reutilizados en la fabricación de armamento nuclear. Ese reportaje a doble página estaba firmado por Montoya-Bravo y Alex Masllorens.

También hice mi primera entrevista al concejal de urbanismo del ayuntamiento de Cerdanyola, Arturo Obach, del PSUC, que fue muy emocionante. Me preparé concienzudamente las preguntas, bien documentada y entrenada. Entré por la puerta principal del ayuntamiento, un edificio modernista, ¡con unos nervios en la barriga! Allí estaba esperándome el concejal. La entrevista se convirtió en una conversación muy animada sobre el debate que había en el PSUC y el PCE sobre el eurocomunismo, corriente socialdemócrata que acabó imponiendo el Comité Central de la calle Ciutat de Barcelona, y que dio como resultado la expulsión por comunistas de 21 concejales del cinturón industrial barcelonés, entre ellos el concejal del ayuntamiento de Cerdanyola, Arturo Obach, que yo había entrevistado unos meses antes.

Duró poco la *Veu de la Ciutat*. Creo que no llegó al año, pero fue una experiencia estimulante para seguir intentando hacer de periodista, escribir y denunciar las injusticias y corruptelas, y ganarme la vida con mi trabajo. Poco después de cerrar el diario —lo que nos sumió en la decepción y la tristeza— nos llamaron para que hiciéramos de corresponsales de *La Vanguardia* en el Vallés Occidental, territorio que conocíamos bien, así como los temas polémicos que allí se estaban cocinando. Por ejemplo, los problemas de la fábrica de la Uralita, dedicada a la industria del amianto y el cemento, que afectó a la salud de la población y que todavía colea causando enfermedades como la asbestosis e incluso la muerte.

Para el diario *El Correo Catalán* cubrimos varios eventos importantes como la inauguración del Monument a Francesc Macià, en el final de la Rambla de Vilanova i la Geltrú, obra de Josep María Subirats. Ángel hacía las fotos y yo el texto, y allí estábamos la mañana del 18 de diciembre de 1983 esperando a que llegara Jordi Pujol, entonces presidente de la Generalitat, con su corte para inaugurar un monumento al primer presidente de la Generalitat Republicana, nacido en Vilanova, y que coincidía con el 50 aniversario de la muerte de Macià.

Igualmente, en *El Correo Catalán* denunciábamos el problema de la drogadicción en Barcelona mediante una entrevista a miembros de la asociación El Patriarca, que en aquel momento recibía 250 llamadas diarias de socorro de drogadictos y unas 1000 personas se encontraban en lista de espera para su desintoxicación. La asociación El Patriarca consideraba al drogadicto no como un enfermo, sino como un inadaptable social, un desesperado en la búsqueda de la vida.

Nos hicimos especialistas en eventos e inauguraciones porque también nos encargaron la apertura del Camping Vilanova Park, a la que también estaba convocado Jordi Pujol, pero no vino. Durante ese año trabajamos esporádicamente los fines de semana y en vacaciones para hacer suplencias en la redacción del diario *El Correo Catalán* y el *Noticiero Universal*. Además, trabajé en el *Pronto* como redactora y para las revistas del corazón. Ángel hacía de *paparazzi* y yo las entrevistas a famosos como Ana Diosdado, Ovidi Montllor o Constantino Romero. Hacíamos lo que podíamos para ganarnos la vida: yo con el periodismo y Ángel con la docencia.

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

Conseguimos también publicar una portada sobre la pesca de bajura en el Mediterráneo en la *Revista de Badalona*. El reportaje completo salió en las páginas centrales de la revista. Nos embarcamos con los pescadores de la sardina y el boquerón en el puerto de Vilanova. Recuerdo que Ángel y yo estuvimos toda la noche con ellos hasta que encontraron un banco de boquerones. ¡No veas qué espectáculo al sacar el boquerón vivo, saltando y aleteando como locos, sorprendidos de estar en el aire! Todo la cubierta de la barca era un estallido de vida y muerte con tonos plateados, animado por las nubes de escamas que rebotaban y se pegaban en las caras satisfechas de los marineros. Tengo esa imagen grabada todavía y las caras de alegría de los marineros: sacaron 90 cajas de boquerones. Esa noche les dimos suerte. A Ángel y a mí nos gustaba ir a los sitios, convivir con la gente, estar en contacto con las fuentes, hablar largo y tendido... Y luego escribir sobre ello.

Otra de las portadas que conseguimos publicar fue en la revista *Shows*, un periódico quincenal de entretenimiento. Nos publicaron una entrevista, ¡y foto en portada!, de la guapa y joven Ana Obregón, donde explicaba sus éxitos en Estados Unidos formando parte del Equipo A junto al célebre actor George Peppard, y en la serie *Hotel* y en *Hospital general* junto a Elizabeth Taylor. Nos habló de su interés por ejercer de bióloga. ¿Les suena? Pero los editores no tuvieron la delicadeza de poner nuestros nombres, como si la entrevista no la hubiera hecho nadie.

CASADOS Y SEPARADOS POR LA PROFESIÓN

En el segundo año de carrera, Ángel y yo ya queríamos estar todo el día unidos. Juntos hacíamos los trabajos de clase, preparábamos los exámenes, leíamos y viajábamos. Así que yo me quedé sin trabajo en la Asociación de Ayuda a la Cardiología y me fui al paro, circunstancia que aproveché para trasladarme a vivir al “piso de estudiantes” de Cerdanyola, que Ángel había compartido con Pitu y Xavier. Ese año Ángel se quedaba solo porque ellos acababan ya la carrera de informática. Así podría estar siempre con Ángel, ya que nuestra relación iba viento en popa, cada día nos entendíamos mejor y nuestra unión se estrechó y creció. Cuando acabamos periodismo decidimos casarnos por lo civil para que a Ángel, que tenía que hacer la mili por obligación, lo dejaran en el cuartel de Lepanto, en Barcelona, y pudiéramos estar juntos. Y así fue. Pero las circunstancias volverían a separarnos por un tiempo, pues yo gané una beca para ir a Radio Nacional en Madrid y seguir aprendiendo (en este caso, periodismo radiofónico). Esa beca la veía como mi gran oportunidad. Era el verano de 1984 y me enviaron una carta de la Fundación Empresa Pública del INI para ir a Radio Nacional en Madrid, con todos los gastos pagados. Estallé de alegría por la oportunidad... y allí me fui... llorando todo el viaje porque dejaba a Ángel en Barcelona, en el piso de mi padre, donde finalmente nos fuimos a vivir al acabar la carrera. Sola me instalé en Madrid, en un apartamento en el barrio de Salamanca.

En aquel momento Madrid era “una fiesta”. Se estaba desarrollando la movida madrileña, corriente contracultural de la España posfranquista que había sido difundida en programas de radio musicales, como el de Radio El País, con Moncho Alpuente; o en programas de televisión como el de Fernando García Tola (*Si yo fuera presidente*) y *La edad de oro* de Paloma Chamorro. El fenómeno coincidió con la despenalización de la homosexualidad, la venta de anticonceptivos, el resurgimiento del feminismo, el laicismo en la sociedad y el uso de las drogas. Figuras principales de ese movimiento fueron Alaska, Joaquín Sabina, Pedro Almodóvar.

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

Así, la noche madrileña sirvió para todo tipo de movidas contraculturales y gamberras, aunque la mía iba por otros derroteros más profesionales y menos divertidos.

Nada más llegar a Madrid fui a entrevistarme con el director de Radio Nacional, Fernando Delgado, que me recibió personalmente, aunque yo era una humilde becaria. Aun así, me asignó como redactora en prácticas al programa *España a las 8*, que en aquel momento dirigía Luis de Benito, uno de los más escuchados en todo el país. Radio Nacional era y es una emisora pública de carácter generalista que emite para todo el territorio nacional, fundada por el militar franquista Millán Astray, en plena guerra civil en el año 1937, adoptando el adjetivo *nacional* del bando sublevado.

El primer día al llegar a Radio Nacional me hicieron un recorrido turístico por la emisora, que estaba en Prado del Rey, y descubrí la radio pública, abriendo y cerrando estudios y más estudios. Era enorme. Por primera vez visitaba una cadena de radio tan potente como la que me acogió durante seis meses, todas las noches, pues aunque el informativo en el que entré a trabajar era a las 7 y 8 de la mañana, la hora de entrada a la emisora era a las 11 de la noche. Me venía a buscar un taxi, en el que coincidía con Paco Clavel, que también entraba a esa hora para un programa musical nocturno (creo que se llamaba *Escápate, mi amor*), o con Pilar Mota, que era una de las redactoras del programa informativo. Ella se ocupaba de redactar la *Agenda del día*.

Al entrar a trabajar lo primero que hacíamos era consejo de redacción: escuchábamos las declaraciones que se habían grabado durante el día de los políticos de turno, y teníamos que editarlas y preparar el corte para el informativo. Además, realizar el contacto con el político de turno para ser entrevistado por la mañana en *España a las 8*. Así nos pasábamos horas y horas escuchando, apuntando dónde empezaba y acababa la declaración elegida, y entonces la llevábamos al técnico que lo preparaba todo, un corte tras otro para el informativo. Además, Luis de Benito tenía que intervenir cada hora en el boletín de noticias. Yo no tenía asignada en principio ninguna tarea: solo escuchar y mirar, y alguna vez me encargaba de redactar el tiempo o noticias sin importancia. Pero al final conseguí que me dejara hacer algún reportaje radiofónico. Tampoco locutaba ninguna noticia, así que me limitaba a observar y a aprender de los “grandes profesionales” con los que convivía todas las noches, entre los que se encontraban Pedro, Luis de Benito, Pilar Mota y Luis Arboledas, que venía de Granada y era un becario como yo.

A veces, también escuchábamos las canciones de Radio Futura cuando estábamos cansados y soñolientos y bailábamos al ritmo de *La escuela de calor*. Recuerdo que Pedro se subía a la mesa de redacción y se marcaba un baile al ritmo de la canción de Alaska y los Pegamoides: “Bailando... me paso el día bailando...”. Pero yo, a veces, sentía que estaba perdiendo el tiempo allí porque no hacía nada. Y la canción de Burning (“¿Qué hace una chica como tú en un sitio como este?”) me venía como anillo al dedo. También la canción de Mecano “Hoy no me puedo levantar”, porque eso de dormir de día y trabajar de noche era muy duro. Me dormía “en el canto un duro” y Ángel, que finalmente se vino conmigo a Madrid durante una temporada y estaba redactando la tesina, también se encontraba muy solo, pues yo dormía de día y él se iba a pasear al Retiro. Así pasaron cinco largos meses de insomnio por la noche y dormir por el día. Por eso, y antes de que se acabara la beca, logré que me encargaran un reportaje radiofónico sobre el mundo del cava y pedí irme a Barcelona, al Penedés, a Cavas Codorniu, a grabarlo. Y así

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

acabé un mes antes... porque ya no podía aguantar más ese ritmo y esa necesidad de cerrar los ojos y dormir..., dormir..., dormir..., constantemente.

¿Y AHORA QUÉ HAGO?

De vuelta a Barcelona y con la experiencia de haber estado en Radio Nacional en Madrid, me puse a buscar de nuevo trabajo y empecé por Radio Nacional en Barcelona. Hice un examen... y nada. Allí no tenía contactos. Pero buscando... buscando... Ramón Pellicer, entonces pareja de Julia Otero y profesor en la facultad, le dijo a Ángel que Julia estaba creando un programa para Radio Miramar y que estaba buscando colaboradoras. Allí me presenté. Me hizo un examen de actualidad y preguntas sobre la radio y las noticias... ¡y le gusté! Al cabo de unos días fui a trabajar a la emisora de Radio Miramar, que estaba en Plaza de Catalunya, como productora para coordinar y buscar entrevistas para el programa. Era un magazín informativo que empezaba a las 7 y acababa a las 9. El programa se llamó *¿Y nosotras qué?*. Se definía como un informativo hecho por mujeres y para las mujeres, de corte feminista. Este reemplazaba a otro que llevaba nada menos que Luis del Olmo en las mañanas de la emisora.

Iniciamos en septiembre de 1987 con un equipazo compuesto por Mari Carmen Juan, (que ha seguido a Julia hasta hoy y es subdirectora de *Julia en la onda*) Ester Vera, (actual directora del *Diari Ara*), Gloria Serra, que empezó en este programa su brillante carrera profesional tanto en radio como en televisión (actualmente dirige y presenta el programa *Equipo de investigación* en la Sexta y Antena 3) y una servidora.

Entrábamos a trabajar a la radio de madrugada, pero no toda la noche, como en Radio Nacional, sino que cuando acabábamos el programa esa misma mañana ya nos poníamos a preparar el del día siguiente. Yo me ocupaba de concertar y preparar las entrevistas que haría Julia. Me pasaba todo el día trabajando y cerrando las citas de políticos, actores o actrices, escritores/ras y especialistas en diversas materias que debían intervenir al día siguiente. Noticias como el rapto de la pequeña Melody, de 5 años, que estuvo once días secuestrada hasta que los GEO la rescataron por una carta que se encontró una mujer en la calle. También sobre el tema de los bebés robados. Sobre el *boom* del ladrillo, la locura inmobiliaria que catapultó las hipotecas de los españoles. El atentado de ETA en la casa-cuartel de la Guardia Civil en Zaragoza, etc. Además, conseguimos entrevistar al entonces ministro de Economía, Carlos Solchaga, que estaba liado con la segunda reconversión industrial. Julia entrevistó también a Antonio Hernández Mancha, nuevo presidente de Alianza Popular; a Manuel Fraga Iribarne, entonces candidato para presidir la Xunta de Galicia; a Federico Mayor Zaragoza, que fue elegido director general de la Unesco; a Mario Conde, presidente de Banesto, y a Enrique Curiel, por aquel entonces vicesecretario general del Partido Comunista. En realidad, me pasaba todo el día detrás de unos y de otros para concertar las entrevistas, prepararlas, documentarlas y tenerlas atadas y bien atadas para cuando Juan Antonio Bernal, nuestro técnico —que luego se ha convertido en un famoso doblador de actores (como Kiefer Sutherland, Ralph Fiennes, Jason Statham, Timothy Hutton, entre otros)— abriera la línea telefónica y el invitado estuviera ahí para ser entrevistado.

Así me hice una agenda de nombres y teléfonos particulares de políticos, artistas y famosos de aquella época que me sirvió un montón, hasta que me la robaron en un viaje en tren a Vilanova. Eso me causó un disgusto enorme porque ahí estaba el trabajo lento y concienzudo de “ir

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

haciendo agenda”, poco a poco, para conseguir el contacto personal, el teléfono particular y la confianza de los famosos a los que mi voz ya les era familiar. En ese tiempo el teléfono era un medio de comunicación casi exclusivo para hablar con todo el mundo; no como ahora, que ha sido sustituido por los mensajes escritos a través de las redes sociales y es difícilísimo localizar a alguien, oír su voz y hablar personalmente. ¡Nadie contesta el teléfono ahora!

A LA TELE DE LA MANO DE JULIA

Julia simultaneaba su trabajo como directora de *¿Y nosotras qué?* en Radio Miramar con su labor como presentadora en el programa de debates *Una historia particular*, en la 2 de TVE. Luego, tras un año en Radio Miramar, a Julia le encargaron que presentara el programa de televisión *Tres por cuatro*, y tanto Mari Carmen Juan como yo la acompañamos en esa aventura televisiva (yo como coordinadora y redactora del programa). También participé en el primer programa llamado *Telepasión española* (1990), que todavía se hace por Navidad y en el que los famosos de RTVE cantan y desean a la audiencia una feliz Navidad. Allí Julia, además de presentar, se estrenó como cantante con la canción *Bloo-Moon*.

El *Tres por cuatro* primero se emitió sólo para Catalunya y después pasó a emitirse para toda España. Era un concurso-magazín, en la primera cadena de Televisión Española, en las sobremesas de 13.30 a 14.30 por la La Primera. Empezó a emitirse el 11 de enero de 1988 y finalizó el 14 de septiembre de 1990.

El programa se generaba desde los estudios de TVE, en Sant Cugat, y estaba dirigido por Sergi Schaaff, que había sido mi profesor de Televisión en la facultad, y por Josep María Vidal. Mi labor consistía en concertar entrevistas para el programa, prepararlas y documentarlas para que fueran realizadas por la Julia, en directo. Asimismo, recibir y estar con los invitados hasta su entrada en el set del programa. Vinieron personajes populares y famosos de aquella época: actrices como Loles León, Ana Obregón, cantantes como Rocío Jurado, Ana Torroja, Miguel Ríos, María del Mar Bonet, Los Ronaldos, C.C. Catch; periodistas como Luis del Olmo e Iñaki Gabilondo. También la cantante Montserrat Caballé, que cuando estaba a punto de entrar se arrepintió y dijo que no quería ser entrevistada porque no le gustaban las preguntas que había preparado. Yo me puse muy nerviosa y me dijo: “Pues tómate un Valium”. La espera hasta que entraba el entrevistado al set se hacía muy larga, pero yo procuraba darles conversación, entretenerlos para que estuvieran tranquilos y confiados, preparados para ser entrevistados por Julia. Mirábamos las preguntas con la invitada o el invitado y corregíamos datos incorrectos. Las entrevistas las teníamos que preparar con los recortes de prensa de la época, pues no había internet, con el archivo de Televisión Española y de la agencia EFE y con la entrevista telefónica previa que teníamos que hacer para que no hubiera errores. Aun así, de vez en cuando se colaba alguno y la Julia era corregida en vivo y en directo... ¡y se me subían los colores por la vergüenza del fallo cometido!

También presentaron el programa Isabel Gemio, Constantino Romero y Jordi González al final.

El *Tres por cuatro* lanzó a la fama a Julia Otero, que empezó a recibir premios y más premios (el primero fue el Premio TP a la mejor presentadora de 1988); su “pelo pincho” de estilo pseudopunk fue muy solicitado en todas las peluquerías españolas, y su cara se convirtió en una

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

de las más carismáticas de la cadena. También se le subió la fama a la cabeza. Se pasaba la mañana con la estilista: arreglándose, maquillándose, vistiéndose... y llegaba con el tiempo justo para entrar al programa. Ya lo teníamos todo preparado, guion de entrada, entrevistas, normas del concurso, invitados dispuestos, así como números musicales que a veces eran en directo y otras grabados (la mayoría de las veces). Si el programa salía bien, era mérito suyo; y si salía algo mal, era culpa del equipo. No nos sentíamos muy bien valorados y había mal rollo. Al contrario de cuando estábamos en la radio, que éramos buenas amigas y colaborábamos todas para tirar el programa “palante” cada día, codo con codo.

Al ver ahora el programa en *Radiotelevisionplay* y buscar mi nombre en los créditos, descubro que ni siquiera salen los del equipo al final. Ponen lo siguiente: “Este programa ha sido realizado por los equipos técnicos y artísticos de TVE”, y se quedan tan frescos. Parece que el *Tres por cuatro* lo hacían exclusivamente la presentadora y las azafatas... ¡nadie más! Buscando los nombres del equipo de redacción en internet, solo sale el equipo técnico y el equipo de presentadores que han pasado por el programa, y muchas fotos de Julia Otero, Isabel Gemio y algunas de Jordi González y Constantino Romero. ¡Vaya plan! Pero había un buen equipo detrás, en la cocina, que nos desvivíamos por hacer las cosas bien, entrevistas bien documentadas, con sus preguntas una por una. Aun así, el equipo no figura en ningún sitio y la Julia ha concentrado todos los méritos, tantos que desde que se hizo famosa ha acumulado más de 42 premios. Isabel Gemio, que sustituyó a Julia Otero, también fue catapultada a la fama televisiva tras su paso por el *Tres por cuatro*. Hay que decir que todavía no tenían mucha competencia porque aún no habían aparecido las televisiones privadas, y solo existían la 1 y la 2 de Televisión Española.

Se puede decir que la fama hincha el ego y se descontrola, y a Julia eso le vino siendo muy joven. Es como un terremoto que impacta a nivel familiar, en la pareja, en los amigos. Julia era admirada y la paraban por la calle, le escribían cartas y más cartas. Ella optó por proteger su intimidad y la de su familia, y ha desarrollado una carrera profesional brillante. No ha dejado de estar todos estos años “en el candelero”. Pero nuestra amistad cayó en el olvido... y se acabó en 1990. Desde entonces, no la he vuelto a ver ni a hablar con ella personalmente. Nunca más. Es un personaje público que veo en fotos y por la tele o escucho por la radio... y nada más. El vínculo se rompió. Creo que tiene egomanía. No hay nada más que ver su web, Julia Otero... y nadie más. Como dice Rosa Montero: “La fama es un juego de espejos completamente enloquecedor y absurdo”. Pero le deseo lo mejor a Julia y le estoy muy agradecida por llevarme a la radio y a la tele, y por poder vivir la experiencia de aprender en vivo y en directo los oficios que desempeñé en esos medios como documentalista, periodista y redactora.

Capítulo-4

LA VIDA EN PAREJA DE UNA PERIODISTA

A pesar de que cada vez estaba más tiempo trabajando y menos en casa, la relación con Ángel iba consolidándose cada día. Con la ayuda económica de su madre y de mi hermano Librado, y tras pedir una hipoteca, nos compramos un ático en Vilanova. Dejamos la casa de mi padre en Barcelona y nos fuimos a vivir al pueblo de Ángel, donde antes íbamos cada fin de semana y donde tejimos una red de amigos: la Antonia Sánchez, el Sala, el Pitu Llopis, el Xavier Inglada, la Reyes, el Peluso, la Pilar... y también estaba la familia de Ángel: su madre, su hermano, el tío Manolo. Me sentía querida, apoyada y satisfecha con la relación de pareja y familiar que habíamos establecido. Cada uno con su trabajo y sus ocupaciones: él como profesor e investigador y yo como periodista, redactora documentalista... y lo que me echaran. Nos llevábamos muy bien, y aunque no estábamos mucho tiempo juntos, los fines de semana y las vacaciones eran para disfrutarlas en pareja. Cada uno tenía su espacio de trabajo, su forma de ganarse la vida. Habíamos cogido el ascensor social gracias a nuestro esfuerzo, al interés por el estudio. Aunque en esa época yo ganaba más que él, la economía era en común: teníamos la cuenta a nombre de los dos y todo iba viento en popa. Habíamos alcanzado el estatus de la clase media. No nos sobraba el dinero, pero tampoco íbamos precisados. Y en cuanto al amor, íbamos tejiendo un vínculo afectivo fuerte y duradero, y sentía que teníamos una relación consolidada, aunque nos faltaba algo. Yo ya había cumplido 35 años y había satisfecho mi prioridad principal: ganarme la vida con mi trabajo y no depender de nadie. No quería ser ama de casa y vivir a expensas del sueldo del marido, como le había pasado a mi madre, a mis tías y a todas las mujeres de su generación. Además, más o menos me sentía realizada profesionalmente, aunque no estaba haciendo el periodismo romántico que había pensado cuando estudiaba: aquello de cambiar el mundo y mejorarlo; pero había logrado trabajar como periodista en los diarios de Barcelona, en Radio Miramar, en Radio Nacional y en Televisión Española. Y no se me daba del todo mal.

Entonces me dio por pensar que Ángel y yo ya éramos mayores y que no podíamos esperar mucho para tener un hijo/a y formar una familia, porque me acordaba de la mía, que éramos seis. No quería tener muchos hijos, pero sí me entró la necesidad de tener descendencia. De reproducirnos. También veía que tanto Ángel como yo ya teníamos una estabilidad laboral. Una seguridad material y económica para poder mantener un hijo. Además, Ángel consiguió ganar la oposición en la Universitat Autònoma de Barcelona, y se convirtió en un profesor titular, con un buen sueldo para toda la vida. Y yo tampoco me quedaba atrás, aunque mi trabajo era más inestable. Pero sentía que ya no dejaría de tener contratos, uno tras otro como periodista. Así que convencí a Ángel para tener un niño o niña, aunque él no lo veía muy claro. Finalmente, quedé embarazada a los 35 años, nada menos. Más vale tarde que nunca. También me entró una gran preocupación por si el bebé nacía con alguna anomalía por ser tan mayores. Ángel y yo nos pusimos manos a la obra. Nos dijimos: “Anem a fer un nen”. Y tras el cese de la regla durante un mes, me hice la prueba del embarazo, y... ¡oh, milagro! Dio positivo. Muy contenta, pronto lo compartí con Ángel, un 8 de diciembre de 1989. Curiosamente coincidía con el día de la Inmaculada Concepción y con el nombre de la calle donde finalmente fuimos a vivir, en Vilanova i la Geltrú.

FINAL DEL CONTRATO EN EL “TRES POR CUATRO” Y CONVERTIDA EN MAMÁ

El *Tres por cuatro* empezó a emitirse el 11 de enero de 1988 y tras dos años de disfrutar el programa de una gran audiencia empezó a declinar. Finalizó el 14 de septiembre de 1990, año del nacimiento de nuestra hija. Así que tras la baja de maternidad y en plena crianza me fui al paro, situación que me vino muy bien para poder ocuparme plenamente de los primeros meses de crianza de Mar-Elia.

El nombre de diseño de nuestra hija (Mar-Elia) lo pensamos Ángel y yo, compuesto por las palabras *Mar* y *Elia*. Este último nombre en griego significa ‘que resplandece como el sol’, y usamos un guion para no separar ambas palabras. Además, tuvimos en cuenta que sonara bien todo junto: Mar-Elia. Así que siguiendo la tradición de la familia de tener nombres raros, nuestra hija tendría uno original, como el mío, y con connotaciones míticas. Tuvimos todo el verano para prepararnos en recibir a nuestra hija. Pintamos la habitación, compramos una cuna, ropa para el bebé... y a esperar.

Los dolores de parto me vinieron por la tarde, en la playa de Ribes Roges, de Vilanova, donde estábamos bañándonos. Le dije a Ángel: “La niña ya ha pedido paso, ya tengo dolores de parto”. Sabíamos que venía una niña porque durante el embarazo me hice una amniocentesis para saber el sexo, si venía bien o si tenía alguna enfermedad genética. Al sentir los primeros dolores en la playa, nos fuimos rápidamente a casa, donde nos estaba esperando la Maruja, la madre de Ángel, que nos había hecho una colcha preciosa para nuestra cama. Recuerdo que la estaba colocando en la cama cuando llegamos.

Mar-Elia vino en el verano de 1990, en pleno mes de agosto. Fue un 8 de agosto. Dos días antes de esa fecha, cuando empezaron los dolores de parto, Ángel me llevó a Barcelona, al Hospital de La Alianza, donde tenía previsto dar a luz. Me examinaron... y nada... todavía no estaba colocada la niña, así que me enviaron para casa con unos dolores horribles. Me pasé toda la noche con unos dolores insoportables. Pero no dilataba. Paseos van, paseos vienen. Y al segundo día ya no podía más. Nos fuimos por la mañana temprano de nuevo para el Hospital. Quedé ingresada. Y tras un parto natural, con anestesia incluida, pero muy doloroso, la niña nació un 8 de agosto de 1990 a las 7.30 de la tarde.

Ángel y yo nos convertimos en padres de familia. ¡Y eso es para toda la vida! Además, el tener un hijo te cambia la visión del mundo. De pronto sientes una gran responsabilidad de otra vida que has fabricado tú y tu pareja, y sientes que esa vida ahora depende de ti. Además, tú misma y los demás te asignan el rol de madre e intentas responsabilizar también a tu pareja para que se convierta en padre de la noche a la mañana. Cuando después del parto te traen el bebé, lo coges en brazos y te lo pones en el pecho para que se alimente de ti. ¡Sientes que de golpe te has convertido en madre! Y seguirás siéndolo 24 horas al día, durante toda la vida. De pronto dudas si lo harás bien, si podrás con todo, si tendrás paciencia para cuidarlo siempre, si tu marido te acompañará en esta aventura de ser padres. Porque con el parto “nace una madre”, como dice un proverbio, pero para que nazca un padre hacen falta dos o tres partos. Y es que las madres ya llevamos incorporados en nuestros genes la capacidad de los cuidados del bebé: dar el pecho, bañarlo, vestirlo, acunarlo, educarlo. Se produce en nosotras un cambio de actitud. Aflora de pronto esa capacidad para sentir si el bebé está bien, cómo consolarlo si llora, si hay que llevarlo al médico porque está raro. Por la noche, con solo oír un pequeño ruido, un lloro, un estornudo, un quejido... te despiertas y acunas al bebé con una cantinela

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

tranquilizadora y logras que siga durmiendo. En cambio, al padre le cuesta un poco más asumir su papel. Esto le sucedió a Ángel, aunque terminó por adaptarse a su rol porque habíamos decidido compartir los cuidados y la educación de nuestra hija para que yo volviera a trabajar. Ahora éramos una familia compuesta por tres miembros, y la vida en pareja se vio alterada por la llegada de esa niña que lo cambió todo..., todo.

MATERNIDAD-PATERNIDAD... ¡UFI!, QUÉ COMPLICADO

¡Era una niña guapísima! Cuando me la trajeron a la habitación tras el parto, la cogí en brazos, me la puse en el pecho para que mamara y pensé cómo había hecho una cosa tan preciosa, tan tierna y tan hermosa. Me sentía muy satisfecha. Ángel también. Pero cuando llegamos a casa, la niña venía sin libro de instrucciones; no teníamos ninguna experiencia en criar a un bebé y pronto surgieron los problemas de la maternidad. Que si no se agarra al pecho para mamar, que si llora y no sabes qué hacer..., que si no duerme..., que si..., que si... Todo eran dudas y preguntas. Ese mes de agosto de 1990 lo recuerdo como si fuera ayer. Fue como una revolución en nuestras vidas. Estábamos como locos. No dormíamos, comíamos a deshoras, al ritmo de un bebé recién nacido que requería nuestra atención 24 horas. Pero lo que más me frustró fue que no tenía leche para dar de mamar a nuestra hija... y lloraba y lloraba... Hasta que a Ángel se le ocurrió hacerle un biberón y ahí se acabó el problema. La niña empezó a succionar la tetina y cada dos o tres horas le dábamos el biberón y a dormir. Prefería el biberón a la teta. Aunque algunas noches, sin saber por qué, lloraba mucho y no se dormía. La poníamos en su cuna... y a llorar. Leímos que para que se acostumbrara a dormir y coger el sueño, debíamos dejarla llorar... durante un rato, antes de ir a consolarla. A mí se me rompía el corazón. Pero no tardó mucho en coger el ritmo de sueño y solo de vez en cuando nos levantamos Ángel o yo para darle el biberón, ponerle el chupete, consolarla y a seguir durmiendo. Estábamos desbordados porque todo el día nos lo pasábamos cuidando a la niña. Yo me decía para mis adentros que ya no podría irme a trabajar y dejarla porque esa niña necesitaba todo el cuidado del mundo: de su madre, de su padre, de su abuela.

LA LLAMADA DE JULIA PARA IR A TRABAJAR DE NUEVO

Cuando estaba más preocupada y enfrascada con la lactancia y el cuidado de mi bebé, en septiembre recibí la llamada de Julia Otero para participar como documentalista en un programa que se emitiría en la Nochevieja en Televisión Española: se llamaría *Telepasión* (1990).

Yo junto con Ángel nos planteamos si debía ir a trabajar de nuevo a televisión. Era una oportunidad para volver a formar parte de un programa como redactora y documentalista y quizás para asumir algún puesto directivo. Pero ya no era lo mismo: ahora me sentía responsable del cuidado de Mar-Elia, aunque también creía que la maternidad no tenía por qué ser incompatible con el trabajo. Pensaba que tenía que destruir el “techo de cristal”, esa barrera invisible que dificulta que las mujeres con responsabilidades familiares accedan a puestos importantes. Era un dilema difícil de resolver, que ha formado parte de las mujeres de mi

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

generación: unas *superwomans* que hemos tratado de combinar el trabajo con el cuidado de los hijos y la familia, al contrario de nuestras madres que solo se dedicaban a ser amas de casa y educar a los hijos..., ¡que no era poca cosa!

Ahora tenía una hija y tenía que cuidarla, quererla y estar con ella día y noche para que creciera sana y fuerte. Sin embargo, acepté el reto: trabajar y cuidar de la familia y de la casa. Fui a trabajar como documentalista del recién creado programa *Telepasión*. Así que Ángel y Maruja, su madre, se quedaron al cuidado de Mar-Elia.

En *Telepasión*, Julia repasaba lo mejor de la programación del año 1990, documentación que preparamos entre los redactores del programa, en el que estábamos Antonio Moñux (que en paz descanse), José Francisco Martínez, Rosa Domènech, Gloria Martínez y una servidora. La realización era de Xavier Manich y la producción de Neus Sala. En *Telepasión* se mostraba la cara más divertida de la Televisión Española. Esta fórmula se ha repetido año tras año y el programa ya ha cumplido 31 años. Además, las caras más conocidas de la tele de aquellos años cantaban canciones como si fueran profesionales de la música: Miriam Díaz Aroca cantó *My Heart belongs to Daddy*, imitando a Marilyn Monroe; Beatriz Pecker cantó *Si tú me dices ven*; Pedro Piqueras cantó *Cambalache* como si lo hubiera hecho toda la vida, y Julia Otero se lució cantando *Blue Moom*. Al final, todos en coro cantaron la mítica canción “Que no se acabe el mundo que aún quedamos gente para darle vida”. Fue el himno con el que terminó el primer *Telepasión*... y mi carrera como periodista.

Fue un trimestre muy triste y angustioso para mí. Cada vez que tenía que irme y dejar a Mar-Elia se me rompía el corazón. En la Estación de Sants, cuando llegaba a Barcelona y antes de entrar a trabajar, recuerdo que llamaba a Ángel para recordarle la papilla que tenía que darle a nuestra hija o para saber si había tomado el biberón o si se había dormido. Cuando estaba en Sant Cugat trabajando no estaba por la labor. Miraba el reloj y pensaba en cómo estaría Mar-Elia. Si Ángel o Maruja la cuidarían bien. Estaba deseando que se acabara la jornada para irme a mi casa y estar con el bebé. Cuando llegaba y no la encontraba porque se había ido con la Maruja de paseo, me ponía muy nerviosa. Pensaba que ya no podía seguir así. El trabajo de periodista había perdido interés para mí y mi máxima preocupación era el cuidado de mi familia. ¡Ya no rompería “el techo de cristal”! Pero sí crearía un vínculo maternal fuerte con Mar-Elia, que dura hasta hoy.

DE PERIODISTA A PROFESORA

Mi dedicación tan intensa al trabajo de años anteriores decayó mucho. Supongo que la Julia lo notaría y ya no me llamó más para ningún programa, y me hizo un gran favor. Sin embargo, en aquellos meses en el paro me sentía mal porque nadie requería de mis servicios y pensaba que ya se habían olvidado de mí, por lo que nunca más trabajaría en la tele. Y así fue. Era amargo pensar en la ingratitud que produce el trabajo, horas y horas de mi vida, de mi juventud, dedicadas a “hacerle la cama a la estrella”. Con tantos famosos y gente poderosa e importante con la que había tratado y nadie me llamaba ni requería de mis servicios. En definitiva, no era nadie en el periodismo. Esta situación coincidió con la irrupción de la televisión privada en España. Antena 3 fue la primera que dio el pistoletazo de salida el 25 de enero de 1990 y le siguió Telecinco en marzo. Yo no llamé a nadie de la profesión para pedir trabajo. Ángel me decía que era muy orgullosa, pero no quería rebajarme ante nadie mendigando un puesto de

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

trabajo. Así pasaron los meses hasta que surgió la oportunidad de volver a la facultad para dar clases.

Mi vida dio un giro radical porque pasé de ser redactora, documentalista y periodista a profesora en la Facultad de Ciencias de la Información de la UAB. Volví de nuevo a la universidad donde me había formado, pero no como estudiante, sino como profesora ayudante. La oportunidad de dar clases en mi antigua facultad me la dio Armand Balsebre, que había sido profesor nuestro y tras una entrevista en el Departamento de Comunicación Audiovisual y Publicidad me ofreció el puesto en Ciencias de la Educación.

Así llegó la hora de preparar las clases. Era el mes de septiembre de 1992, año glorioso para Barcelona, porque se celebraron las Olimpiadas y la ciudad fue conocida por todo el mundo. En España, en esa época a nivel político, dominaban los socialistas con Felipe González al frente, que ya empezaba una lenta decadencia. Pero la organización de los megaeventos de ese año 92, como las Olimpiadas de Barcelona y la Exposición Universal de Sevilla, nos dieron a los españolitos de a pie un fogonazo de optimismo. Los Juegos Olímpicos tuvieron la virtud de incrementar la actividad económica, se invirtieron grandes cantidades de dinero en infraestructuras y se logró visibilizar Barcelona, lo que incrementó el turismo en la ciudad hasta el día de hoy. Era un periodo luminoso, eufórico, en que nos creímos el sueño socialista del bienestar y el progreso para las clases populares. Nos sentíamos observados y admirados por millones de personas en todo el mundo. Nos habían descubierto y nos volvimos atractivos para el “mundo mundial”. El “modelo Barcelona” había triunfado. Como dicen Moragas y Botella (1995), las Olimpiadas del 92 supusieron un impulso económico, comunicativo, tecnológico, urbanístico, político, social y deportivo para todos, lo que nos transformó para siempre.

Con este ambiente de crecimiento, optimismo y alegría, nos fuimos de vacaciones y ya sentía una gran preocupación porque me habían dado una asignatura troncal: Comunicación Audiovisual y Educación. Esta sería impartida en Ciencias de la Educación para los estudiantes de primero de magisterio y para todas las especialidades: Educación Primaria, Lenguas Extranjeras, Educación Física, Educación Musical, entre el primer y segundo semestre. Yo sabía un poco de periodismo porque había hecho la carrera y había estado trabajando en ese campo durante una década, pero no sabía casi nada de educación.

Suponía empezar de nuevo, porque lo único que conocía del tema era por la experiencia de educar a nuestra hija. Así que a la vuelta de las vacaciones me puse manos a la obra. Empecé documentándome y participé en reuniones con otros profesores de Ciencias de la Educación (como Pere Marqués) que me orientaron sobre lo que esperaban de esa nueva asignatura, la cual sería impartida por varios profesores de los cuales yo sería la coordinadora. Suerte que como Ángel ya tenía una experiencia de varios años en la docencia me ayudó un montón a programar cada una de las clases y a darme pautas para ponerme delante de unas clases de 30 alumnas/nos, y en varias especialidades de primero de la carrera de magisterio. Pero en esa asignatura no solo tenía que explicarles qué era eso de la comunicación, sino que tenía que hacer una actividad que consistía en grabar vídeos educativos para poder aplicarlos en clase, y su guía didáctica. Tenía que enseñarles qué era un guion para hacer un audiovisual educativo y explicarles cómo funcionaba una cámara de vídeo, editar... y yo no tenía ni idea. Hasta ahora solo me había preocupado por los contenidos periodísticos, por la documentación. Siempre estaba ocupándome de la redacción, pero no me interesaba nada la tecnología audiovisual. Eso era cosa de los técnicos. Así que Ángel y yo fuimos a comprar una cámara de vídeo formato

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

súper VHS, marca Sony. Aprendí las funciones básicas del uso de la cámara de vídeo. También me documenté en el tema de la comunicación y educación leyendo a autores como el profesor Joan Ferrés (1993), especialista en comunicación audiovisual y educación, que me enseñó en sus libros cómo utilizar la televisión y el vídeo para educar a los niños en los medios audiovisuales desde una mirada crítica y analítica. Asimismo, me fueron útiles las lecturas del profesor Ignacio Aguaded, especialista en tecnología educativa y educación en medios, y los libros y artículos de Agustín García Matilla —como *Imagen, vídeo y educación* (1987)— y aprendí conceptos como el de la *educomunicación*, un campo teórico-práctico que propone una intervención a partir de algunas líneas básicas como educación en medios de comunicación, uso de los medios en la educación, producción de contenidos educativos, gestión democrática de los medios, etc. Programé cada una de las clases con esta perspectiva y conocí las experiencias del uso de la radio en la escuela y el vídeo educativo. Con ese bagaje teórico y con la experiencia del trabajo en los medios durante una década, preparé mi programa educativo y formativo de manera crítica y autónoma. ¡Y llegó el día D!

Asistí al aula, que me pareció enorme, con una gran inseguridad y preocupación porque durante la clase les tenía que pasar un vídeo y no sabía cómo funcionaba el aparato. Así que empecé la clase, muy vacilante. Primero me presenté e hice que cada una de las alumnas y alumnos hicieran lo propio y que comentasen qué esperaban aprender de esta asignatura. Comencé explicando qué era aquello de la comunicación y la educación, y expliqué los apartados que tendría la asignatura. El bloque 1 estaba centrado en dar a conocer el papel educativo y didáctico de los medios de comunicación de masas. El bloque 2 en la influencia de los medios audiovisuales en la percepción de la realidad. El bloque 3 para explicar los elementos del lenguaje audiovisual. El bloque 4 se enfocaba en la lectura crítica mediante un método propio de análisis del audiovisual. Con el bloque 5 entrábamos en la fase práctica y experimental para explicar cómo se construye un audiovisual educativo y didáctico en grupo y de manera colaborativa (guionización, producción, grabación y edición con un objetivo didáctico y relacionado con cada especialidad). No obstante, cuando llegó la hora de pasar el vídeo..., resulta que no funcionaba... ¡Qué nervios! Salí rápidamente a buscar al técnico que me salvó de la situación embarazosa y así fue durante todo el curso, pues me ayudó bastante en el manejo de la cámara y en la edición de los vídeos que tenían que hacer los alumnos. Poco a poco fui ganando seguridad y hasta disfrutaba con las clases, porque lo mejor de la docencia es que al mismo tiempo que aprendes tú la materia y ves que ellos también aprenden, la docencia se convierte en un intercambio de conocimientos muy provechosos y satisfactorios para docente y discente. Al final, cuando pasaron las encuestas de la asignatura fui evaluada por los alumnos/as con una muy buena nota. Enfoqué la materia para que los maestros y maestras que tendrían la responsabilidad de educar a sus alumnos en el uso de los medios audiovisuales tuvieran las herramientas suficientes para formar a los niños en una lectura crítica de los medios audiovisuales. Quería aportarles una visión básica sobre las posibilidades de emplear el lenguaje audiovisual desde el punto de vista narrativo, que supieran explicar historias y que fueran educativas. Trataba de que los alumnos/as de magisterio supieran analizar los medios audiovisuales y la cultura mediática, para lo cual les proponía un método propio que inventé para ese cometido. Incluso publiqué un libro sobre el tema: *La comunicación audiovisual y la educación* (2005).

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

LO QUE ME DIO LA UNIVERSIDAD

Dejar el periodismo y volver a la universidad me abrió un sinfín de ventajas. Tenía autonomía para organizarme en la preparación de las clases e impartirlas a mi aire. Nadie estaba vigilando mi trabajo, ya que los únicos jueces eran los alumnos que me evaluarían al final. Además, disponía de mucho más tiempo para ocuparme del cuidado de mi familia, de Ángel y de Mar-Elia, porque solo tenía dos días de clases a la semana y podía seguir estudiando, hacer la tesina y la tesis doctoral para doctorarme en Ciencias de la Comunicación, nada menos. Así que mis objetivos profesionales cambiaron para combinarse con mis vitales: ser una profesora e investigadora excelente y una madre que cuidara de su hija y de su familia. Este cambio me proporcionó una satisfacción y un equilibrio del que no había gozado hasta la fecha. Sin embargo, como nada es perfecto, pronto empecé a angustiarme por la inestabilidad del contrato de trabajo, que solo se mantenía mientras duraba el curso. También sentía que los demás compañeros me veían como la “enchufada”. Yo me sentía en inferioridad de condiciones respecto a Ángel, porque cuando yo volví a la universidad, él se había convertido en un profesor titular con varios años de experiencia y en un investigador de reconocido prestigio. Yo, en cambio, entré de profesora ayudante y tenía que labrarme una carrera académica y el respeto de los compañeros/as y alumnos/nas. Además, había bastante competitividad entre todos los profes y yo quería ser una buena académica, talentosa y creativa. Contar con publicaciones en las que mi nombre figurara y, en lo posible, tener cargos de gestión. Estos desafíos me acompañaron siempre en mi labor docente e investigadora en la Universidad Autónoma de Barcelona.

Me sentía una privilegiada porque no olvidaba mi origen social, de una familia de inmigrantes andaluces y trabajadores que lograron que su hija fuera a la universidad, conseguir un título universitario y ser profesora, lo cual representaba que había cogido con éxito el ascensor social y formaba parte de la élite que lo lograba. Mi padre se sentía muy orgulloso porque de toda su descendencia solo yo, una mujer, lo había logrado. Así que cuando obtuve mi primer título universitario (técnico en Relaciones Públicas en la Universidad de Barcelona), mi padre lo enmarcó y me lo regaló con mucha ilusión. Ahora luce, junto con el de licenciada en Periodismo, en el estudio de mi casa.

LA CARRERA UNIVERSITARIA

Además de dar clases, cuando volví a la Universidad Autónoma también me integré en un grupo de investigación: el LAICOM (Laboratorio de Análisis Instrumental de la Comunicación), liderado por Ángel y compuesto por otros profesores y profesoras como Daniel Tena, Patrícia Lázaro, Ludovico Longhi, Dolors Bernadas, Josep María Blanco, J. Manel Oliver. Una de las líneas de investigación del LAICOM en aquella época era el tema de la voz y las emociones, investigaciones que fueron presentadas en congresos y dieron lugar a varios artículos. Figurar en ellos en buena posición era motivo de disputa porque las publicaciones te daban puntos en el currículo para después presentarte a una plaza de titular de universidad tras haber completado los cursos de doctorado y obtener el título de doctor.

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

Era una carrera en toda regla, muy larga y competitiva, llena de dificultades. Así que combinábamos la docencia, que en aquella época pretendía implantar el Plan Bolonia, cuyos objetivos eran facilitar el intercambio de titulados en el marco europeo y adaptar el contenido de los estudios universitarios a las demandas del mercado, con nuevas metodologías docentes, como la evaluación continua, la adquisición de conocimientos teóricos y prácticos, la adquisición de destrezas cognitivas y prácticas, y competencias profesionales con una metodología docente que preparara al estudiante para incorporarse al mercado de trabajo. A los profesores este plan nos exigía la excelencia para obtener la acreditación de la ANECA (Agencia Nacional de Evaluación de la Calidad y Acreditación), que también daba puntos para conseguir plaza de profesor titular, con la investigación y con la gestión.

Por aquella época la universidad ya iba hacia un modelo de orientación al mercado (como el estadounidense), donde los estudiantes son clientes, pues pagan un precio elevado por su formación superior y los profesores compiten entre sí para lograr su estabilidad laboral y académica y convertirse en funcionarios al servicio del Estado y de la universidad. Debido a ello se debe demostrar un gran nivel intelectual y un conocimiento científico relacionado, en nuestro caso, con la comunicación, la educación, el periodismo y las humanidades en general. Allí estábamos formando profesionales de la educación y de la comunicación, y creando conocimiento mientras nos convertíamos en investigadores. Así que me puse manos a la obra y cuando no estaba preparando clases o impartiendo, me dedicaba a investigar, a leer y a adquirir conocimientos para trasladarlos a mi tesina, que finalmente la presenté ante un tribunal con el título *El papel de la voz en la publicidad audiovisual dirigida a los niños* (1998). En esta investigación analizaba qué técnicas de persuasión utilizaban los publicistas para convencer a la audiencia infantil, para lo cual me centraba en la voz, uno de los elementos menos estudiados en este campo. Hice un test a 193 personas (sujetos experimentales) a las cuales les pedí que observaran 60 tipos de voces presentes en diferentes anuncios dirigidos a los niños para ver si se configuraban algunos estereotipos sonoros. Tras el análisis estadístico del test, surgieron tres estereotipos con los rasgos siguientes: extrovertido/alegre/fascinado, dominante/duro y racional/estable/inteligente/sensitivo/maduro. De 60 voces observadas y analizadas, vimos que las voces que se usaban en la publicidad audiovisual dirigida a los niños correspondían a tipos extrovertidos, con un estado emocional alegre y fascinados, situación que puede producir en el niño/a una mayor implicación emotiva. El segundo estereotipo correspondía a tipos con una personalidad dominante y dura, propia del adulto al que quieren imitar y al héroe de las producciones audiovisuales, que basa su personaje en el poder y la violencia. Y el tercer tipo, que se usaba en menor medida, correspondía a tipos racionales, estables, inteligentes, sensitivos y maduros. Este era el papel del padre y el maestro, actitudes con las que los adultos solemos dirigirnos a los niños para transmitir saberes o consejos. Es decir, a través de la voz el receptor se forma un estereotipo de la persona que habla y en la locución publicitaria demostré que solo usaban los tres mencionados. Presenté estos resultados ante un tribunal (1996) y fue un éxito. Me felicitaron y hasta conseguí una ayuda del Centre d'Investigació de la Comunicació de la Generalitat de Catalunya. Publiqué varios artículos y los presenté en varios congresos: uno de ellos en Cuba.

Para seguir avanzando en mi carrera docente e investigadora, seguí trabajando en mi tesis doctoral. Mi pregunta de investigación era si los niños estarían de acuerdo con los estereotipos de voces que encontré en la tesina, y cuál sería el grado de eficacia persuasiva de estos estereotipos en los niños. El motivo por el que realicé estas investigaciones era porque veía que los niños eran grandes consumidores de anuncios. De hecho, las estadísticas indicaban que veían 50 *spots* al día. Este consumo de anuncios repercutía en las demandas de compra que

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

hacían los niños a sus padres, ya que en aquella época los niños de todo el mundo comían, bebían y vestían influenciados por la publicidad, la cual tenía una importancia enorme en las compras de la familia: ordenadores, vacaciones, coches, vídeos, alimentos, juguetes, artículos de deporte, ropa, etc. Actualmente, este consumo viene promovido no por la publicidad convencional, sino por las redes sociales y las/los *influencers*. El niño/a está totalmente mediatizado. Así que en la tesis doctoral que presenté en 1999, con el título *La voz de los anuncios y su eficacia persuasiva en los niños*, utilizaba los tres estereotipos que había obtenido en la tesina más un estereotipo experimental.

Estudí la voz de los locutores publicitarios en el ámbito audiovisual a través del análisis acústico, realizado en el Laboratorio de Análisis Instrumental de la Comunicación de la Universidad Autónoma de Barcelona. Hice una modelización de los estilos de locución publicitaria, un patrón de cada tipo de voz. En los estilos de locución vi que estaban relacionados con los tipos de personalidad y con los estados emocionales. Comprobé que había el estilo alegre, el triste, el estable, el duro y luego, tomando como base el triste y el estable, creamos un estilo nuevo experimental, al que llamamos *voz de diseño*. Esos estilos de locución los incorporamos con ayuda de los técnicos y de Ángel en un anuncio para comprobar su eficacia persuasiva en niños de 4 a 8 años. Cada estilo lo relacionamos en el anuncio con un color de yogur diferente. Efectuamos un test/re-test en dos escuelas de Catalunya a niños de 4 a 8 años, cambiando en el re-test la asociación voz-color. Pasamos el anuncio con los estilos de voz incorporado y en el juego de las tiendas los niños/as podían comprar uno de los yogures coloreados que habían visto en el anuncio. Una vez codificados los datos y después de someterlos a un análisis estadístico, el resultado fue el siguiente: la voz influía a la hora de elegir un producto en 26.8 % de los niños. Por su parte, el color influía un poco más: 34.9 %. Asimismo, 38.3 % de los niños no se dejaban influir ni por la voz ni por el color. Averigüé que el estilo de voz más persuasivo para los niños era el alegre, seguido del estable. Las voces menos persuasivas eran las de los estilos duro y triste. Las niñas prefirieron la voz alegre y, en segundo lugar, la voz de diseño; mientras que los niños la voz alegre y la voz estable. En esa investigación demostré que la imagen y la voz influyen en el proceso de persuasión. Los niños también dijeron claramente cuál era la voz más persuasiva: la alegre. Presenté mi tesis ante un tribunal de cinco doctores en diferentes ámbitos de conocimiento y me dieron un *Cum laude*: la nota máxima ¡Y entonces me convertí nada menos que en doctora en Comunicación! Pero todavía tenía que seguir corriendo en una carrera infinita, porque ahora con mi flamante doctorado ya podía competir para conseguir una plaza de profesora titular de universidad.

Lógicamente, no todo era preparar clases, estudiar, investigar, corregir exámenes, escribir artículos y la tesina y la tesis. Cuando nos daban las vacaciones a los tres, cargábamos el coche con la tienda de campaña, los colchones hinchables, los sacos de dormir, la mesa y las sillas de *camping*, los platos y los cubiertos de plástico, el fogón y la bombona del *camping-gas*, las maletas con la ropa... y carretera y manta. Nos convertíamos en campistas. Cogíamos la autopista y sabíamos cuándo salíamos, pero no teníamos fecha inmediata de vuelta. Podíamos estar viajando durante dos meses. Cuando llegaba el mes de julio y cargábamos el coche, Ángel ponía el pie en el acelerador... y era como una liberación... Quitarte las obligaciones cotidianas de encima daba una sensación de libertad tremenda.

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

ESPÍRITU VIAJERO

Podríamos decir que tenemos alma viajera, espíritu aventurero, pasión por viajar y no tenemos miedo a los cambios. Asumimos el riesgo que comporta y disfrutamos conociendo sitios nuevos, gente, comida... Los *boomers* somos gente viajera y “culillos de mal asiento”. Somos curiosos e inquietos y siempre estamos imaginando nuevos viajes, poder vagar por ahí sin fecha de regreso ni ataduras de agencias o viajes organizados. Los *boomers* hemos nacido y mamado la globalización desde nuestra más tierna infancia, y creo que Ángel y yo hicimos periodismo para poder viajar por el mundo. Viajar es buenísimo para la mente, para aprender de los demás. Te abre las puertas del conocimiento. Te hace más tolerante y comprensivo. Viajar es aprender: es como un libro abierto.

Empezamos por lo más cercano, Portugal y España, donde hemos estado en todas las comunidades autónomas: Catalunya, País Vasco, Asturias, Cantabria, Castilla-La Mancha, Castilla-León, País Valencià, Andalucía, Extremadura, Comunidad de Madrid, Albacete y Murcia, etc. Hemos recorrido mares y océanos, ríos y montañas. Hemos hecho miles de kilómetros en coche, en avión, en barco, y hemos recorrido bosques, selvas, ciudades y estados. En Europa, empezamos yendo en coche dos veces hasta el Cabo Norte, pasando por Alemania, Dinamarca, Suecia, Finlandia, Noruega hasta llegar al punto más septentrional de Europa: al acantilado localizado en la isla de Mageroya, en el norte de Noruega. Y hemos ido dos veces, porque la primera vez había una niebla enorme en el mar de Barents y no pudimos ver nada, así que al verano siguiente volvimos a hacer la misma ruta y el Cabo ya estaba despejado. De África conocemos poco: solo Egipto y Marruecos. Fuimos una semana a Marrakech y nos quedamos impresionados de la plaza Jemaa el-Fna. Nada más llegar nos pusieron una serpiente en el cuello para hacernos fotos. Pero podríamos decir que nos ha tirado más América del Norte y del Sur, esta última por el tema de la lengua y porque compartimos una cultura. En América del Norte hemos viajado en tienda de campaña a Canadá y a Estados Unidos, relato del viaje que explicaré más abajo con más detalle. También hemos visitado los países de Centro América, dando clases en diferentes universidades y luego aprovechábamos para conocer los países: El Salvador, Costa Rica, México, Guatemala, Nicaragua... Hemos viajado intensamente por el cono sur, a países como Brasil, que nos cambió la vida y es como nuestro segundo país de adopción, y a Argentina. Prácticamente estábamos viajando durante todo el verano y en el invierno volvíamos a la facultad a dar clases, investigar, escribir artículos, hacer gestión universitaria... y a planificar los viajes del verano siguiente.

Antes de traer al mundo a Mar-Elia, Ángel y yo nos habíamos pateado el Pirineo: el de Aragón, Catalunya y Navarra, haciendo travesías; y cuando empezaba a estar hasta los topes el Pirineo español, miramos hacia el norte y descubrimos un paraíso verde, agreste y solitario en el Pirineo francés.

Empezamos a ir al Pirineo francés, a la Val d’Azun, en la región Midi-Pyrenees, dominado por el impresionante macizo de Balaïtous (3144 m). Montábamos la tienda y a recorrer el valle y los lagos cercanos. La Val d’Azun en esos meses de verano era de un verde brillante donde pastaban vacas y caballos tranquilamente. Llegábamos caminando a los lagos cercanos como el Lago d’Estaing, o Le Barrage du Tech. Ángel cargaba con Mar-Elia en una mochila para transportar niños e íbamos *xino-xano*, y cuando llegábamos al lago agotados nos bañábamos. El agua estaba muy fría y teníamos que salir pitando, pero el cansancio se quedaba allí. Otras veces íbamos a subir montañas o a hacer travesías, a recorrer los pueblecitos cercanos al

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

camping como Arrens-Marsous, Argeles-Gazost o a Lourdes. Algunos días hacíamos *panching* y entonces cogíamos el coche para ir por una estrecha carretera al Col d'Aubisque y contemplar las vistas espectaculares de la Val d'Ossau. Nos acercábamos a acariciar a los caballos que pastaban tranquilamente en este imponente valle. El espectáculo de la noche consistía en ver las estrellas. Se veía la vía Láctea, porque en verano las noches eran de un cielo limpio y transparente, estrellado, sin iluminación pública. Nos tumbábamos sobre la hierba, abríamos los ojos de par en par y como en el verano los cielos son más bellos, y es cuando la tierra está muy inclinada sobre su eje, entonces aparecían constelaciones, que no sabíamos ni nombrar. Veíamos estrellas fugaces y pedíamos un deseo... que no podíamos decir porque entonces no se cumplía.

Otro de los lugares de Francia que visitamos en verano fue la Bretaña y la Costa de Normandía, al norte del país. La costa es preciosa y los acantilados de Etretat, de una caliza blanca, son impresionantes. Ángel y Mar-Elia lanzaban una cometa al aire y jugaban mientras yo me bañaba en la famosa playa de Omaha, lugar del desembarco del Día D, durante la Segunda Guerra Mundial. Allí pensaba en la terrible batalla que duró tres meses y que causó la muerte de unas 14000 personas. Al frente podíamos contemplar la pedregosa isla del Mont Saint-Michel, y en su cima la abadía gótica, que cuando sube la marea en los meses de marzo, abril y mayo, y en octubre y noviembre queda aislada y solo se puede visitar con barco. Como era verano, nosotros no pudimos contemplar esas fuertes mareas que rodean Mont-Saint Mitchell, pero sí visitamos la Abadía junto con una masa enorme de turistas de todo el mundo. No nos hizo muy buen tiempo, y la luz era gris y llovía a menudo. Echábamos de menos la luz mediterránea, limpia y transparente. Después del baño, nos íbamos a comer ostras, almejas y mejillones acompañados de sidra o calvados, que son las bebidas típicas de allí. Para merendar y entrar en calor íbamos a la crepería y pedíamos cada uno una *crêpe*, que estaba hecha de una fina base de harina de trigo sarraceno y rellena con compota de manzana. Por el periódico local nos enteramos del Festival de Música Celta, donde las *bagadoú* o bandas de gaitas bretonas, con sus faldas como los escoceses, nos deleitaban con sus largas flautas alegres y las mujeres vestidas con sus trajes regionales y tocados en encaje blanco bailaban danzas tradicionales bretonas. También visitamos Nantes, ciudad donde había nacido uno de mis novelistas de aventuras preferidos, Julio Verne (1818), y el museo dedicado a él. Fuimos también a ver la catedral de estilo gótico y el castillo de los duques de Bretaña. Y, por supuesto, la fábrica de galletas de mantequilla Lu y la Torre Lu, donde se contaba la historia de la fábrica de galletas que nació en 1895, y degustamos las famosas galletas de mantequilla, de una delicada textura, algo arenosa, con el borde en forma de ola, que se deshacen en la boca.

Cuando ya lo habíamos visto todo en la Bretaña, recogimos la tienda y los enseres y nos fuimos directos a París, que está a unos 200 kilómetros. Nos alojamos en un albergue juvenil, más céntrico y cómodo que un *camping*, para visitar la ciudad.

Aunque era más complicado hacer turismo en París que en el Pirineo francés, nos sacamos un pase de metro y nos pateamos la ciudad más turística del mundo, entre 42 millones de visitantes extranjeros cada año, conocida también como *la ciudad de la luz*. Subimos andando a la Torre Eiffel, con la Mar-Elia en la mochila y pudimos divisar la enorme ciudad y sus monumentos principales, como la catedral de Notre Dame o Montmartre, que me recordó un poco al barrio gótico de Barcelona por el ambiente bohemio que se respiraba. Cuando vimos la enorme avenida de los Campos Elíseos, con el remate al final del Arco de Triunfo y toda esa representación del poder real y la ostentación, me di cuenta de que esos espacios estaban

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

pensados para el disfrute y el deleite de las clases poderosas. Entonces me acordé de los motivos de la Revolución francesa y cómo fue el final de esos poderosos, como Luis XVI y María Antonieta, que acabaron ejecutados en la guillotina. El arte se respira en París en sus calles y plazas, en las caras de la gente, pero especialmente en el Louvre, donde pudimos contemplar ensimismados la *Mona Lisa*, y en el museo de Orsay disfrutamos de los cuadros de los impresionistas, especialmente *Dejeuner sur l'herbe* de Monet y nos detuvimos bastante contemplando la obra de van Gogh, cuadros que había visto solo en las diapositivas que nos pasaba en el Instituto la profesora de Historia del Arte.

Para relajarnos de tanto cuadro y tanta pintura nos fuimos a pasear por el Sena y montamos en una barca para navegar tranquilamente y dejarnos ir por el río. Volvimos a Francia y la visitamos y la pateamos a lo largo de varios veranos. Siempre nos asombrábamos de las bellezas que tenía el país vecino y cómo, estando tan cerca, no lo habíamos descubierto antes.

DE CAMPISTAS POR EL OESTE AMERICANO

Terminé la tesis doctoral en junio de 1999. Ese verano, durante los meses de julio y agosto, decidimos liberarnos viajando nada menos que por Estados Unidos. Cogimos un avión hasta Atlanta y de allí a Minneapolis, donde nos esperaba mi sobrino que vivía allí con su mujer desde hacía algunos años. Nos llevó al hotel donde estuvimos alojados y nos ayudó a organizar el viaje para ir en coche haciendo turismo, desde Minneapolis a Las Vegas. Compramos material de *camping* para alojarnos en los parques nacionales que íbamos a visitar en nuestro periplo y alquilamos un cochazo, un Pontiac deportivo, que nos llevó a los tres cómodamente y de manera rápida y segura por todo Estados Unidos. Salimos de Saint Paul, capital del estado de Minnesota, y por carreteras rectas e interminables atravesamos el estado de South Dakota, Wyoming, Idaho, Colorado, Uta y el desierto de Nevada hasta llegar a Las Vegas. En este viaje íbamos buscando los parques nacionales y descubrimos varios paraísos naturales, bellísimos, con unas características biológicas y geológicas únicas en el mundo, como el parque nacional Yellowstone, una maravilla de la naturaleza, obra de Dios y del diablo, donde fluye el agua fría en los ríos y manantiales, y caliente, directamente de la tierra, ollas de barro hirviendo y geiseres que entran en erupción regularmente. Parecía que estuvieras en el infierno, en “las calderas de Pedro Botero”, que si por un acaso te caes en esos toneles naturales acabas frito o asado. Pero también nos quedamos embobados contemplando las más de 290 cascadas y fuentes geotérmicas de colores vivos y geiseres que entran en erupción regularmente como el Old Faithful. Estuvimos observándolo durante más de una hora hasta que el géiser se disparó hacia el cielo, a una altura de más de 70 metros, inundando de agua el lugar y dejándonos a todos con la boca abierta.

Montábamos la tienda en el *camping* de los parques y solían avisarnos para que no dejáramos comida fuera de la tienda porque podían venir osos grizzli. Pero no vinieron osos, sino ardillas que nos agujerearon la tienda de campaña. También pudimos ver bisontes pastando en las enormes praderas del parque, alces con sus cuernos en forma de ramas y ciervos semiocultos en la hierba.

Teníamos una parcela grande, con mesa de madera para comer y leña para hacer fuego y la comida. Comprábamos carne y Ángel la asaba. Nos calentábamos con el fuego. Nos sentíamos como verdaderos *cowboys* de película. Estábamos allí unos días disfrutando del paisaje y de la

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

naturaleza, y luego recogíamos los enseres de *camping* y a otro parque. En este periplo descubrimos también el parque nacional del Gran Cañón, uno de los más antiguos del país, en el estado de Arizona, declarado Patrimonio de la Humanidad por la Unesco. Dentro del parque, descubrimos el Gran Cañón, una garganta del río Colorado, que es una de las siete maravillas naturales del mundo. Tiene una profundidad de 1300 metros y una anchura de 30 kilómetros, con una garganta profunda y unos acantilados que dan vértigo con solo mirarlos. Es el resultado del espectacular trabajo de la erosión del río Colorado, uno de los más viejos del mundo, que discurre por su fondo. Dicen que las rocas tienen unos 1700 millones de años, y el agua es de color rojizo, de ahí su nombre. Pero no descendimos al río por el barranco, pues era peligroso. Al principio de la pendiente había carteles que decían “peligro de muerte”, así que nos dimos la vuelta rápidamente. Además, íbamos con la Mar-Elia, que era una niña de 9 años. Sin embargo, sí fuimos a varios miradores que estaban a miles de metros sobre el vacío. Daba miedo mirar para abajo y ver la profundidad del barranco. Entramos al parque por la autopista estatal 64.

Visitamos también el parque nacional Arches, en el estado de Uta. Ahí descubrimos los arcos naturales de arenisca hechos por la erosión del viento y el océano que lo cubrió a intervalos durante millones de años. Fotografiamos a la Mar-Elia debajo del Delicate Arch, uno de los monumentos más famosos del parque. Este se encuentra sobre un yacimiento de sal subterráneo, el cual es básicamente responsable de los arcos y las demás formaciones como la Torre de Babel. Al parecer este yacimiento de sal fue depositado en la meseta de Colorado hace unos 300 millones de años cuando el mar inundó la región y luego se evaporó. Recorrimos a pie el parque por los senderos señalizados para ver los monumentos color salmón que había esculpido la naturaleza como el Arco de las Ventanas y el Landscape, que tiene un arco tan fino que parece que se fuera a quebrar en cualquier momento. En alguno de estos monumentos naturales se han rodado escenas de películas, como la de *Indiana Jones y la última cruzada* (1989). En la ruta dimos también con el Mount Rushmore, en el sur del estado de Dakota, un complejo monumental con esculturas talladas en una montaña de granito, donde se ven los rostros de los presidentes estadounidenses George Washington, Thomas Jefferson, Theodore Roosevelt y Abraham Lincoln, y conmemora el nacimiento y el desarrollo de la nación estadounidense. También pudimos contemplar en Dakota del Sur el Crazy Horse, la escultura en piedra de 26 metros tallada en una montaña de granito, las Black Hills o Colinas Negras, en honor a Caballo Loco, de la tribu Oglala Lakota, que había luchado en la Gran Guerra Sioux contra el gobierno estadounidense por la propiedad de las Colinas Negras y que derrotó al ejército de Estados Unidos en 1876. Todavía está por acabar. Y pudimos sentir en aquellas tierras todo el dolor sufrido por aquellas tribus casi exterminadas y expulsadas de sus tierras debido a la ambición, la codicia y el odio del hombre blanco.

En el sur de Dakota pudimos ver también el parque nacional Badlands o parque de las malas tierras, que nos recordó un poco a Montserrat. El paisaje de arenisca, totalmente erosionado, de un color gris amarillento, sin vegetación, con un clima semiárido, lo componen una serie de pináculos, agujas y praderas de pastos, donde volvimos a ver bisontes, borregos cimarrones y caballos salvajes. Y unos roedores muy simpáticos, los perritos de las praderas, que salían de sus agujeros y se pasaban el día vigilando, entrando y saliendo de sus madrigueras. Visitamos también el parque Theodore Roosevelt. Por último, fuimos a acampar al río Little Missouri, un afluente del Mississippi. Allí las avispas picaron a la Mar-Elia en la mano y se le hinchó un poco, pero llevábamos remedios para las picaduras y solo fue un susto que la hizo llorar a lágrima viva.

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

Pero quizás el paisaje más peliculero e icónico de Estados Unidos es Monument Valley, en el lejano oeste, tantas veces representado en las películas de John Ford, como *La Diligencia*, *Fort Apache*, *Río Grande*, *La legión invencible*, *Centauros del desierto* o las más modernas *Regreso al futuro III* o *Thelma y Louise*. Para llegar allí atravesamos un árido desierto durante varias horas y finalmente llegamos a Monument Valley, que es una reserva Navajo. Cuando llegas al Valle de las Rocas puedes contemplar enormes monumentos o pitones de color rojo erosionados y esculpidos por el viento y convertidos en escenarios de las películas del oeste. Tras hacernos las fotos en los monumentos más emblemáticos, como el Merrick Butte, los Pitones más famosos del mundo, o parar y hacerse una foto con uno que parecía John Wayne, en el John Ford's Point, fuimos a acampar en el Goulding's Monumet Valley Camp Ground, un *camping* con poca hierba y lleno de piedras, que tuvimos que perforar durante un buen rato para poner los clavos y desplegar la tienda. La puesta de sol en Monument Valley es sobrecogedora, de un rojo intenso que se funde con el paisaje y llena de espectadores que aplauden cuando se pone el sol.

Tras pasar en Monument Valley unos cuantos días contemplando el paisaje y las puestas de sol, llegamos por el desierto de Nevada a la metrópoli de Las Vegas.

Menudo *shock*, pues tras estar en plena naturaleza durante casi un mes, llegamos a la ciudad que nunca duerme y donde sus moradores pasan las horas divirtiéndose y jugando en los casinos. El cincuenta por ciento de los negocios son de casas de apuestas, máquinas tragaperras, juegos de póker, etc. Como hemos visto también en infinidad de películas como *Leaving Las Vegas* en donde Nicolas Cage vive la vida en la ciudad del pecado, dedicado a tomar alcohol y al juego y a su destrucción personal, o la película *Casino*, de Scorsese, que saca a la luz los entresijos de Las Vegas, centrada en un jugador de póker, y narra su decadencia y corrupción en la década de 1970.

Pero en la ciudad no todo es juego y corrupción. Es una ciudad monumental construida en pleno desierto, un parque temático, donde cada hotel tiene un centro de convenciones, un teatro o un circo y tiendas de lujo. Los casinos son espectaculares, como el Fremont Casino, con una enorme cúpula y pantallas monumentales donde se proyecta publicidad de la ciudad, o el Pioneer Club. Hay una enorme tirolina que recorre toda la calle, y calles tan famosas como las Vegas Boulevard, retratada en tantas películas. Los hoteles recrean monumentos como el Luxor, con su famosa pirámide negra y su esfinge o el Excálibur, donde se celebran combates medievales. Aunque hacía mucho calor, recorrimos a pie la ciudad, donde vimos asombrados la cantidad de monumentos europeos que recreaban, como el Caesar Palace, referente de temática romana y el París, con su Torre Eiffel. Parecía que estábamos en un plató enorme, lleno de monumentos prefabricados, barcos pirata, montañas rusas y un sinfín de edificios *kitsch*, adocenados, horteras, pero muy pretenciosos, planeados según las necesidades del mercado para impresionar a los visitantes y mostrar el poder del capital que allí se movía.

Sin embargo, nosotros no nos dejamos deslumbrar por este derroche pretencioso y de mal gusto, aunque quedamos desbordados por el despilfarro y asombrados por la arquitectura de los hoteles, el lujo que derrochaban y los precios que no podíamos pagar. Nos fuimos a dormir a un humilde motel a la entrada de Las Vegas, con su piscinita y su *parking* particular, donde aparcamos el Pontiac y descansamos de tan largo viaje. Habíamos llegado al final de nuestra ruta.

Volvimos por donde habíamos venido y por el camino de vuelta llegamos a un pueblo donde vimos la concentración de motos Harley Davison más grande del mundo: un espectáculo motero que reunía a más de 500000 motoristas. Vimos de cerca los cientos de motos Harley

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

customizadas con toda clase de dibujos y complementos, y los moteros vestidos con chaquetas y pantalones de cuero negro y cargados de tatuajes, bebiendo cerveza y relatando sus aventuras por Estados Unidos.

PREPARANDO LA OPOSICIÓN A PROFESORA TITULAR

Al regresar del viaje de Estados Unidos volvimos también a la rutina de las clases y retomé de nuevo la carrera hacia la estabilidad laboral. Me puse en la cancha de salida para llegar a ser profesora titular para que nunca más tuviera la preocupación de que al final de curso se acabara el contrato y tuviera que esperar la renovación y la asignación de otras asignaturas. Quería poner fin a la inestabilidad en el trabajo. Quería conseguir un trabajo para toda la vida. Tras doctorarme en Ciencias de la Comunicación, me puse en la cola para presentarme a una oposición, pero la cola era muy larga. Había muchos como yo esperando desde hace años lo mismo: ser funcionaria, ser profesora titular. Así que tuve que esperar varios años hasta que se presentó la ocasión. Ángel en su función de director del Departamento de Comunicación Audiovisual y Publicidad consiguió que la universidad convocara la oposición para once plazas de profesor/a titular. Ahí empezó la pugna porque había mucha gente en la cola y todos estaban muy bien preparados. Como era un concurso público se podían presentar no solo los de la casa, sino también profesores de otras universidades. Cuando llegó el momento de inscribirse en un perfil concreto para el concurso público, a la plaza que yo me apunté lo hicieron también otras 6 u 8 personas, con unos currículos inmejorables. Además, uno de los candidatos me denunció públicamente antes del concurso porque consideraba que yo tenía más posibilidades que él de ganar por mi relación con Ángel. Pero Ángel no estaba en el tribunal, por lo que no iba a participar en el concurso. ¡Qué angustias pasé en aquel trance! Me preparé a conciencia para la oposición: la exposición, la memoria docente, el currículo. Todo ello lo tenía que exponer públicamente delante de un tribunal de cinco profesores titulares y catedráticos. Y había mucha competencia. ¡Dios mío, qué preocupación y qué desasosiego! Me estarían observando no solo el tribunal, sino toda la facultad, porque la denuncia trascendió y fue motivo de “comidillas” y comentarios en el bar y en los despachos de la facultad. Cuando anunciaron la fecha del concurso público, dudé si presentarme o dejarlo correr por el mal ambiente que se había creado. Además, la semana previa al concurso me quedé sola en casa, pues Ángel se fue a un congreso. Me enfrenté sola a mis fantasmas. Me fui a pasear por la playa de Ribes Roges para tomar una decisión. Frente al mar, en el monumento de la Pasifae, decidí ir a por todas. Me dije: “Norminanda, tienes que ir a esa oposición”. Y mirando las olas que iban y venían, pensé: “No te hundas... Tienes que flotar como un corcho. Estás preparada, sabes más del tema que todos los que se presentan”, porque la plaza era en comunicación audiovisual y educación, en lo cual había estado trabajando durante varios años de docencia en la Facultad de Ciencias de la Educación. Así que me decidí: “Voy a por todas... y sea lo que Dios quiera”. Me presenté segura delante del tribunal y aunque tuve algún voto en contra, porque encima me puse a discutir con un catedrático sobre publicidad engañosa, me convertí en profesora titular y funcionaria. ¡Ya tenía un trabajo para toda la vida!, algo que había soñado siempre desde que acabé la carrera de periodismo. Además, había competido con otros profesores que consideraba muy buenos.

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

Fue un gran triunfo. Me sentí muy satisfecha y recompensada por el esfuerzo. Nuestra situación económica mejoró considerablemente, pues ahora teníamos dos sueldos como profesores titulares.

LA ADOLESCENCIA: UN MAL TRAGO

La situación económica de la familia se estabilizó, pero con la adolescencia de nuestra hija todo volvió a zozobrar de nuevo. Habíamos pasado unos años de tranquilidad, pues la vida pasaba sin grandes sobresaltos. Ángel y yo tardábamos una hora de ida y otra hora de vuelta casi todos los días para llegar a la UAB. Mientras tanto, Mar-Elia estaba en el cole, donde pasaba casi todo el día porque se quedaba a comer y salía a las 5 de la tarde. Entonces la llevaba a clases de música, donde aprendió a tocar la flauta, y a clases de inglés, o se quedaba en el cole y hacía extraescolares de cocina, costura, etc. Luego ya volvíamos a casa por la tarde noche. Su rendimiento escolar era bueno. Las notas que traía decían “progresó adecuadamente”. Con el tiempo, ella nos ha reprochado que no tenía tiempo para jugar porque procurábamos tenerla ocupada, aprendiendo todo tipo de cosas, en vez de quedarse delante de la tele sin hacer nada. Siempre procurábamos dosificar su dieta de exposición a la tele y educarla en un uso crítico y analítico de los medios. Si se aburría, le decíamos: “Espabila y búscate la vida”. Y tanto que se la buscaba: miraba cuentos, hacía unos dibujos preciosos, ropa para las muñecas, juguetes o jugaba con sus muñecas, quitándole y poniéndole vestidos, cortándole el pelo a las barbies, maquillándolas. Eso sí, cenábamos juntos, con la tele apagada para poder hablar e intercambiar impresiones del día.

Los fines de semana, que comenzaban el viernes por la tarde, los dedicábamos a ir a cenar los tres juntos por ahí y a ir al cine, a El Bosque, que entonces estaba en la Rambla de Vilanova (ahora se ha convertido en una franquicia de Zara). No nos perdíamos ningún estreno de Disney. Nos deleitábamos con la música, los dibujos y los valores de películas como *El rey león* (1994), donde además de ser una obra audiovisual muy rica, descubríamos juntos valores como la solidaridad, la lucha por la paz, el trabajo en equipo y la unión familiar. Considerábamos que ese tipo de cine, además de entretenernos, transmitía unos valores que podían ser útiles en la educación de nuestra hija. También disfrutamos mucho viendo juntos *El libro de la selva* (1994), especialmente el personaje de Baloo, que nos enseñaba que somos una parte más de nuestro planeta, que la familia es algo más que la sangre, que la naturaleza está para disfrutarla y que el rencor puede destruir vidas. Nos gustó tanto que compramos la película en VHS para seguir disfrutándola en casa y la novela de Rudyard Kipling en que se había inspirado la película. Ángel se la leía a la Mar-Elia antes de ir a dormir.

La lectura en voz alta de cuentos clásicos y modernos era un ritual que Ángel practicaba cada noche con Mar-Elia, pues mejora las capacidades intelectuales de los niños y es beneficiosa también para los adultos. Mar-Elia llamaba a Ángel: “Papá, ¿qué cuento me vas a leer esta noche?”. Y Ángel elegía uno cualquiera, por ejemplo del libro *Mil años de cuentos*, y comenzaba: “Había una vez...”, tres palabras suficientes para transportar a Mar-Elia al mundo mágico del cuento y a sus sueños de niña.

Pero la película que más veces vio Mar-Elia en casa fue *Peter Pan: regreso al país de Nunca Jamás* (2002). En esta los niños se lo pasaban pipa jugando sin control de ningún adulto. Su argumento comienza cuando Peter Pan se acerca a la ventana a oír las aventuras que Wendy

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

Darling lee a sus hermanos pequeños sobre el Capitán Garfio. Esa noche comienza la aventura de Wendy y sus hermanos en el País de Nunca Jamás. Y Mar-Elia se dejaba llevar una y otra vez a ese paraíso fantástico de “juguesca” permanente.

En las vacaciones los tres juntos viajábamos con nuestro todoterreno, *El musso*, a Cabo Norte, Suecia, Finlandia, Alemania, España, el Pirineo, islas Canarias. Un día, en la playa, en Lanzarote, mi hija me dijo que ya no se lo pasaba bien con nosotros, que ya no quería venir de vacaciones con nosotros y ahí empezó a cambiar su actitud. Su rendimiento escolar también bajó mucho: de ser una niña que le gustaba aprender e ir al cole, empezó a sacar malas notas, a tener problemas con algunas compañeras y a relacionarse mal con algunos profesores, sobre todo con el de matemáticas y con la de catalán. También empezó a salir con sus amigas por ahí y a relacionarse con chicos de su edad. Su mayor preocupación era el pelo: se lo alisaba, se lo cortaba, se ponía productos para controlarlo, se maquillaba. Su mayor desasosiego pasó a ser su imagen, su identidad, la ropa que se ponía, el pelo, salir con las amigas y amigos.

Y es que la adolescencia los cambia por completo. Es una etapa de la vida muy complicada, en que cada dos por tres había discusiones y conflictos, sobre todo con Ángel, que decía que con la adolescencia nuestra hija “se había vuelto loca”. Ese periodo tan complicado en la vida de un adolescente lo recuerdo como una etapa de tormentas y dramas familiares. Intensos problemas emocionales y conductas que no entendíamos de nuestra hija. Eran dificultades de entendimiento constantes, padre e hija, madre e hija, inestabilidad emocional de Mar-Elia. Yo tenía miedo de que tuviera conductas que nosotros considerábamos de riesgo: relaciones sexuales prematuras, beber alcohol y drogas. A nivel físico cambió de niña a mujer, y a nivel psicológico parecía que se estaba construyendo a sí misma en contra nuestra. Empezó a salir hasta las tantas de la noche... y yo no podía dormir hasta que regresaba. Creo que en esa época empezaron mis problemas con el sueño. Ángel reaccionaba a su conducta de manera autoritaria y yo trataba de comprenderla, pero tenía miedo de que le pasara algo, de que se liara con la persona equivocada. Tenía mucha preocupación porque no quería leer ni tenía ningún interés por aprender, estudiar o trabajar. La veía desmotivada y su rendimiento escolar era muy bajo. Entonces me reprochaba habérselo dado todo y haberla criado entre algodones por ser hija única. Me venía a la mente la imagen de los adolescente que se difundía en los medios de comunicación de principios del siglo XXI: invulnerables, autosuficientes, conflictivos y transgresores. Me decía constantemente: “¿En que nos habíamos equivocado en su educación? ¿Qué habíamos hecho mal?”. Pensaba que yo era más permisiva que mis padres. Pensaba también que no éramos unos padres indiferentes a la educación de nuestra hija, aunque tanto Ángel como yo dedicábamos mucho tiempo a nuestra profesión. La habíamos dejado mucho tiempo en el cole, delegando su educación y formación en los maestros, delante de la tele durante horas, por lo que otros habían influido en ella. Yo era muy indulgente y Ángel exigía más. Veía que se dejaba guiar por sus amigos/as, por sus iguales. Nuestros valores poco tenían que ver con los que ella cultivaba: valores hedonistas y postmaterialistas. No podía controlar sus amistades y tampoco los programas de televisión que veía o con quien chateaba. Empezó a relacionarse por SMS y a chatear con gente que no conocía. Todavía no había redes sociales tan potentes como ahora, pero ya empezaba el rollo de internet. Era un sinvivir. La comunicación padre-madre-hija se deterioró bastante y su transición a la edad adulta la veía muy complicada. Por otro lado, veía que también era alguien con iniciativa, buena persona, cariñosa con nosotros y considerada, que nos tenía en cuenta —bueno, a ratos—, con valores cívicos, y con mucha capacidad para la estética y el arte. Además, era comprometida, pues participó en las protestas que se hicieron en contra de la situación de deterioro de la democracia, movimiento que sacó a

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

la calle a miles de jóvenes, llamado Movimiento 15-M. Aun así, y a pesar de los conflictos que vivimos y de los problemas que tuvimos que afrontar, nunca rompimos los puentes de comunicación con ella. Nunca nos desvinculamos totalmente de su vida, aunque el camino a la edad adulta fue difícil y complicado.

BECAS PARA IR A BRASIL: CAMBIO DE PAÍS Y DE VIDA

A nivel profesional, tanto Ángel como yo habíamos evolucionado mucho. Nos dedicábamos en cuerpo y alma a la docencia, a la gestión y a la investigación. Habíamos publicado bastante y ampliado nuestros conocimientos sobre la comunicación. No obstante, yo empecé a pensar que nos convendría un cambio de aires para ver qué se cocía en otros países, cómo se enfocaba la investigación a nivel latinoamericano, qué materias se investigaban, cómo se afrontaba la labor docente. Por eso, se nos ocurrió pedir un proyecto de colaboración científica España-Brasil, que incluía varias becas del Ministerio de Educación y Ciencia para ir a hacer una estancia de un año en otra universidad como profesores visitantes. Internacionalizarnos como investigadores. Concretamente, pedimos las becas para ir a estudiar e investigar a la Universidade Federal de Mato Grosso do Sul (Brasil), porque conocíamos a una profesora, Ruth Viana, que había estado en nuestro laboratorio, el LAICOM (Laboratorio de Análisis Instrumental de la Comunicación), en la UAB. Ella nos animó a ir a Brasil. Nos aceptaron el proyecto y nos dieron las becas, a los dos, y al Lluís Mas y a otros profesores, lo cual dio un giro a nuestras vidas, pero especialmente a la de nuestra hija. Eran unas condiciones económicas muy buenas, pues aparte de las becas podíamos conservar nuestro sueldo de profesores en la UAB.

Le planteamos a la Mar-Elia la oportunidad de venir con nosotros a Brasil, pero estaba al final del bachillerato, y había suspendido catalán, por lo que no se podía presentar a la selectividad en junio. Si no aprobaba en septiembre el catalán, se quedaría en el más absoluto vacío, sin saber qué hacer. Así que la convencimos para que viniera con nosotros y pedimos plaza en la Universidade Federal de Mato Grosso do Sul (UFMS) para que ella estudiara artes en la facultad. Ya estudiaría catalán en Brasil para poder aprobar esa asignatura en septiembre. Hicimos las maletas, que llenamos de libros y ropa, y nos trasladamos toda la familia de Vilanova a Campo Grande, la capital del estado de Mato Grosso do Sul, en el centro-oeste de Brasil. La economía de Campo Grande está basada en la ganadería, el comercio y la industria de alimentos. Es una ciudad cercana a Paraguay, Bolivia y Pantanal, de casi un millón de habitantes. Una ciudad con un clima tropical extremo para nosotros, caliente y frío, lo que quiere decir que su temperatura puede ser de -1 grado y subir a 40 grados. Todas las casas están preparadas para el calor intenso, pero no para el frío que viene de La Pampa. Es la ciudad tropical donde hemos pasado más frío en nuestra vida, porque las ventanas no cierran y no hay estufas ni mantas para protegerse.

Llegamos en octubre, en pleno verano tropical. Buscamos un piso para vivir los tres en una zona buena de la ciudad, en un “condominio” protegido por una valla, con un portero que estaba las 24 horas del día y te abría la puerta como si fueras un señor. Tuvimos que amueblar con lo que pudimos el piso y una vez instalados fuimos a la universidad a contactar con los profesores. Pero nuestro enlace allí, la Ruth Vianna, no nos facilitaba ningún encuentro ni ningún contacto. Nos quería solo para ella. Al final nos enteramos por su hija de que tenía un trastorno bipolar, afección del estado de ánimo que puede provocar cambios de ánimo intensos. A veces estaba extremadamente animada, eufórica y otras se sentía deprimida, triste y con manías extrañas.

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

Unos días era encantadora y te ayudaba en todo, otros se sentía deprimida y te cerraba las puertas a todo. También quisimos iniciar la investigación en Pantanal para la que nos habían dado las becas, pero tampoco le pareció bien. Intentó impedir que fuéramos allí a entrevistar a los pescadores, que era el inicio de nuestro trabajo de campo.

Así que durante los primeros días en Campo Grande ya estábamos preguntándonos qué hacíamos allí. Nos queríamos volver a nuestra tierra. Pero al margen de Ruth, contactamos con otros profesores, como Edson Silva, que nos ayudó bastante a instalarnos y nos puso en contacto con gente interesante para nuestra investigación. Ruth, cuando estaba de buenas, también nos contactó con Hermano de Melo, un veterinario ya maduro, alumno de periodismo, que nos avaló para alquilar el piso allí en Campo Grande y nos puso en contacto con Eduardo Romero, que era un activista medioambiental, periodista y miembro de la Asociación ECOA (Ecología y Acción) y conocía bien Pantanal. Él también nos orientó para el inicio de la investigación *in situ* y nos proporcionó buenos contactos.

Mar-Elia empezó a ir a la universidad, a la Facultad de Artes, y parece que se integró bien. Hizo amigos y allí conoció a Fernando, del que se enamoró locamente y finalmente se fue a vivir sola a una habitación cerca de donde él vivía. También hizo amistad con Cicero, con el que congenió después y se convirtió en su marido. Estuvieron conviviendo durante 11 años y tienen una hija: nuestra querida nieta Frida. Pero no adelantemos acontecimientos y vayamos por partes.

Al poco de instalarnos Ángel, Mar-Elia y yo en Campo Grande (Brasil), llegó Lluís Mas, que también venía con beca para hacer una estancia en la UFMS. Eso nos animó para iniciar la investigación sobre los pescadores de Pantanal y a tirar “palante” el trabajo de campo que teníamos previsto hacer allí. Decidimos saltarnos a Ruth e iniciamos todo el proceso de contacto y planificación de las entrevistas en Corumbá con investigadores, empresarios, pescadores, funcionarios, etc. Habíamos previsto reservar en un hotel de Corumbá, ya que Ruth no hacía ninguna gestión con la UFMS.

Cuando lo teníamos todo preparado se lo explicamos a ella. Le dijimos que ya lo habíamos organizado todo, y teníamos las fechas y los horarios para encontrarnos con los contactos. Asimismo, si quería, nos podía ayudar, aunque si por la razón que fuese (porque en aquel momento no entendíamos qué pasaba con ella) no nos podía ayudar, en lugar de ir a la base de Pantanal, nos alojaríamos en un hotel en Corumbá.

Se enfadó muchísimo. Nos dijo que no podíamos hacer eso, pues la desautorizábamos. No recuerdo bien las razones que nos dio, pero no nos parecieron convincentes. Así que parecía que habíamos roto las relaciones con ella.

Sin embargo, al día siguiente nos llamó y nos dijo que no nos preocupásemos, pues ya lo había gestionado todo y podíamos alojarnos en la Base de Estudios de Pantanal sin problemas. Esta base está en el corazón de Pantanal y es utilizada por los investigadores y doctorandos para hacer sus trabajos de campo sobre los temas más variados, como anatomía vegetal, fitosociología, florística, ecología e interacción insectos-plantas, etc. Era un sitio ideal para hacer las entrevistas a los pescadores de Pantanal, recopilar los datos *in situ* y realizar la investigación para la que el Ministerio nos había dado las becas. Así que Lluís Mas, Ángel y yo planificamos bien todas las entrevistas y el trabajo de documentación previa sobre el estudio que teníamos que hacer allí. Alquilamos un coche, y carretera y manta hacia Pantanal de Mato Grosso do Sul y Bolivia. Durante el viaje de unas 5 horas descubrimos el paisaje del Cerrado, prados verdes

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

inmensos donde pastan las vacas y tierra roja con un matorral espeso y árboles repletos de flores rosas y amarillas, así como enormes haciendas con interminables campos sembrados de soja, maíz, caña de azúcar, algodón. En el camino atravesamos ríos como el Miranda y el Aquidauana, donde en sus orillas tomaban el sol unos “jacarés” (caimanes) enormes, con la boca abierta para ajustar el calor de sus cuerpos. Y “ariranyas” (nutrias gigantes) que jugaban alegremente en sus aguas. Por el camino, también descubrimos unas aves que parecían cigüeñas: los “tuyuyus” y las “emas” (emús), que son como avestruces, pero más grandes, y sus perfiles se recortaban en el horizonte como si fuesen fantasmas zancudos.

TRABAJO DE CAMPO EN CORUMBÁ Y PANTANAL

Tras deleitarnos con el paisaje, llegamos al corazón de Pantanal, a Corumbá. La ciudad está situada a orillas del río Paraguay, cercana a la frontera con Bolivia. Es el primer puerto fluvial del estado de Mato Grosso do Sul y uno de los más importantes del mundo. La recopilación del trabajo de campo se hizo en Corumbá (del 13 al 18 de febrero de 2009) época del final de la “piracema”, una veda o parada ecológica. En ese periodo los pescadores están más desocupados y nos podían atender mejor. Realizamos un total de 16 entrevistas a pescadores de la Colonia de Corumbá, también a biólogos e investigadores (como el Dr. Agostinho Catella), técnicos de medioambiente, empresarios del sector turístico, ecologistas y políticos de Corumbá. Y, por supuesto, también dedicamos mucho tiempo a la observación directa del ámbito de trabajo de los pescadores.

Tras el análisis de los resultados, comprobamos que los pescadores tradicionales se estaban quedando desfasados respecto al turismo de pesca, ecoturismo, pesca a gran escala. Mientras los pescadores turísticos disponían de 74 barcos, el puerto pesquero de Corumbá se componía de unas pocas chalanas, muy precarias, de tamaño mediano y con escasos medios; y tampoco disponían de estructura alguna para comercializar el pescado. Además, las autoridades les habían reducido las capturas, por las leyes conservacionistas, lo que hacía que para sobrevivir los pescadores tradicionales tenían que mantener conductas ilegales, es decir, usaban redes, aunque solo se les autorizaban anzuelos y sedales.

En Corumbá estaba de moda el ecoturismo y los políticos apostaban por él. De hecho, un setenta por ciento de los pescadores artesanales ya se estaban pasando a trabajar en la pescatismo. Así que tras el diagnóstico global de la situación precaria de los pescadores en el estudio propusimos un plan de comunicación para solucionar el problema. Con toda la información recopilada, escribimos un libro que íbamos construyendo durante las largas tardes-noches de Campo Grande. Allí el sol se pone a las 6 de la tarde y se cierra todo: calles, almacenes, tiendas. Hasta los bares bajan las persianas y la soledad lo inunda todo. No es agradable estar en la calle, así que nos íbamos a casita a escribir. El libro lo publicamos en 2011, con un título rimbombante: *El papel de la inclusión comunicativa sobre el potencial de desarrollo. Análisis comparativo de las comunidades de pescadores del litoral catalán con las del río Paraguay* (2011), y fue firmado por Ángel, yo, Lluís Mas y también Ruth Vianna. En el libro analizamos mediante el estudio de caso la situación de inclusión-exclusión comunicativa y comparamos dos comunidades de pescadores bien distantes una de otra, pero con problemas muy similares: una situada en Corumbá y otra en Vilanova i la Geltrú, en el litoral mediterráneo. Ambas estaban y están viviendo una crisis económica por el agotamiento de los recursos pesqueros, por el cambio de la pesca artesanal a la pesca turismo, por la escasez de pescadores

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

jóvenes y comprobamos cómo estaba afectando esta crisis a su desarrollo y a su vida diaria. Además, detectamos que estaban sufriendo una situación de exclusión comunicativa.

PANTANAL, LA MAYOR PLANICIE INUNDABLE DEL PLANETA

A través de esta investigación y durante nuestra estancia en Campo Grande, Mato Grosso do Sul, también descubrimos Pantanal, el humedal más grande del mundo y uno de los ecosistemas de agua dulce más ricos de la tierra en biodiversidad de flora y fauna. Fuimos por primera vez en la época lluviosa, entre diciembre y mayo, cuando el nivel del agua sube hasta cinco metros más que en la estación seca. Allí se producen inundaciones y humedales enormes, donde los peces se multiplican. Lluve intensamente durante días, lo que hace que crezcan los ríos Paraguay, el río Cuiaba, Taquari, río Miranda y se desbordan produciendo un delta interno y grandes humedales en el que vuelcan sus sedimentos. Pantanal también es el hogar de miles de especies de flora y fauna, entre las que se encuentran el jaguar, el tapir amazónico, la anaconda, el jacaré (unos 10 millones), la capibara, la nutria gigante, la iguana, el oso hormiguero, el mono negro aullador, el tucán y el guacamayo, entre otros miles de aves, mamíferos, peces, etc. Según los científicos, hay más de 3500 especies vegetales conocidas: la mayor diversidad del planeta. La belleza de Pantanal es espectacular, pues desde la carretera Transpantaneira y en cada puente que cruzas hay charcas rodeadas por miles de “jacarés” (caimanes) tomando el sol. Asimismo, durante el viaje puedes observar diversas especies de plantas, mariposas, insectos, aves, serpientes, reptiles, peces y mamíferos. Los animales más temidos son la “onça” (el jaguar) y la anaconda, que —según dicen las malas lenguas— puede comerse una vaca entera. En cambio, el más admirado y protegido es el paraba azul o guacamayo, en portugués la “arara” azul, que está en peligro de extinción. Es un verdadero paraíso ecológico con más de 3500 especies vegetales y 650 especies de aves tropicales. Es un “santuario de vida salvaje sin igual en el mundo”. Sin embargo, también es un ecosistema amenazado por la pesca furtiva, la pesca deportiva, el turismo y las actividades agrícolas.

Durante nuestra estancia en la Base de Estudos do Pantanal fuimos a pescar pirañas con el señor Geraldo. Con los pies sumergidos en el agua, vimos ponerse el sol en el lago, y las aguas y el cielo se tiñeron de un color naranja intenso. Estábamos cagados de miedo y rodeados de “jacarés”, pero logramos una buena pesca. El señor Geraldo nos decía que no teníamos que tener miedo de los jacarés, pues “o jacaré so come peixe”. Cuando llegamos a la base, el señor Geraldo llamó a los jacarés y les echó la mayor parte de las pirañas que habíamos conseguido pescar en la laguna. Algunas pirañas quedaron para la cena. Después fuimos a ver el espectáculo nocturno de los millones de jacarés que con sus ojos brillantes iluminaban la noche pantaneira, como si fuera la vista panorámica de una gran ciudad al anochecer. Luego fuimos a cantar *La chalana* y a ver las miles de estrellas que brillaban en el cielo de Pantanal.

También recorrimos el río Paraguay a su paso, a pocos kilómetros de la Base de Estudos do Pantanal, en Corumbá, que es el segundo mayor río de la Cuenca del Plata. Su curso es enteramente navegable y es la segunda vía fluvial del continente en longitud tras el río Amazonas. Subidos los cuatro en la canoa de madera con el señor Geraldo y acompañados por miles de aves, pudimos ver nutrias gigantes y lirios de agua, así como diversos barcos de pesca turismo, que surcan sus aguas durante una semana para que pescadores aficionados de Sao

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

Paulo puedan pescar pacús, dorados, pirañas y navegar tranquilamente por sus aguas. El río Paraguay es también fuente de actividad comercial, en forma de riego para la agricultura y pesca. Es el soporte de una forma de vida de un gran número de pescadores pobres, que viven a lo largo de sus riberas y obtienen la mayoría de sus ingresos de la venta del pescado en los mercados locales de Corumbá, Ladario, Cáceres. Ellos mismos lo explicaban durante las entrevistas que hicimos en la colonia de pescadores de Corumbá, durante nuestro estudio de campo.

Al volver a Campo Grande, nuestra vida siguió con algunos sobresaltos, motivados sobre todo por la adolescencia de Mar-Elia y el choque con una cultura muy permisiva en lo sexual, donde el concepto de familia es en forma de clan. Los niños y niñas crecen en libertad, “asalvajados”, en un momento en que Mar-Elia estaba construyendo su identidad. Ángel y yo empezamos a preocuparnos por las salidas de nuestra hija, con quién se relacionaba, dónde iba, qué compañías frecuentaba en la universidad. Los conflictos y las discusiones no paraban de crecer. Un buen día Mar-Elia dijo que quería trasladarse a vivir a la universidad porque nuestra casa estaba muy lejos y perdía mucho tiempo en los viajes. Aceptamos su necesidad de independencia con tristeza, pero fuimos con ella a buscar una habitación. La encontramos cerca de donde vivía Fernando, uno de sus compañeros con el que hizo amistad, y allí se fue. Nosotros le facilitamos su independencia con todo el dolor de nuestro corazón. Pero ya tenía 18 años y parecía que había llegado el momento de “soltar amarras” e independizarse. Tenía que seguir su camino y hacer su vida, aunque nosotros seguíamos pagándole el alquiler y la manutención para que pudiera dedicarse a estudiar. Pero estudiar..., estudiar..., estudió poco. Sí entabló una relación con Fernando, se enamoró localmente de él y aunque volvió con nosotros a España, llorando todo el camino por dejar a su amor, logró traerlo a España. Se casó con él y se pusieron a vivir juntos en Vilanova. El matrimonio solo duró un año porque resulta que el brasileño era un maltratador, así que finalmente lo dejó y se divorció de él.

Durante el año que vivimos en Brasil nuestra familia se vio alterada sustancialmente y sufrimos de lo lindo el alejamiento de nuestra hija y su relación con Fernando. En silencio soportamos lo que se ha dado en llamar *el síndrome del nido vacío*, una sensación enorme de soledad y de abandono. Lloraba por cualquier cosa y me culpaba del alejamiento de nuestra hija. Nuestra vida transcurrió entre la Universidad Federal de Mato Grosso do Sul, el Parque das Nações Indígenas y los largos viajes a diferentes lugares de Brasil, como Pantanal, Manaos y Belén, Río, Bahía, Fortaleza, Brasilia, Cuiabá, Natal, Belo Horizonte, Sao Paulo, Recife, Sao Luis, Aracajú, Jericoacoara. Un sinfín de idas y venidas por el estado de Brasil, que es inmenso y bellissimo y el más grande del hemisferio sur. Así pudimos paliar un poco la tristeza y el sufrimiento que nos produjo la independencia de nuestra hija y su relación con Fernando. Cuando explicábamos los viajes en alguna de las fiestas que organizaban los profes de la UFMS o Eduardo Romero, y contábamos adónde habíamos ido, nos decían que conocíamos mejor Brasil que muchos brasileños que no podían viajar tanto por el precio de los billetes de avión. Pero se acabó la estancia y las becas, por lo que había que volver a Vilanova y retomar nuestro trabajo en la UAB. Dejábamos Brasil. Un año que marcó nuestras vidas para siempre y Campo Grande se convirtió en nuestra segunda casa, donde hicimos amigos, logramos investigar, escribimos varios artículos y un libro, y conocimos a gente interesantísima con la que aún hoy seguimos teniendo una relación profesional y de amistad: Gerson Martins, Edson Silva, Tania Montoro, Armando Bulcao, Mario Fernandes, Eduardo Romero, Marcelo Cancio y tantos otros que nos aportaron tantas cosas y que contribuyeron a la investigación sobre valores humanos que iniciamos allí, en la UFMS, y que logramos seguir aquí en la UAB.

REGRESO A LA UAB EN PLENA CRISIS DE LAS HIPOTECAS

En el 2010 regresamos los tres a España. Convencimos a Mar-Elia para que volviera con nosotros. Nos costó mucho convencerla porque ya había creado un vínculo fuerte con Fernando y se quería quedar en Brasil. Pero no tenía nada, ni trabajaba, ni estaba estudiando, ni tenía casa. Así que se subió llorando al avión de vuelta a casa y no paró en todo el viaje. Nosotros respiramos, porque era muy doloroso pensar en dejarla allí sola, en un país extraño, sin nada, sin familia. Casi la tuvimos que arrancar de los brazos de Fernando, pero logramos convencerla y volvimos los tres a casa.

Volvimos en pleno estallido de la burbuja inmobiliaria, la crisis financiera mundial que hizo caer en la bancarrota a los bancos y su posterior rescate a costa del dinero público. Encontramos un país empobrecido, con un nivel de desempleo alto y en recesión, lo que conllevaba un deterioro de la calidad de vida de las personas e hizo aumentar la pobreza y la desigualdad. Otra crisis más del sistema capitalista que se cebaba con las clases bajas empobreciéndolas y enriqueciendo a unos pocos.

En la universidad pública el Gobierno aplicó unos duros recortes, una disminución del gasto público que se tradujo en que nos quitaron las pagas extras a los funcionarios, nos rebajaron el sueldo un cinco por ciento y nos aumentaron las horas de clase porque también redujeron la contratación de profesores y subieron las tasas universitarias. Empeoraron las condiciones laborales y sociales. Hubo subida de impuestos en el IRPF, del IVA, el IBI, etc. El bienestar general se vio afectado, ya que la crisis se extendió más allá de la economía e impregnó a los ámbitos institucionales, políticos y sociales. A nivel político acabó con el bipartidismo del PSOE y el PP, lo que provocó que se repartieran el poder y surgieran movimientos como el 15M o la PAH (Plataforma de Afectados por la Hipoteca), que posteriormente dieron lugar a la creación de partidos como Ciudadanos o Podemos.

Aun así, y ante tamaña crisis económica y social, nosotros podíamos estar contentos porque seguíamos teniendo trabajo y un sueldo cada mes, aunque recortado. Volvimos a las clases, a la investigación, a la gestión universitaria, tareas que nos tenían ocupados todo el día.

Volvimos a la cotidianeidad... Mar-Elia no tanto. Se matriculó en la Escuela Massana para hacer escultura e iba y venía a Barcelona, y nosotros a la UAB, donde se respiraba una cierta tensión y un gran malestar por lo que estaba ocurriendo afuera. Mar-Elia no estaba contenta y echaba de menos a su amor, con el que seguía la relación a distancia. Así que hizo todo lo posible por traerlo a Vilanova y yo le ayudé a conseguirlo. No tardó mucho tiempo en venir. Le ayudé a arreglar el piso que su abuela al morir le había dejado, y una buena mañana de enero la acompañé en el autobús que nos llevaría al aeropuerto del Prat de Barcelona para esperar a su gran amor brasileiro que había dejado en Campo Grande. Ella estaba contentísima y yo muy preocupada por la situación, pero era lo que ella quería por encima de todo. Cuando llegó Fernando ambos se fueron al piso que le habíamos preparado y volvieron a estar juntos como quería nuestra hija. A mí se me heló el corazón porque de nuevo nuestra Mar-Elia se iba. Se separaba de nosotros para caer en los brazos de un chico que casi no conocíamos y del que no teníamos ninguna referencia. Me sentía culpable por haber contribuido a ese desatino. Se casaron en el juzgado de Vilanova para facilitar la estancia de él en España y para que pudiera trabajar como un ciudadano español.

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

Al principio parecía que todo iba bien. Mar-Elia seguía estudiando y contaba con algún trabajo temporal para sobrevivir, aunque nosotros seguíamos ayudándolos. Así fue durante un año, pero un buen día Mar-Elia llegó llorando a lágrima viva a casa lamentando el maltrato que le daba Fernando, por lo que se quedó con nosotros. No quería volver con él. Cuando llegó Fernando a buscarla, Ángel le dijo que se fuera, pues ella no quería verlo y que se fuera del piso. Y se fue. Así acabó el corto matrimonio de Mar-Elia y Fernando. Yo me ocupé de ir al juzgado a deshacer ese entuerto y logré el divorcio para nuestra hija poco después.

Nosotros seguimos con nuestra rutina diaria: trabajo, viajes a la Autónoma, reuniones, gestiones universitarias, más viajes a la Autónoma... y viajes a Brasil para seguir alimentando el programa de la cooperación científica España-Brasil.

En uno de los viajes a la UFMS, nos volvió a acompañar nuestra hija, que pronto volvió con sus amigos brasileños y encontró un nuevo amor: Cícero Rodrigues. Tras el final del programa científico volvimos a Vilanova. Y de nuevo a la rutina diaria. Pero Mar-Elia ya se había enamorado de nuevo... de un brasileño y de Brasil, adonde volvió de nuevo para empezar una nueva vida con Cícero. Se fueron a vivir juntos y alquilaron una vivienda en Campo Grande, en el barrio Os Ruixinóis. Con ellos se fue el Toni, de 5 añitos, al que su madre había dejado con Cícero para que lo cuidara, porque ella ya tenía otros tres hijos que alimentar. Así que la familia Rodríguez-Rodrigues empezó con tres y poco después vino nuestra nieta, la Frida, que llenó nuestras vidas de alegría y nos hizo olvidar los malos momentos que pasamos con la independencia de Mar-Elia. Así se formó una familia hispanobrasileña compuesta por cuatro miembros que nos ha proporcionado dos nietos, que son un encanto y un motivo de orgullo y nos ha convertido en abuelos, una nueva dimensión de nuestras vidas que nos introduce en la vejez. Pero una vejez activa, de la que a continuación hablaré.

LA VEJEZ, PERO... ¿QUÉ ES LA VEJEZ?

Cuando eres pequeña, el tiempo parece detenido y piensas que nunca te vas a hacer grande. En cambio, cuando eres mayor el tiempo vuela, pasa todo como una estrella fugaz. Miras para atrás y ves una foto y piensas que ha pasado un año o dos... y resulta que han pasado cinco o seis. O más. Cuando eres mayor, el tiempo se encoge y los años van desapareciendo rápidamente. Celebras el fin de año y poco después otro... y otro. Y de pronto... te ves en la oficina de Recursos Humanos tramitando la jubilación. Una jubilación deseada porque en las clases ves que hay una gran distancia entre tus alumnos y tú. Descubres que les pones ejemplos de películas que no han visto, de anuncios que se rodaron en los años dorados de la publicidad, o que usas expresiones que se utilizaban en tu juventud, y ves que ellos están en otra onda y tú también. Y encima te dicen: “Es que esto de las redes sociales no es de tu generación”. Y piensas: “Qué sabrás tú, si yo me di de alta en el Facebook hace 10 años y me abrí una cuenta en los principios de LinkedIn, y otra en WhatsApp y tengo un perfil en Twitter... y otro en ResearchGate... y otro en el Google Scholar... y...”. Y ves que no te escuchan. Que se pasan la vida pegados a la pantalla del móvil y que lo que tú les explicas les importa tres pepinos. Y es que ahora las clases presenciales son una tortura para los profesores, pues los alumnos durante la clase utilizan internet, se envían mensajes, leen noticias *online* o juegan a videojuegos con otros alumnos que están conectados.

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

Ante ese panorama me dije: “Pues sabes qué... que ahí os quedáis que yo ya he cotizado todo lo cotizable, durante 35 años o más de trabajo y al jubilarme podré cobrar el cien por cien y podré irme a mi casa cobrando una pensión digna”. Y ya estoy en ello. He pasado de ser “profesora titular de universidad” a ser “profesora titular jubilada”, y de ser “investigadora” a ser “investigadora senior”. Además, soy la secretaria de la Asociación Científica para la Evaluación y Medición de los Valores Humanos (AEVA) y socia fundadora. Y trabajo para que los valores humanos, sociales y educativos que están en crisis sean asumidos por la sociedad.

O sea, he entrado de lleno en la “jubilación activa”. ¿Y eso qué es? Pues que jubilarse no es irte a tu casa, ponerte delante de la tele, tragártelo todo, levantarte a la hora que te dé la gana... que también... aburrirte, convertirte en un mueble. La jubilación activa es poner tu experiencia al servicio de la gente, convertirte en mentora y trabajar para dejar el mundo un poco mejor de como lo encontraste cuando viniste a él.

Pero cuesta trabajo, porque tienes que empezar de nuevo y dejar la “zona de confort”, que tanto te ha costado conquistar, pues supone dejar la comodidad de la rutina diaria, de un trabajo remunerado y pasar a ser pensionista, cobrar bastante menos y luchar contra el prejuicio que hay sobre la gente mayor: luchar contra el edadismo. Y esa discriminación que sufren las personas cuando pasan de ser profesionales a jubilados la notamos Ángel y yo desde el primer día. Por ejemplo, cambió nuestra relación con la universidad. Al jubilarnos nos quitaron de las listas del correo de la facultad y del departamento. Nos eliminaron el local de nuestro grupo de investigación y ya no figuramos en ninguno de los eventos que se producen actualmente en la facultad. Nos hemos jubilado... y ya nos dan por muertos... ¡Pero no, señor...! Nos negamos a esa actitud edadista de nuestra institución. Nos hemos ido a donde sí que nos quieren mucho... a Brasil. Allí figura de nuevo bien vivo nuestro grupo de investigación (el LAICOM) al mando del profesor Gerson Martins y nosotros estamos como miembros “investigadores seniors” en el CNPq de Brasil.

Así que seguimos luchando, investigando, publicando y activos hasta que “venga a buscarnos la parca”. Rodeados de gente joven que nos ayuda en este activismo y en esta huida hacia adelante. En esta nueva aventura nos acompañan grandes personas, antiguas alumnas y alumnos como Marisol Ruiz, Paulina Guajardo, David Badajoz, Adriana Hernández, Cecilia Morales, Mariela Carvahillo, Cris Ladaga. Jóvenes estudiantes de doctorado, exalumnos/as que han decidido seguir trabajando a nuestro lado y ayudarnos a conseguir nuestros objetivos de mejorar el mundo dentro de nuestras posibilidades. Y también profesoras como Elaine Lopes, Lissa Ferreira, Armando Bulcao, Maite Soto, Rosa Torres, Juan Mejía, Cecilia Morales, Gerson Martins, Jaime Alberto Orozco, Carmina Williams, Patricia Lazaro, Rafaella Peres.

Este activismo no quita que al entrar en la tercera edad en que te pueden llamar *viejo*, *anciano*, *gente mayor*, *yaya* o *yayo* entras en otra dimensión de la vida. Y como tienes más tiempo para pensar y mirarte al espejo, ves que la juventud ha desaparecido de tu rostro, que tienes arrugas en la cara, los ojos, la boca, el cuello, las manos; y la piel está teñida de infinidad de manchas por todos lados, que los músculos de los brazos son flácidos, que tu pelo está lleno de canas, y que tu cuerpo no responde igual al subir escaleras que cuando tenías 20 años. Como dicen Juanjo Millás y Arsuaga: “No hay cosa peor que tomar consciencia del cuerpo, que averiguar que eres un cuerpo, pues de inmediato, junto a esa información, aparece un inventario de limitaciones y patologías posibles” (2022). Y te vienen todo tipo de dolores, temores y, por supuesto, el miedo a las enfermedades, a la discapacidad, a no valerte por ti mismo. El miedo a

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

la muerte. Y empiezas a pensar en aquel dolorcillo en la parte derecha de la cabeza y en el de la cadera derecha, y en el de la rodilla derecha. ¿Y qué pasa con el dolor en la izquierda del pecho a la altura de la costilla? ¿Y ese hormigueo y calentura del tobillo derecho? ¿Y esas horas de insomnio dando vueltas alrededor de la mesa del comedor? Y te formas una opinión negativa de tu estado de salud, de cómo estará mi corazón, si soportará un infarto, si mis pulmones responderán adecuadamente al covid-19 si lo pillo, si mis músculos responderán al ejercicio de caminar y nadar a diario, y si tengo acumulada una gran cantidad de grasa en mi cintura cómo afectará a mi salud, al nivel del colesterol malo... ¡Uf..., qué mal rollo! He de decir que pienso a menudo en diversas enfermedades y me hago un diagnóstico personal. Me digo: “¿Cuándo vendrá la parca? ¿Cuál será el motivo de mi muerte? ¿Cuántos años de vida me quedan? ¿Me moriré de vieja? ¿Mi edad biológica coincide con mi edad cronológica?” Pienso si mi edad biológica será de 40 años y me siento bien, pero ya soy vieja y algunos de mis coetáneos ya se han ido al otro mundo.

Tengo 68 años y me siento mayor, pero no vieja. Además, la vida de las personas es solo un segundo comparado con los años que tienen las montañas, los ríos, los árboles. La vida humana es un suspiro. Pero me levanto con ligereza. Por la mañana dejo la cama rápidamente pensando en todo lo que tengo que hacer durante el día: leer, escribir, nadar, caminar, cocinar... y cuidar de mí misma y de Ángel. Aquí en Bellaterra hemos cambiado nuestros hábitos alimenticios: comemos sano, sin vino en las comidas, pocas grasas saturadas, mucha fruta y verdura y mucha actividad. Y el estado de ánimo arriba... arriba. Así que el sistema de defensa contra todo tipo de enfermedades está a tope, y así lo siento a veces. Luchamos cada día para disfrutar de una longevidad saludable como la del tío Manolo, que ya ha cumplido 90 años y está “hecho un mulo”. Así que vamos haciendo, pero todo de prisa, de prisa, que no nos queda mucho tiempo... Soy consciente también de que no somos inmortales y de vez en cuando me viene a la memoria el poema *Retrato* de Antonio Machado, en las últimas estrofas que dice:

“Y cuando llegue el día del último viaje,
y esté al partir la nave que nunca ha de volver,
me encontraréis a bordo ligero de equipaje,
casi desnudo,
como los hijos de la mar”.

Y tienes que luchar contra esa tendencia de los viejos a considerar que “cualquier tiempo pasado fue mejor”. Y es que la sociedad aprecia lo nuevo. La juventud mueve el mundo y desprecia la experiencia, lo viejo, la tradición. Los viejos activos tenemos que luchar contra esa tendencia social que relaciona la vejez con la ineptitud, la enfermedad, la improductividad, la dependencia y hasta la fealdad. Los valores que actualmente imperan son los de la juventud, la belleza, la novedad...

También tenemos que luchar contra la teoría del desapego, según la cual a medida que el sujeto envejece, se produce una reducción de su interés vital por las actividades y cosas que le rodean, lo cual va produciendo un sistemático apartamiento de toda clase de interacción social. No es nuestro caso. Bueno, ocurrió ese distanciamiento social en tiempos de pandemia, el covid-19, que nos cambió la vida durante el 2020 y el 2021, y nos dejó reclusos y aislados en casa por orden gubernamental. Pero ahora de nuevo, con la vuelta a la normalidad, cada fin de semana vamos a ver a nuestra querida familia: hija, nietos, tíos, primos y amigos. Sorteamos los atascos que a menudo se producen en la AP-7 y vamos a Vilanova. Y comemos con toda la familia y nos reímos y hablamos de lo divino y lo humano en el “huerto del tío Manolo”, que es nuestro lugar de encuentro familiar.

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

Tampoco me es ajena la situación apocalíptica que estamos viviendo con la pérdida de biodiversidad, el cambio climático, la guerra de Ucrania, el hambre en el mundo, la inflación, la violencia en Europa y en el mundo, especialmente en Estados Unidos, donde cualquiera puede coger un arma y cargarse a niños, compañeros de instituto y personas que pasaban por allí. Y esta violencia humana intrínseca que algunos seres humanos llevan dentro está siendo alimentada constantemente en películas y series de televisión y videojuegos. Además, tampoco soy ajena del peligro y del riesgo que supone el uso de armas atómicas en poder no solo de Rusia o Estados Unidos, sino que unos 30 países en todo el mundo disponen de ellas, las cuales pueden acabar con la humanidad. Me preocupa mucho el presente y el apocalipsis que se anuncia cada día desde los medios de comunicación. Aunque nuestro futuro ya es corto, me da mucha pena pensar en lo que les espera a nuestros hijos y a nuestros nietos: una nueva guerra fría, una era en que la violencia, el enfrentamiento, las armas nucleares acaben con la humanidad. Pienso vaya mierda de mundo que hemos creado y que dejaremos como herencia a nuestros hijos y nietos.

Sin embargo, tampoco hemos perdido nuestras ganas de estudiar y de aprender. A eso nos dedicamos durante la semana en Bellaterra, que es como un monasterio: un lugar para el recogimiento, la investigación y el estudio. También les echamos un vistazo a las estadísticas sobre la esperanza de vida en España, que indica que en los hombres ha pasado de 75.4 a 80.9 desde 1999 a 2019, y la de las mujeres de 82.3 a 86.2 años, según el INE. O sea, todavía tenemos margen para seguir dando la lata, envejecer dignamente, “hacerse leñoso” como un tejo o un olivo, seguir desafiando al tiempo y a la muerte... y poder vivir sano, aunque con achaques, durante muchos años más y escribir y escribir, porque escribir es volver a vivir...

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

BIBLIOGRAFÍA

- Barthes, R. (1971). *Elementos de semiología*. Editorial Visor.
- Borrat, H. (1989). El periódico. Actor del sistema político. *Anàlisi: Quaderns de Comunicació i Cultura*, (12), 67-80.
- Candel, P. (1964). *Els altres catalans*. Edicions 62.
- Capote, T. (1966). *A sangre fría*. Editorial Anagrama.
- Eco, U. (2012). De internet a Gutenberg. En M. Moragas (ed.), *La comunicación: de los orígenes a internet* (pp. 49-64). Gedisa Editorial.
- Eco, U. (1964). *Apocalípticos e integrados*. De Bolsillo.
- Ferrés, J. (1993). *Vídeo y educación*. Papeles de Pedagogía.
- García Matilla, A. (1987). *Imagen, vídeo y educación*. Editorial Paidea.
- MacLuhan, M. (1962). *Galaxia Gutenberg. La creación del hombre tipográfico*. Círculo de Lectores.
- Magnus Enzensberger, H. (1974). *Elementos para una teoría de los medios de comunicación*. Editorial Anagrama.
- Millas, J. J. y Arsuaga, J. L. (2022). *La muerte contada por un sapiens a un neandertal*. Editorial Alfaguara.
- Moreno, A. (1978). *El arquetipo viril. Protagonista de la historia. Ejercicio de lectura androcéntrica*. Edicions de les dones.
- Montoya Vilar, N. (1998). El papel de la voz en la publicidad audiovisual dirigida a los niños. *Zer: Revista de Estudios de Comunicación*, 3(4), 161-177.
- Montoya Vilar, N. (1999). *El uso de la voz en la publicidad audiovisual dirigida a los niños y su eficacia persuasiva* (tesis). Universitat Autònoma de Barcelona.
- Montoya Vilar, N. (2005). *La comunicación audiovisual en la educación*. Editorial laberinto.
- Montoya Vilar, N. (2011). *El papel de la inclusión comunicativa sobre el potencial de desarrollo*. Editorial Club Universitario.
- Montoya Vilar, N. (2007). *La influencia de la publicidad audiovisual en los niños. Estudios y métodos de investigación*. Editorial Bosch.
- Moragas, M. y Botella, M. (eds.) (1995). *Les Claus de l'exit. Impactes socials, esportius, econòmics i comunicatius de Barcelona, 92*. Bellaterra: Centre d'Estudis Olímpics i de l'Esports. Universitat Autònoma de Barcelona.

Memorias de una “boomer” que viene de la “galaxia Gutenberg”

Norminanda Montoya Vilar

Scolari, C. A. (2022). *La guerra de las plataformas*. Nuevos Cuadernos Anagrama. Editorial Anagrama.

Tuchman, G. (1978). *La producción de la noticia*. Gustavo Gili.

Vázquez Montalbán, M. (1963). *Informe sobre la información*. Ediciones Fontanella.

Wolf, T. (1987). *La hoguera de las vanidades*. Editorial Anagrama.

MEMORIAS DE UNA “BOOMER” QUE VIENE DE LA “GALAXIA GUTENBERG”

Se termino de editar en diciembre de 2022 en los talleres de Asociación Científica para la Evaluación y Medición del los Valores Humanos c/ de les Cases Sert nº 11, C.P. 08193, Bellaterra – Cerdanyola del Vallés (Barcelona).

Todos los que vinimos a este mundo en medio del “boom” demográfico de nacimientos que se produjeron durante el desarrollismo franquista: ¡también debemos ser “boomers”!

Y como el primer tercio de nuestras vidas..., o más..., lo hemos pasado orbitando entre lecciones y relatos que nos llegaron gracias al invento revolucionario de un tal Johan Gutenberg, ¡está claro!: también somos viajeros del tiempo que hemos llegado a este extraño mundo de los datos, las pantallas y los algoritmos desde la lejana “Galaxia Gutenberg”.

<<Memorias de una “boomer” que viene de la “Galaxia Gutenberg”>> no es solamente una autobiografía personal, es también la crónica de un periodo histórico contemplada desde lo más profundo que tenemos: desde la experiencia vital y las emociones compartidas; es una obra personal, sincera y honesta que, al leerla, fluye rápida y transparente como el agua de un arroyo.



Editorial **Cenid**

AE
UA
Editorial